

ASTOR

POLITICA Y
ECONOMIA
DE HOTEL Y
REPUBLICA
DOMINICANA

LIBRO
7
1971

**POLÍTICA Y SOCIOLOGÍA EN HAITÍ
Y LA REPÚBLICA DOMINICANA**

Susy Castor
André Corten
Cary Héctor
Arismendi Díaz Santana
Lil Despradel
Gérard Pierre-Charles

Política y Sociología en Haití y la República Dominicana

COLOQUIO DOMINICO-HAITIANO DE CIENCIAS SOCIALES
México, julio de 1971

Editado por
Gérard Pierre-Charles



INVESTIGACIONES
SOCIALES



Universidad Nacional Autónoma de México. *México*, 1974



**INVESTIGACIONES
SOCIALES**

Primera edición: 1974

**DR © 1974, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, México 20, D. F.**

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES

Impreso y hecho en México

A la memoria de Remy Bastien

Ds-12703

PRESENTACIÓN

Del 19 al 23 de julio de 1971 tuvo lugar en México bajo el patrocinio del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM un coloquio de ciencias sociales sobre problemas de Haití y de la República Dominicana.

Al convocar a este evento, el Instituto de Investigaciones Sociales se inspiró en los lineamientos de su política global que apunta hacia un mejor conocimiento de la realidad social latinoamericana. Al mismo tiempo tomó en cuenta, las dificultades a las que se enfrentan la investigación social en algunas regiones de nuestra América, como esa porción del Caribe, en donde cobran aún más fuerza los fenómenos de dominación y subdesarrollo, con sus inevitables efectos limitativos y restrictivos de la labor científica.

Esta preocupación y el esfuerzo al que dio lugar para reunir en México a estudiosos de la problemática antillana, resultaron de verdadero provecho, como lo testimonia la riqueza del material que integra el presente volumen.

El Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México se honra en haber contribuido con este encuentro académico, a un mejor conocimiento científico de esa realidad regional latinoamericana.

Para un mejor logro de este objetivo se imponen, según las mismas conclusiones del Coloquio, los siguientes imperativos:

1. Necesidad de una interpretación científica de los problemas haitianos y dominicanos partiendo de la génesis de las dos sociedades, de la evolución de su dependencia frente a los centros de dominio externo y de la búsqueda de una praxis capaz de abrir el camino de la identidad y de la plena independencia de ambos pueblos.

2. Caracterización de la dualidad nacional existente en la isla (de Santo Domingo y Haití) a partir de los elementos que forman la categoría histórica de nación y del establecimiento de una

diferencia entre ésta y la institución del Estado. La comprensión del proceso creador de las naciones haitiana y dominicana debe ser el punto de partida de la interpretación de las diversas tentativas de unificación de la isla; y, asimismo, punto de partida para la cabal comprensión de las características respectivas, que no son antagónicas, sino más bien moldeadas por profundas semejanzas históricas.

3. Estudio de la realidad objetiva de las estructuras socio-económicas y culturales peculiares, cuyo origen debe ser buscado en las especificidades de los procesos históricos de ambos pueblos y en las relaciones de dependencia que los han ligado a las potencias europeas en el siglo XIX y a la hegemonía de los Estados Unidos de Norteamérica en el siglo XX.

Esa dualidad estructural ha dado lugar a que la penetración y la dominación extranjera asumieran formas peculiares en cada país, sin que ello entrañe, sin embargo, una incapacidad para el equilibrio político, social y cultural de ambas naciones entre sí.

4. Necesidad del análisis de las estructuras de clase de ambas sociedades para la determinación de las bases históricas que fundamentan las ideologías dominantes. A través de ese análisis se impone la lucha contra las categorías superestructurales alineantes. En las relaciones entre Haití y la República Dominicana es preciso subrayar el esfuerzo de la oligarquía por crear una ideología (de carácter fascista) basada en el prejuicio racial contra los haitianos, la cual a su vez, juega un papel frustrante en la propia identificación nacional de los dominicanos.

5. Estudio de la dependencia económica y política como origen de la dependencia cultural. Necesidad de la elaboración de una praxis encaminada a la liberación del intelectual, paso previo para la recuperación de los valores culturales nacionales y para la fundamentación de una cultura nacional. Dentro de esta reflexión es preciso establecer una diferencia entre la ideología burguesa y pequeño burguesa dominantes y la ideología de las grandes masas.

6. Obligada regresión económica de nuestras sociedades dentro del marco de la dependencia y del colonialismo interno de la oligarquía. Necesidad del rompimiento del frente imperialismo-burguesía intermediaria, como primer paso para el desarrollo económico.

7. Estudio de las estructuras complementarias de las economías haitiana y dominicana, particularizadas en el tipo de división in-

ternacional de trabajo establecida en la industria del azúcar, dentro de un marco de dependencia.

El carácter clandestino e ilegal de la mano de obra haitiana impide a ésta, y al obrero dominicano, el libre ofrecimiento de su trabajo. Este carácter clandestino e ilegal se lo imprimen los intereses de ciertos sectores de las oligarquías haitiana y dominicana.

8. Análisis de la relación que puede existir entre fascismo, subdesarrollo y dependencia, y la articulación empírica que puede existir entre la base material (subdesarrollo-dependencia) de la sociedad haitiana y la expresión institucional del sistema duvalierista. De allí que sea preciso un esfuerzo teórico para una comprobación de la validez de la aplicación de la tesis del fascismo en el marco de la crisis de las sociedades dependientes y subdesarrolladas.

El Coloquio, además, concluyó en el sentido de los siguientes propósitos y agradecimientos:

a] Alentar la creación de una Asociación de Ciencias Sociales Dominico-Haitiana y del Caribe, encaminada a propiciar el acercamiento de los pueblos, mediante el estudio de sus realidades sociales y el descubrimiento de las vías más apropiadas para su unidad y solidaridad nacionales.

b] Expresar, a nombre de los participantes y de la intelectualidad progresista dominicana y haitiana, su agradecimiento al señor rector de la UNAM, doctor Pablo González Casanova y los señores licenciados Raúl Benítez Zenteno y Víctor Flores Olea, directores respectivos del Instituto de Investigaciones Sociales y de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, por haber hecho posible este encuentro, bajo la égida de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Su agradecimiento también por sus amabilidades, las cuales vienen, una vez más, a reiterar la gallarda hospitalidad del pueblo mexicano.

c] Expresar, en el mismo nombre, su agradecimiento a la Universidad Autónoma de Santo Domingo, a su rector el doctor Kasse Acta, por su colaboración para la realización de este encuentro académico.

La corrección expresiva de los trabajos la realizó Mónica Mansour del Instituto de Investigaciones Sociales, a quien agradecemos su valioso trabajo y sus atinadas sugerencias.

GÉRARD PIERRE-CHARLES

En el coloquio participaron:

CARLOS ASCUACIATI

Universidad Autónoma de Santo Domingo

JEAN CASIMIR

Oficial de Asuntos Sociales de las Naciones Unidas
Nueva York

SUSY CASTOR

Facultad de Filosofía y Letras
Colegio de Historia
UNAM

ANDRÉ CORTEN

Universidad de Louvain

LIL DESPRADEL

Universidad Libre de Bruselas

ISIS DUARTE RODRÍGUEZ

Universidad Autónoma de Santo Domingo

CARY HÉCTOR

Universidad de Quebec en Montreal

HÉRARD JADOTTE

Universidad de Quebec en Montreal

PIERRE LELONG

MANUEL MALDONADO DENIS

Universidad de Río Piedras
Puerto Rico

PEDRO MIR

Facultad de Historia, Universidad
Autónoma de Santo Domingo

ARQUÍMIDES OVIEDO

GÉRARD PIERRE-CHARLES

Instituto de Investigaciones Sociales UNAM

HUGO TOLENTINO

Facultad de Historia
Universidad Autónoma de Santo Domingo

Por acuerdo entre las instituciones patrocinadoras del evento, se resolvió que aquellas ponencias, ampliadas bajo la forma de conferencias para los Cursos de Verano de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, fuesen publicadas por esta Facultad en volumen separado, bajo el título: *Problemas dominico-haitianos*.

La presente obra incluye, además de ponencias discutidas en el Coloquio, el trabajo de Arismendi Díaz Santana: "Desarrollo y Descomposición de la Economía Dominicana."

GÉNESIS DE LAS NACIONES HAITIANA Y DOMINICANA

Gérard Pierre-Charles

En la antigua isla de los indios tainos y arawaks, primera tierra de colonización del mercantilismo europeo en el Nuevo Mundo, han nacido y se han desarrollado, a partir de una base geográfica e histórica común y bajo la influencia de factores múltiples y complejos, dos entidades estatales y nacionales muy diferenciadas por sus rasgos específicos de carácter sociológico: la República de Haití y la República Dominicana.

Este hecho, poco común en la historia, de la génesis y evolución de dos naciones en un marco geográfico reducido y un período histórico relativamente breve, constituye un interesante tema para el estudio del fenómeno nacional, así como para la evaluación de los factores, tanto internos como externos, que pueden intervenir en la conformación de una nación, dándole su estructura morfológica y su ente espiritual propios.

Pero las naciones dominicana y haitiana, aparte de su individualidad histórica y sociológica, se desprenden de un tronco común. Si bien es cierto que en el orden histórico este "eslabón perdido", que representa el pasado insular-indígena común, ha marcado poco la evolución de las dos entidades, la base geográfica, por una parte, sigue y seguirá siendo una constante; y por otra, la influencia externa, inseparable del pasado de la isla, ejerciéndose con su especificidad sobre cada entidad, con los rasgos comunes inherentes a este tipo de dominio, ha constituido un factor formativo que proyecta elementos esenciales y determinantes de semejanza y comunidad, como son las del subdesarrollo, la dependencia y la lucha libertadora.

De la conjunción de estos factores históricos, geográficos y sociológicos, resultaron dos "hermanos siameses" objetivamente obligados a visualizar el porvenir a partir de esa comunidad real. Por más que la comprensión subjetiva de ese hecho no haya surgido aún, objetivamente se sitúa a nivel de necesidad histórica. En efec-

to, las leyes del materialismo histórico operan allí no sólo en el seno de esas entidades, sino en la esencia misma de su vinculación con el mercado mundial, en el marco de la división internacional del trabajo impuesta por el imperialismo a las naciones dominadas, y en el afán de éstas de liberarse de su yugo.

El estudio de la evolución histórica de Haití y de la República Dominicana cobra así un interés fundamental para la sociología y la ciencia histórica. Este ensayo intentará analizar el proceso de formación de las dos naciones, y su desenvolvimiento como entidades integradas desde su gestación al sistema mundial capitalista, lo que permitirá entender el contenido y la definición de su etapa actual de desarrollo. Tratará de abarcar la compleja totalidad de los factores económicos, raciales y culturales presentes en la dinámica histórica.

I. FORMACIÓN DE LA NACIONALIDAD HAITIANA

¿Cuáles son los factores que intervinieron en la formación de la nación Haitiana? ¿Bajo el impulso de cuáles fuerzas históricas del rebaño humano traído de África y transplantado a Saint Domingue durante los siglos XVII y XVIII, se convirtió en forjador de la nación?

Para contestar a estas preguntas no basta aludir a la “gesta heroica de los sublimes descalzos de la independencia”, o repetir con la retórica de Renan que “las condiciones esenciales para una nación es el haber hecho grandes cosas en el pasado”.¹ Hace falta seguir los contornos de la evolución histórica de la isla desde el momento en que empezaron a surgir los elementos más estables de la entidad nacional en proceso.

Se ha definido la nación como “una comunidad humana estable, históricamente constituida en base a cuatro rasgos principales: la comunidad de idioma, de territorio, de vida económica y de psicología, manifestada ésta en la comunidad de peculiaridades específicas de la cultura nacional”.² En el acontecer histórico

¹ Este enfoque subjetivista de la nación, plasmada por Renan en su célebre discurso *Qu'est ce qu'une nation?*, se ha impuesto en la historiografía haitiana, creando una ideología de “orgullo del pasado” que, cierto es, tuvo su importancia en el afianzamiento de la conciencia nacional. Sin embargo, esta ideología alimentó una especie de “esquizofrenia histórica” que deforma la toma de conciencia del presente, con la persistencia de mitos y obsesiones, y una evaluación, en todos aspectos alterada, de la evolución histórica de la comunidad haitiana.

² Stalin, *Obras*, versión española del Instituto de Marxismo-Leninismo de Moscú, s.f.e., p. 355. Esta definición de Stalin es la más clásica de la concepción marxista de la nación.

y en la evolución de esa porción de la isla que vino a llamarse República de Haití, estos factores se fueron acuñando paulatinamente hasta conformarse en cimientos de esa nación en emergencia; también concurrieron otros de suma importancia como lo fueron la diferenciación y confrontación racial, la lucha de clases, la lucha de castas; todo plasmándose a través de un proceso revolucionario de contenido social y psicoliberador sin precedentes en la historia, que sentó, además, las bases políticas, militares y jurídicas del Estado-nación. La etnia nacional en formación cobra, en este movimiento revolucionario, una participación ascendente en los mecanismos de poder hasta monopolizar el aparato político y ordenar el Estado-nación.³

La comunidad de *Saint Domingue*⁴ empezó a adquirir las características de estabilidad y autocontinuidad a mediados del siglo xvii, cuando los antiguos bucaneros, filibusteros y colonos de la isla de la Tortuga, emprendieron la tarea de colonización de la parte occidental de la isla. Utilizaron para ellos a los "enganchados" blancos y, poco a poco, a los esclavos negros importados del África. Estos conglomerados humanos aseguraron su permanencia en este territorio durante casi dos siglos, ya fuera a través del proceso de reproducción natural (blancos o negros criollos), ya por renovación migratoria con los nuevos contingentes de negros *bozales* traídos del continente negro, o de blancos venidos de allende el mar. La base humana a partir de la cual se fue formando la nación constaba al término de este periodo de alrededor de 500 mil negros esclavos, 40 mil blancos y 28 mil mulatos y libertos.

El motor de esa nueva comunidad, cualitativamente diferente en lo económico y lo racial de la antigua comunidad indoespañola, lo constituyó el hecho económico del desenvolvimiento mercantilista en Europa y el concomitante crecimiento del capitalismo.

España, en la segunda mitad del siglo xvi había dejado de ejercer un papel hegemónico en Europa y en el mundo, siendo suplantada por Inglaterra que, al experimentar su revolución industrial, se convirtió en una potencia económica de primer orden, dueña

³ Akzin Benjamín, *Estado y nación*, FCE, México, 1968, pp. 36-37.

⁴ Nombre de la parte occidental de la isla Española durante el periodo colonial francés, cuyos inicios se sitúan a principios del siglo xvi, pero que se institucionaliza oficialmente con el tratado de Ryswick en 1697. El primero de enero de 1804 terminó la colonización francesa al proclamarse la independencia de ese territorio. El nuevo Estado fue bautizado República de Haití, según la apelación indígena original de la isla. La parte oriental conservó el nombre de Española y fue adoptando la denominación de su capital Santo Domingo. Con la independencia vino a llamarse la República Dominicana.

de la industria, del comercio y la navegación en el mundo. Francia, por su parte, crecía a un ritmo acelerado. Fortaleció tanto su capacidad de comercio y navegación que pudo lanzarse a las conquistas coloniales utilizando, como primeros eslabones expansionistas, la piratería y el contrabando.

El asentamiento de los bucaneros y filibusteros en la diminuta Isla de la Tortuga, en la parte occidental de la Española, traducía el movimiento y las necesidades de expansión de la burguesía francesa en busca de materias primas y, posteriormente, de mercado para su incipiente industria. Saint Domingue como colonia francesa nació, pues, de la creación antillana del mercantilismo: la Tortuga, esa famosa plaza fuerte de los corsarios franceses. Este alumbramiento era un reto victorioso del capitalismo francés naciente, pujante y dinámico, desde que Colbert en 1664 impusiera las famosas leyes de comercio y navegación. El mercantilismo español decadente tuvo que reconocer los derechos adquiridos por Francia sobre la parte occidental de la antigua Española.

El paso del mercantilismo al capitalismo francés se aceleró, durante el siglo XVIII, con el fortalecimiento de esa burguesía comerciante y manufacturera que encabezaría la Revolución de 1789. Este proceso de crecimiento se reflejó en Saint Domingue con un ritmo y un vigor desmedidos.

En menos de un siglo, esa tierra despoblada de unos 25 000 km², al momento de firmarse el tratado de Ryswick, se convirtió en un centro productor de primer orden de bienes tropicales (azúcar, café, añil, algodón) y en una importante colonia agroindustrial de exportación. Proveía más de la tercera parte del comercio exterior de Francia, o sea, un total de 716 715 962 libras torneas, mientras que el comercio general de Francia se cifraba en 1 997 762 libras. En 1789, este comercio entre la metrópoli y la colonia, requería 750 grandes navíos tripulados por 80 mil marinos.⁵ La producción se basaba en crecientes inversiones de capital, en el desarrollo del molino hidráulico, en una constante tecnificación de la agricultura, así como en una aceleración de las fuerzas productivas, con el uso de cientos de miles de esclavos concentrados en las plantaciones y los talleres industriales, de transformación del azúcar, del añil, de herrería, tejerías, etcétera.⁶

En vísperas de 1789, un total de 7 858 plantaciones de caña,

⁵ Franco, José L., *Historia de la Revolución de Haití*, Academia de las Ciencias, La Habana, 1966, pp. 145 y ss.

⁶ Héctor, Michel y Moise, Claude, *Le régime colonial français à Saint Domingue*, Port-au-Prince, 1962, pp. 85 y ss.

café, algodón y añil aseguraban una producción de exportación tal que, por ejemplo en azúcar, era equivalente a la mitad de la producción mundial (de azúcar): (80 mil toneladas) 30 mil toneladas de café y otra cantidad enorme de añil, algodón y otros productos. El comercio exterior de Saint Domingue superaba un monto al de los Estados Unidos, contribuyendo, por los beneficios que generaba, a la acumulación de capitales de la naciente burguesía francesa. Ya en 1767 Adam Smith, en su *Riqueza de las naciones*, se refiere a Saint Domingue como “la más rica de las colonias azucareras de Caribe” y, un estudioso de la época, Moreau de Saint Méry, señalaba que, teniendo en cuenta su tamaño, “ningún lugar del mundo tenía una tan grande concentración de riquezas”.⁷ Entre 1780 y 1790, la prosperidad de la colonia alcanzó un nivel realmente fabuloso. En 1776 llegó a producir para Francia más riquezas que toda la América española para España.

Las condiciones específicas de orden económico, social, tecnológico e histórico en que se dió esta revolución agraria e industrial, hacía de ella un fenómeno nuevo en la historia. Por los capitales y la tecnología que intervenían en su proceso, el desarrollo económico de Saint Domingue era una prolongación del proceso de desenvolvimiento del capitalismo en Francia y alimentaba dicho proceso. En la primera fase de la revolución industrial, las regiones de Bordeaux, Nantes y La Rochelle, dinamizaban el desarrollo de Saint Domingue con nuevas inversiones y *know how* empresarial, al mismo tiempo que le abría el mercado capitalista mundial.

El ciclo de producción obedecía a la motivación de la producción capitalista, según el proceso dinero-mercancía-dinero (D-M-D), que Marx llama “fórmula general del capital”.⁸ El dinero-inversión provenía del mercado capitalista metropolitano; y el dinero aumentado por la ganancia (D') tenía como destino dicho mercado. En las relaciones de trabajo, en la producción en las plantaciones y los talleres, intervenía una categoría atípica del capita-

⁷ Moreau de Saint Méry, in Gabriel Debien “Manuscrit de Dory”, *Revue de la Société Haitienne d'Histoire et de Géographie*, vol. 30, p. 109.

⁸ Karl Marx, *El Capital*, libro I. Marx hace notar que “el poseedor de dinero necesita encontrar en el mercado una mercancía cuyo valor de uso posee la virtud de ser fuente de valor. Esta mercancía es la fuerza de trabajo”. Se entenderá que si el esclavo tenía una vida útil de seis o siete años, como fue el caso en Saint Domingue, y se compraba barato o caro, según las fluctuaciones del mercado, venía a ser una mercancía. El contexto histórico allí es diferente al de la esclavitud antigua, en donde esta mercancía no era valorizada tanto ni era dotada de esa alta productividad y esa gran demanda que caracterizaron la esclavitud moderna.

lismo, propia de una formación económico-social arcaica: la fuerza de trabajo esclava. En las condiciones del mercantilismo mundial era identificada como una mercancía, una mercancía desechable. Por su forma, no era reproducible como el trabajo obrero, mediante el salario. En su esencia, era reproducible a partir de una renovación-compra, lo que la confería un contenido de mercancía. La mercancía "fuerza de trabajo esclavo negro" expresaba, así, la suprema alienación del hombre por el capitalismo. El precio de adquisición del esclavo era alto; su costo de mantenimiento tan bajo y su productividad tan alta, que aseguraba una tasa sumamente alta de plusvalía; sobre todo si se toma en cuenta que los productos generados eran altamente cotizados en el mercado metropolitano. "El esclavo en Saint Domingue —señala un estudioso de la época— era más oprimido que el más oprimido de los proletarios europeos."⁹ Y ya que su producto se confrontaba en el mercado mundial con los productos capitalistas, era creador de valor para el proceso capitalista de producción.

La organización de la producción en Saint Domingue se hacía conforme a un molde híbrido, en donde se integraban elementos mercantilistas y capitalistas venidos de ultramar (capital, tecnología, afán de plusvalía, afán de beneficios comerciales), con formas típicas del esclavismo, como es la posesión absoluta del amo sobre el esclavo, aún más violenta, ya que el esclavo era negro.

La caracterización global de la estructura socio-económica tenía algunos rasgos semejantes al molde global de la América española o portuguesa:

Ordenamiento radical y centrífugo; imposición del monopolio comercial, promoción de monocultivos agropecuarios (o mineros) a partir de unidades de gran escala y en base al trabajo esclavo de masas africanas (servil de masas indígenas), predominio del sector exportador que funciona en relación con el mercado mundial y con los mercados zonales, o locales, organizados en torno a las unidades que operan hacia el exterior.¹⁰

Pero a diferencia de España y Portugal, Francia registró a mediados del siglo XVIII un vigoroso proceso de desarrollo capitalista, en el que los moldes feudales iban estrellándose bajo el impulso

⁹ Citado por Lepkowski en *Haití*, Estudios del Centro de Documentación Juan Noyola, Casa de las Américas, La Habana, 1968, tomo I, p. 55.

¹⁰ Kaplan, Marcos, *Formación del Estado Nación en América Latina*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1969, pp. 71 y ss.

de la burguesía mercantil y manufacturera. Este fenómeno externo contribuyó a diferenciar el proceso de ordenamiento socioeconómico en Saint Domingue, de lo que ocurrió en el resto del continente. Además, la fuerza de trabajo en esa colonia era fundamentalmente esclava, desarraigada de su habitat natural, e imposibilitada para aferrarse a un molde tradicional de organización social.

En las condiciones de la dominación colonial, ejercida por una potencia europea en plena expansión capitalista, *la organización de la producción en Saint Domingue, esclavista en su forma, venía a ser capitalista* en su origen y contenido siendo parte, además, del proceso de reproducción del capitalismo europeo. La producción de mercancías para el mercado mundial capitalista constituía la suprema motivación del sistema. Sin embargo, la base de este sistema era esclavista: el modo de producción era esclavista, y esclavistas las relaciones de producción. No existía mercado interno, ni el uso de la moneda; la gran masa productora era reducida a una condición animal, y disponía de unas parcelas de víveres para asegurar su subsistencia. La formación económico-social dominante de Saint Domingue era esclavista. "La economía esclavista —como lo subraya Genovese, refiriéndose al sur de los Estados Unidos— se desarrolla en el marco del mercado capitalista mundial que se aprovecha de ella."¹¹ Y Karl Marx señalaba al respecto:

La esclavitud directa es un pivote de nuestro industrialismo actual, lo mismo que las máquinas, el crédito etc. Sin la esclavitud no habría algodón, y sin algodón no habría industria moderna. Es la esclavitud lo que ha dado valor a las colonias; son las colonias las que han creado el comercio mundial, y el comercio mundial es la condición necesaria de la gran industria mecanizada. Así, antes de la trata de negros, las colonias no daban al mundo antiguo más que unos pocos productos, y no cambiaron visiblemente la faz de la tierra. La esclavitud es, por tanto, una categoría económica de la más alta importancia.¹²

Todos los que han estudiado la esclavitud en las Antillas han enfatizado el peso de las colonias caribeñas en el desarrollo del capitalismo europeo. Eric Williams, en su libro clásico *Capitalismo y esclavitud*, analiza de manera detallada el papel de las colo-

¹¹ Genovese, Eugène D., *Economie politique de l'esclavage*, François Maspero, París, 1968, p. 28.

¹² Marx y Engels, *Obras escogidas*, vol. II, Edición Progreso, Moscú, 1966, p. 452.

nias azucareras de las Antillas como fuente de acumulación del capitalismo europeo. Hace notar que el Caribe ha constituido un factor directo y de cuantía inestimable en la revolución industrial inglesa; ha nutrido el crecimiento de Bristol, Liverpool y Manchester como centros industriales, siendo el comercio de esclavos y la producción esclavista los manantiales de riqueza, plusvalía y capitales que han asegurado el tránsito de la burguesía mercantil inglesa de esos puertos hacia una producción industrial cada día más tecnificada.¹³ Lo mismo ocurrió después en Francia, en donde los puertos dedicados al comercio con Saint Domingue y a explotar “madera de ébano” africana, en particular Nantes y La Rochelle, han venido constituyendo los puntales de la acumulación de la burguesía francesa.¹⁴ Sin embargo, el hecho de ser integrado al proceso de génesis, funcionamiento y desarrollo del capitalismo europeo, no quitaba, al fenómeno esclavista en el Caribe, sus características fundamentales y esenciales, definidas por la naturaleza misma de la producción y las formas de organización social. La formación económico-social de Saint Domingue, llegada al más alto nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, era esclavista, una forma de *esclavismo impuesto por el capitalismo* e incorporado al proceso mundial de acumulación del mismo.

El molde de organización económico-social impuesto por el capitalismo esclavizador, sobre un conglomerado humano proveniente de sociedades tribales africanas, disímiles culturalmente, constituyó los cimientos unificadores de la nacionalidad haitiana. Se dio en un marco geográfico de creciente unidad económica, sembrado de plantaciones, talleres, viviendas de amos y casitas de esclavos, canales de riego y vías de comunicación; siendo esta unidad aún más marcada cuando la parte oriental de la isla era atomizada en hatos sin centralización, paraíso del contrabando y de la vida lenta.

La comunidad de idioma nació del mismo proceso de producción. Los africanos llegados de las regiones y tribus más diversas del continente negro, carecían de medios de comunicación entre sí y con el amo blanco. En el curso de sus relaciones económicas, el *homo faber* creó el lazo lingüístico unificador, diferenciándolo de la lengua opresora.

Creó también, a partir de su condición socioeconómica, una co-

¹³ Williams, Eric, *Capitalisme et Esclavage*, Editions Présence Africaine, París, 1968.

¹⁴ Bosch, Juan, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro*, El Caribe, Frontera Imperial, Ed. Alaguara, Madrid, 1970.

munidad cultural. En lo ideológico, lo psicológico, en las creencias religiosas, moldeó un nuevo sistema de valores, rechazando asimismo el impuesto por la sociedad dominante.

La ideología de la clase dominante imponía el respeto de las leyes, la obediencia al "Código Negro"; la ideología del esclavo fue de rebeldía, de cimarronaje,* de exaltación de la libertad. La psicología que imponía el amo era de sumisión, de temor a la fuerza de enajenación; la del esclavo vino a ser de simulación, fuga y venganza. Y a la religión de los blancos, al bautizo católico, que desde el desembarco consagraba ante el Dios blanco la condición servil, el esclavo opuso sus creencias africanas, los dioses negros del odio y de la libertad. A este respecto, queda del todo significativo el uso que tuvieron el idioma creóle y la religión vudú en el proceso de la lucha de la nacionalidad oprimida contra la nación, el idioma y la religión opresora. Este fenómeno apareció también en el proceso de formación de las nuevas naciones que surgieron en el siglo xx, cuando la fuerza económica y tecnológica del capitalismo resultó aún más arrolladora y con una influencia centralizadora mucho mayor. Jean Chesnaux observa a este propósito:

Para evaluar el papel que desempeña en la formación de las naciones de Asia y de África la comunidad psíquica y la comunidad cultural, conviene también hacer sitio a los elementos tradicionales que se sitúan en el marco del régimen colonial y en la lucha contra él. La religión desempeña un papel importante en esta formación psíquica y cultural nacional, y su papel fue considerable en la época colonial, para afirmar mejor la personalidad nacional frente al cristianismo de los colonizadores.¹⁵

* Literalmente el término cimarrón se refiere al "caballo indómito". En el Caribe, desde el inicio de la esclavitud de los negros, se refiere al: "esclavo fugitivo". Verdaderas zonas liberadas, se constituyeron con estos esclavos, y el cimarronaje vino a ser durante dos siglos la forma principal de la rebeldía y de la resistencia al orden.

¹⁵ Chesnaux, Jean, *El proceso de formación de las Naciones en África*, cit. por Corretger, Juan Antonio, en *Albizu Campo*, El siglo ilustrado, Montevideo, 1989.

Sobre este proceso de creación de una nueva cultura ver G. Pierre-Charles, *Sobre la problemática del negro en las sociedades dependientes*. *Revista de la Universidad*, núm. 2, vol. xxv, México, octubre 1970. Entre los más significativos ejemplos de la transmutación de valores culturales que se fue operando en la medida en que la cultura oprimida se volvía una cultura rebelde, una creación emancipadora, está el texto de esa oración de exhortación a la lucha libertadora pronunciada en creóle, por un sacerdote vudú que fue al mismo tiempo uno de los primeros dirigentes de los esclavos insurgentes en agosto de 1971:

"El dios de los blancos ordena el crimen
el nuestro solicita buenas acciones

La confrontación interracial templó estos elementos de comunidad, en la que se fundamentaba la nacionalidad haitiana. Esta confrontación (activa por un lado, reprimida por el otro), durante casi dos siglos, dio al antagonismo de clases una objetivización, un contenido más explosivo. La explotación del hombre por el hombre también adquiría la forma de la explotación de una raza por otra.

Al participar activamente en esta confrontación, descargando su odio reprimido, el esclavo negro adquirió una nueva dimensión, una nueva esencia. Al destruir las riquezas del otro, del cual él era productor; al aniquilarlo, vino a ser el creador de su propia integridad como hombre, de su derecho a la libertad y a la independencia.

Como dijera un prócer de esa independencia, Alexandro Pétion: "La historia del mundo tiene numerosos ejemplos de naciones que deben su nacimiento a revoluciones; la nuestra será sin duda reconocida, por las generaciones venideras, como el más estupendo testimonio de los que pueden, con coraje y persistencia, lograr el triunfo de la causa más sagrada. . ."¹⁶

Las bases objetivas de la nacionalidad haitiana recibían su consagración subjetiva en el fuego de la lucha de clases, cristalizada en la insurrección del trabajo esclavo contra el capital, del esclavo negro con el amo blanco, de la sociedad esclavista de Saint Domingue contra la metrópoli capitalista francesa. La nación haitiana nació de esa revolución multidimensional y accedió, al mismo tiempo, al Estado-nación.

Era una revolución antiesclavista y anticolonialista y, por tanto, anticapitalista; ya que, tanto la esclavitud como el colonialismo, representaban formas en que la esencia explotadora del capitalismo naciente se hacía sentir para esa comunidad antillana emergente. El Estado nacional que surgió de ella fue antiesclavista, anticolonialista y anticapitalista. Cortó el flujo de capitales y de tecnología que procedía de la exmetrópoli capitalista. Prohibió el derecho de propiedad inmobiliaria a los capitalistas blancos.

Pero este dios nuestro tan bueno
Nos ordena venganza
Destruyamos la imagen del dios de los blancos
que tiene sed de nuestras lágrimas
Escuchamos en nosotros mismos
El llamado de la libertad."

En Franco, José L., *op. cit.*, p. 208.

¹⁶ Cit. por Lepkowski, *op. cit.*, tomo II, p. 40.

Disminuyó así, hasta el nivel mínimo, la vinculación comercial con el sistema mundial capitalista, lo que llevó a la economía nacional naciente a una forzada autarquía, que trató de romper estableciendo relaciones comerciales con los Estados Unidos. Asimismo, la sociedad nacional experimentó fórmulas originales de organización socioeconómica, tales como la nacionalización de las tierras pertenecientes a los antiguos colonos y la promoción a nivel institucional de la "economía cimarrona" (de subsistencia), que desde tiempo atrás venían desarrollando en los montes los esclavos fugitivos, al margen de la economía de mercado.

II. ESTADO-NACIÓN FEUDAL Y RECONQUISTA NEOCOLONIAL

Esa sociedad nacional no podía sustraerse de las leyes del desarrollo histórico. Una nueva sociedad clasista surgió entre las ruinas de la sociedad esclavista con una nueva clase dominante, la de los exlibertos mulatos y negros. No heredera de la tecnología ni del capital de la anterior, sólo adquirió su lugar como propietaria de los medios de producción y su ideología de clase explotadora; sin embargo, los medios de producción habían experimentado una profunda mutación, la que se reflejó en la ideología de clase dominante.

El nuevo ordenamiento surgió como una regresión tecnológica en relación con el periodo de dominación capitalista-esclavista y de vinculación con la economía mercantilista externa. La nueva clase dirigente, por ser de una formación social precapitalista, no alcanzó una conciencia nacional plena. Sin embargo, para la masa de exesclavos ingresada al ejercicio de una economía de autoconsumo, esta nueva etapa representaba un avance histórico de gran envergadura. La economía de subsistencia, experimentada por los cimarrones, apareció como un modelo de organización económica ideal para un importante sector de la población de exesclavos; por otra parte, el antiguo molde latifundista fue adoptado por la nueva clase dirigente decidida a mantener y fortalecer sus privilegios de clases.

La nación haitiana ingresó así a la vida independiente, con la base económica y las superestructuras correspondientes a la etapa feudal, con las siguientes características estructurales:

—La mayor parte de las propiedades de los excolonos pasaron a manos de los integrantes de la antigua clase de los libertos, así como

a los nuevos caudillos negros. Una importante fracción de esas tierras fue incorporada a la propiedad estatal pública, constituyendo una reserva agraria para esta nueva clase dirigente.

—Un sector del fondo agrario pasó al patrimonio de los exesclavos: tanto *a*) por el proceso de invasión paulatina de tierras baldías y *b*) como por resultado de una política limitada y esporádica de distribución de tierras estatales.

—La masa de los exesclavos accedió a la condición de siervos atados a la gleba, según la práctica económica instituida para reorganizar las grandes plantaciones o, bien, por disposiciones legales.

—El excedente generado por la producción agrícola fue utilizado para el mantenimiento del aparato burocrático; la satisfacción de los hábitos fastuosos heredados del amo blanco; o bien invertido en obras de defensa de la soberanía del nuevo Estado.

—Las instituciones socioculturales, jurídicas y políticas heredadas de la antigua clase dominante estaban inspiradas no en la nueva sociedad emergente de la Revolución Francesa, sino en la anterior, el *ancien régime* de la metrópoli, imponiendo así su sello feudal a la sociedad haitiana.

Habiéndose reducido las relaciones comerciales con el mercado mundial, también disminuyó la circulación monetaria y la capacidad de inversión de la economía, lo que limitó el desarrollo del mercado interno.

Estos factores externos e internos consolidaron el nuevo tipo de organización económica. Fortalecieron el modo de producción feudal y las correspondientes relaciones de producción en el marco del virtual desprendimiento comercial hacia el mercado capitalista mundial, resultante del bloqueo impuesto por Francia y otras potencias colonialistas a la nueva nación. Sin embargo, por más que la economía dejó de ser exclusivamente de exportación para convertirse, en cierta medida, en una economía de consumo, los “modelos productivos factoriales” seguían vigentes en la memoria social de la nueva clase dominante. Una fracción de la producción se orientó hacia el mercado externo. La misma división internacional del trabajo impuesta por el capitalismo mundial no dejaba otro papel a Haití que el de proveedor de materias primas. Las condiciones subjetivas y objetivas eran creadas para la neocolonización paulatina y el reacondicionamiento de la sociedad, hacia un feudalismo dependiente del capitalismo mundial.

Las superestructuras políticas, por su parte, evolucionaron a

partir de esta base compleja y la creciente vinculación dependiente hacia los centros hegemónicos. Estuvieron marcadas por la lucha permanente en el seno de los mismos sectores dominantes, empeñados en aprovechar, en su propio beneficio, la organización económica y el poder político. Mientras tanto, las masas resistían la opresión en forma espontánea y esporádica.

El Estado, como fuerza ordenadora de esta nueva sociedad, manifestaba los intereses de clase de esa oligarquía. Pero había surgido también bajo el impulso de un nacionalismo resuelto que constituyó la ideología de la sociedad emergente frente al colonialismo blanco. Esta ideología nacionalista podría contribuir a la tarea de organización del Estado nacional. Sin embargo, tenía que convertirse en acción social-nacional por parte del mismo grupo dirigente que condujo a la conquista de la independencia. Pero esta nueva clase dirigente no fue, como en los Estados Unidos o en la mayoría de los nuevos Estados nacionales de Europa, de esencia burguesa. Carecía del impulso mercantilista, de la práctica empresarial y del nivel tecnológico, típico de la burguesía. Por el modo de producción imperante en Haití, por las relaciones de producción, en fin, por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas, fue en esencia feudal. Esa nueva clase, si bien manifestó durante un corto lapso histórico cierto impulso manufacturero interno —en particular durante el reinado de Henri Christophe— no pudo, en el plan de reorganización de la producción y del desarrollo del comercio, alcanzar los niveles de eficacia logrados en otra época por el capitalismo esclavizador. Poco a poco se fue inclinando a proclamar la libertad de comercio, a buscar las manufacturas extranjeras, a llamar o a recibir el capital foráneo para asegurar una mayor vinculación con el mercado mundial. De ahí el nacimiento de las “casas de consignación” dominadas por comerciantes extranjeros. El excedente económico social fue acaparado en gran medida por estos consignatarios foráneos, lo que comprometió el desarrollo posterior del capitalismo en Haití.

Precisamente por aquel período histórico, después de las guerras napoleónicas, la burguesía industrial europea (francesa e inglesa sobre todo) registraba su mayor desenvolvimiento y un expansionismo voraz. La conquista colonial de África y Asia, coincidía con un proceso de reconquista neocolonial hacia las naciones recién independizadas de la América Latina.¹⁷

¹⁷ Kaplan, *op. cit.*, pp. 115 y ss.

La nación haitiana se vio involucrada en este proceso de reconquista neocolonial. Quedó aún más atrasada y dependiente; el escaso desarrollo de sus fuerzas productivas no le permitió, aun a principios del siglo xx, integrarse de lleno al mercado mundial capitalista. Se mantuvo raquítica su producción de café y otros productos comerciales; se dio la concomitante debilidad de sus transacciones hacia el exterior, y un reducido monto de inversión del capital extranjero que se atrincheró, no en los sectores de producción, sino en los servicios (bancos, finanzas, comercio). Su estratificación social conectó a los sectores claves del comercio y los servicios con los polos dominantes y no con la economía nacional, en términos de distribución de poder de compra y de creación de un mercado interno. Todo aquello socavó los cimientos del desarrollo económico nacional y abrió el país al capital extranjero, el cual venía adoptando formas originales de dominación con base en empréstitos e intercambio de bienes industriales por materias primas; y, al surgir la etapa del imperialismo, por la colocación de capitales para la producción de bienes y la apropiación de plusvalía.

La dependencia hacia el mercado mundial capitalista introdujo en el seno de la economía haitiana ciertos elementos capitalistas, sobre todo en el nivel de relaciones mercantiles-monetarias. Pero por el carácter dominante del ordenamiento feudal, este molde dependiente se convirtió en una fuerza de consolidación de las estructuras internas arcaicas. Haití se convirtió en *una nación precapitalista dependiente del capitalismo mundial*, imposibilitada para lograr el desarrollo económico social y político dentro de un marco autónomo. Bajo el imperio de esas condiciones objetivas, transcurrió el siglo xix. A una centuria de instaurarse este nuevo ordenamiento socioeconómico, la sociedad precapitalista dependiente de Haití llegó a una situación de crisis profunda que comprometió su eficacia y su función misma de entidad neocolonizada dentro de la división internacional del trabajo, organizada en el marco del capitalismo mundial.

La ocupación norteamericana pretendió reordenar la sociedad haitiana en aras de modernizar su papel de proveedor de materias primas y mercado para los capitalistas y los bienes manufactureros del imperialismo mundial.

III. DE LA HISPANIDAD A LA PERSONALIDAD NACIONAL

La nacionalidad dominicana contó en su proceso de formación con un elemento constitutivo de primer orden: la continuidad del hecho cultural, representado por la influencia española en los campos lingüístico, étnico, religioso y jurídico, traduciéndose en modelos de organización social y de conciencia colectiva. Este factor de continuidad de la base etnocultural ha diferenciado, en forma notable, la línea formativa de la nacionalidad dominicana con la de Haití, la cual sí había atravesado por sucesivos influjos culturales, cortados de su matriz original al cabo de periodos históricos relativamente breves (influjos indios, españoles, franceses y africanos), que contribuyeron a acuñar una cultura sincrética propia, bajo el dinamismo natural impuesto por la necesidad de prescindir de todo cordón umbilical permanente, material e institucional, y forjar así, en el proceso de la vida material, nuevas pautas, valores y maneras de adaptarse o transformar la naturaleza y la sociedad.

La continuidad plasmada en el modelo colonial del influjo etnocultural y jurídico español durante más de tres siglos (con sus fases de mayor o menor intensidad) constituyó un elemento importante en la formación de la nacionalidad dominicana. Pero vista en su totalidad y su dinámica propia, esta continuidad diluyó en cierta medida la emergencia de la nacionalidad. La falsa conciencia de una comunidad cultural con España —un sentimiento de hispanidad— retardó en el acontecer histórico la toma de conciencia del ser nacional. En efecto, los demás factores de carácter histórico y socioeconómico estaban dispersos en el tiempo y el espacio. La organización del espacio en esta sociedad colonial no había experimentado una explotación productiva intensa que pudiese sentar las bases constitutivas del conglomerado humano, diferente de las de la metrópoli, y los intereses de los sectores productivos y de toda la comunidad emergente. Por ello el proceso de formación de esa nacionalidad resultó bastante largo, dando lugar durante décadas a la búsqueda de una identidad consigo misma que tardó en afirmarse en el plan de la constitución del Estado nación, y de la opción política para la Independencia.

Como es sabido, la Española, asiento del virreinato y de la Real Audiencia de las Indias, representó a principios del siglo XVI, la capital de la colonización española en el Nuevo Mundo. Nacieron allí, bajo el impulso externo, los primeros gérmenes de una colo-

nia agroindustrial de exportación, que alimentaba el comercio con Sevilla en este periodo de auge del mercantilismo concomitante al descubrimiento de América. Sin embargo, esta misma producción y las transacciones a que daba lugar se quedaron estancadas en el marco del Pacto Colonial.

A medida que los conquistadores se adentraban en el continente para crear las grandes bases de colonización en la Nueva España, la Gran Colombia y las provincias del sur, regiones de inmensas riquezas mineras donde predominaba la mano de obra india, se efectuaba la paulatina penetración de los filibusteros, bucaneros y "habitantes" franceses en las tierras occidentales de la Española. Estos fueron imprimiendo a estas regiones el dinamismo que debía, al cabo de casi un siglo, desencadenar en Saint Domingue el proceso más vertiginoso de desarrollo agrario industrial que experimentó el Nuevo Mundo. Mientras tanto, bajo el dominio de *jure* más que de *facto* de España, el territorio oriental de la isla profundizando su decadencia se convirtió en un inmenso territorio baldío, dominio predilecto de los rebaños de ganado salvaje, encrucijada de los caminos del contrabando y del trueque.

En ese siglo XVII —señala Juan Bosch— Santo Domingo era la imagen misma del atraso, y en ese panorama general había una sola posibilidad de que la sociedad se conservara organizada, así, por la fuerza de la inercia que funciona también en el orden sociológico; y era que la gente siguiera reconociendo como autoridades sociales locales a los dueños de los hatos, dado que esas eran las únicas personas que tenían algo, susceptible de conferir estabilidad.¹⁸

En esa sociedad disgregada desde el punto de vista económico y sociopolítico, en donde abundaban los grandes espacios vacíos alrededor de núcleos hacenderos dedicados a la ganadería, se impuso la economía doméstica pastoral. La sociedad carecía de una organización económica integrada alrededor de una base productiva unitaria, con cierta autonomía potencial.

La crianza de ganado vacuno y caballar alimentaba el trueque con los corsarios, constituyendo un nivel muy primario de vinculación con el mercado mundial capitalista, poco susceptible de impulsar la economía global, pero sí de mantener los viejos moldes

¹⁸ Bosch, Juan, *Composición social dominicana, historia e interpretación*, Editora Nacional, Santo Domingo, 1970, p. 127.

“hateros”. Este comercio de “interlope” rompía con los lazos formales del Pacto Colonial, debilitado en su aplicación por la misma degeneración que experimentó España después de Felipe II, mientras Inglaterra, en pleno proceso de revolución industrial, empezaba a abastecer productos agrícolas y proveer bienes manufactureros para este amplio mercado del Nuevo Mundo.¹⁹

A fines del siglo XVIII, cuando la vecina colonia francesa accedía a una enorme concentración de capitales, tecnología y fuerza de trabajo servil, en la parte española de la isla el “fundamento de la organización social, la fuente de autoridad en la sociedad, seguía siendo la propiedad hatera” con una producción casi exclusivamente ganadera, poco desarrollo de la agricultura, un comercio de subsistencia y una población escasa. Los grandes recursos logrados “merced a la actividad corsaria, el trueque, la libertad de comercio en el Puerto de la Capital y en Monte Cristi, y por la venta de reses, caballos andullas a Haití, había servido para enriquecer unas cuantas familias, para provocar un cierto grado de movilidad social, pero no para transformar la base de la sociedad”.²⁰

Todavía al empezar el siglo XIX, la base de esa sociedad estratificada, laterizada durante más de tres siglos por falta de impulso y bajo la capa dominante de una metrópoli decadente, constituía un débil fundamento para promover la nacionalidad dominicana. Santo Domingo, tiempo atrás, había dejado de ser indígena. Si bien hablaba español y estaba regida por las leyes metropolitanas, no era objetivamente una comunidad española; aunque en el pleno subjetivo la élite sobre todo se identificaba con la etnia, la cultura y la civilización metropolitana. No era tampoco criolla ni africana. Era de esos “pueblos nuevos” —así llamados por Darcy Riveiro—, que buscaba afanosamente su identidad, búsqueda angustiosa que expresó un burdo anónimo con estos cuplés:²¹

Ayer español nací
a la tarde fui francés
a la noche etíope fui
hoy dicen que soy inglés
no sé qué será de mí.

¹⁹ Jiménez Grullon, Juan Isidro, *La República Dominicana, una ficción*, Talleres Gráficos Universitarios, Mérida, Venezuela, pp. 115 y ss.

²⁰ Bosch, *op. cit.*, p. 126.

²¹ Franco, Franklyn, *Los negros, los mulatos y la nación dominicana*, Editora Nacional, Santo Domingo, 1970, p. 74.

Este retraso en el surgimiento de una identidad nacional o de la afirmación de la dominicanidad” traducía la debilidad, vigente todavía a principios del siglo XIX, de las bases objetivas para la emergencia de la nacionalidad.

Existía claro, en esa colonia española de Santo Domingo, una oligarquía hatera que reclamaba su hispanidad. Sin embargo, esa comunidad no giraba alrededor de una unidad económica centralizada, intensificada, creadora de bienes materiales salidos en la praxis cotidiana del *homo faber*. Carecía del impulso de capitales acumulados, de tecnología, de intereses de clase definidos y de otros fundamentos para el surgimiento de la nación. Aquello estaba todavía en gestación, lo mismo que el marco geográfico en que iba a surgir el Estado-nación.

Las fronteras geográficas de la Española habían sido definidas por el proceso consciente del hombre español que conquista la naturaleza, y del mercantilismo que busca oro y metales preciosos. Las de Saint Domingue fueron arrebatadas de la Española por los bucaneros, habitantes y filibusteros. Los negros haitianos conquistaron el territorio nacional en una lucha a muerte contra los franceses. Las fronteras territoriales que iban a servir de asiento a la nación dominicana y el litoral occidental de la isla, habían nacido como entidad geopolítica de un determinismo geográfico, la presión externa de la expansión económica francesa en Saint Domingue. La decisión jurídica de la metrópoli de contener el avance francés, reconociendo *de jure* los derechos adquiridos por ese rival sobre la parte occidental de la isla, constituyen la expresión de un determinismo histórico. El asiento geográfico de la nación dominicana sólo vino a conformarse en los hechos y a medida que crecía la conciencia nacional, cuando surgió la necesidad de definir el espacio del emergente Estado-nación frente a las ambiciones territoriales de Haití. Este proceso desembocó en el levantamiento armado de José Núñez de Cáceres, para defender la integridad del espacio nacional. Desde entonces, el trazo impreciso de las fronteras, fluctuante desde los tratados de Ryswich, Basilea o Nimega, empezó a precisarse más y más hasta constituir una línea divisoria entre dos Estados nacionales.

Existía una comunidad de lengua, lazo de comunicación para esta comunidad ampliada étnicamente por las aportaciones de esclavos negros y mulatos. Poco a poco se fue gestando una nueva cultura tributaria de España en cuanto a sus expresiones lingüísticas, religiosas, étnicas, pero también propia de este “pueblo nue-

vo” que experimentaba formas originales de sentir, de pensar y expresarse. Estos elementos (comunidad estable, idioma y cultura común) vinieron a constituir importantes cimientos para la dominicanidad. Conllevaron sin embargo esta ligazón subjetiva con España, que iba a hacer más lento el surgimiento de la nación, del plan ideológico y de la afirmación de su ser.

Faltaba todavía esta comunidad de vida económica tan esencial. La economía hatera doméstica pastoral se desarrolló abriendo paso a la patrimonial-agrícola, forma de organización feudal de la producción basada en la servidumbre de la gleba y en una consumación restringida a núcleos hacenderos y al trueque. Esta forma de organización de la producción, estimulada por el comercio “brindó la base de una industria rudimentaria cuyo producto, el dulce, era consumido por el mercado interno y exportado a la Metrópoli. . .”²² Pero el parcelamiento económico del territorio, que daba lugar a un tipo de “economías cerradas”, limitaba tanto la integración del mercado interno como las posibilidades de abastecer el mercado externo. Debido al escaso desarrollo de las fuerzas productivas, no existían las bases de un desenvolvimiento tecnológico que pudiera extenderse en proporción con la sociedad. Tampoco existía una intercomunicación entre los propietarios de los medios de producción, menos aún entre los esclavos o siervos atados a la gleba. En estas condiciones la clase dominante no constituye aún una “clase para sí” y no lograba diferenciar sus intereses objetivos de los de la metrópoli. Seguía siendo un apéndice de aquélla, reflejando su decadencia.

Para 1812 —nos señala Juan Bosch— la sociedad hatera había perdido su vigor, y en la zona de la capital había sido aniquilada; pero también quedó aniquilada la industria azucarera, cuyo grueso se hallaba en esa región, y sucedió que no hubo sustitutos en el orden económico-social, no para los hateros ni para los azucareros. Los dueños de hatos y de ingenios en la región de la capital quedaron convertidos en meros terratenientes, dueños de tierras que no tenían precios porque no había quien pudiera comprarlas. En esas tierras se desarrollarían las economías de las estancias o conucos, una economía para ir viviendo, más no para capitalizar.²³

²² Jiménez Grullon, *op. cit.*, pp. 27 y ss.

²³ Bosch, *Composición social*, p. 168.

A escala de todo el territorio la situación era todavía más atrasada. La dispersión de los núcleos económicos, el carácter extensivo de la producción, lo reducido y disperso de la población, todos aquellos factores, nacidos del modo de producción precapitalista, no constituían bases sólidas para la construcción de la nación. Como es sabido, en el plan histórico, la nación se desarrolló en las condiciones y bajo el impulso de la burguesía. Al no existir desarrollo capitalista, no podía fortalecerse la nacionalidad. Ésta se gestaba lentamente, a través de la comunidad territorial histórica y de esos elementos culturales salidos de las entrañas de la tierra y del proceso de aculturación de ese "pueblo nuevo" en su marco existencial. Pero dentro de este conjunto cultural, aquellos elementos ligados y definidos por la técnica, la producción, la dominación por el hombre del medio ecológico, no lograban consolidarse. Y esa carencia se proyectaba en la no afirmación de esta "cultura criolla", que seguía siendo una cultura oprimida.

El factor racial no podía estimular el surgimiento y la toma de conciencia de la personalidad nacional. En la producción, la confrontación entre amos y oprimidos no revestía ni la intensidad de explotación, ni la concentración demográfica que podía convertirlo en un factor objetivo, base de afirmación diferencial o antagónica. Por el contrario, las clases dominantes, incapaces de abastecer el espacio territorial bajo su hegemonía; no podían acceder al sentimiento de autonomía como ocurrió con los colonos de las trece colonias de Norteamérica, o los colonos de Saint Domingue en las primeras fases del estallido revolucionario posteriores a la Revolución Francesa.

La comunidad constituida por los pobladores de la colonia española de Santo Domingo, se quedó pues a bastante distancia del acceso a la condición de nación. Sólo el surgimiento de la nación haitiana vino posteriormente a estimular las bases objetivas y subjetivas para su emergencia.

IV. LA EMERGENCIA DEL ESTADO-NACIÓN

Los científicos sociales, que pertenecen a las nuevas escuelas de la historiografía dominicana y que buscan apegarse a la ciencia de la historia con un esfuerzo de profundización y objetivización de los fenómenos del pasado, subrayan con mayor o menor énfasis cómo el surgimiento de la nación dominicana es inseparable del hecho

histórico haitiano, fenómeno de alcance insular que tuvo profunda influencia sobre el proceso mismo de formación de la nacionalidad y que contribuyó a integrar la comunidad dominicana, a estimular el nacimiento de la conciencia nacional frente a Haití y, en el acontecer histórico, frente a las metrópolis dominantes. La obra de Emilio Cordero Michel, *La Revolución haitiana y Santo Domingo*, así como numerosos artículos, conferencias y trabajos de investigación de Franklin Franco, Juan Bosch, Hugo Tolentino, Pedro Mir,²⁴ para mencionar a los más importantes, han constituido al respecto un esfuerzo considerable para evaluar este impacto multiforme que ejerció el fenómeno haitiano durante el mismo proceso constitutivo del Estado nacional haitiano, y en sus primeros pasos como Estado soberano, furiosamente anticolonial, sacudido por sus contradicciones de clases y por el complejo juego de las contradicciones interimperialistas.

La vieja historiografía, aun cuando no pueda negar la incidencia del hecho haitiano en la conformación histórica de la nación dominicana, impregna su análisis de toda clase de subjetivismo, racismo y juicios de valor, que no ayudan a apreciar los hechos históricos en su significado real. Sin embargo, a través de estas interpretaciones adulterantes, los hechos mismos trascienden por su valor inalterable. La historia muestra que en Saint Domingue, Haití, ha estado presente desde la génesis misma del proceso evolutivo de la nación dominicana, por su realidad objetiva como formación sociopolítica, anticolonialista y clasista. El apologista y biógrafo de Trujillo, Abelardo Rodríguez Nanita, con el obvio propósito de fundamentar y justificar la política antihaitiana del trujillismo, escribe lo siguiente, que viene a ilustrar a su modo la visión que tiene la oligarquía dominicana de la incidencia de Haití en la definición de la nacionalidad dominicana: "Debemos tener presente siempre que los primeros pasos de nuestra nacionalidad fueron influidos, de un modo decisivo, por el factor Haití; protectorado francés, unión a Colombia, anexión yanqui fueron facetas distintas de un mismo pensamiento, de un mismo temor, de un solo espanto, la invasión haitiana."²⁵

²⁴ Cordero Michel, Emilio, *La revolución haitiana y Santo Domingo*, Editora Nacional, Santo Domingo, 1968. Franco, *op. cit.* Bosch, *De Cristóbal Colón a Fidel Castro; Composición social*.

²⁵ Rodríguez Nanita, Abelardo, *Trujillo*, Impresora Dominicana, Ciudad Trujillo, 1951, p. 197. Entre los ideólogos de esa escuela se destacan Sánchez y Sánchez, *El caso dominicano haitiano*, Peña Batlle, Manuel A., *Historia de la cuestión fronteriza dominico-haitiana*, Ciudad Trujillo, Sánchez Andijar, 1946.

De hecho, este temor lo compartían sobre todo los sectores oligárquicos y coloniales ligados, por sus intereses y su ideología dependiente, a la metrópoli. Las invasiones de Louverture, Dessalines y Jean Pierre Boyer contra la parte occidental, es decir, la posesión española de Santo Domingo, contribuyeron a afianzar la nacionalidad dominicana como entidad diferenciada por su cultura y los rasgos específicos de su historia, de la nación haitiana. Por una parte, estas invasiones —la primera realizada por Louverture bajo bandera francesa— debilitaron el poder económico, político y cultural religioso, particularmente el de España sobre su colonia; por la otra, reforzaron las bases objetivas de la nacionalidad dominicana al promover el desarrollo de la agricultura y del comercio, y la apertura de los puertos de Santo Domingo al comercio internacional, lo que liberó la economía de la servidumbre del Pacto Colonial. Los terratenientes y comerciantes sacaron provecho de estas medidas que crearon para ellos un conjunto de intereses económicos diferenciados, antagónicos a los de la metrópoli. Con la abolición de la esclavitud, la integración legal de los negros y mulatos a la comunidad nacional naciente, la comunicación en el orden económico de las actividades productivas y de distribución sentaron las bases de un sistema de economía nacional orientado hacia un vigoroso comercio de exportación.²⁶ Fortalecieron asimismo las bases subjetivas de la nacionalidad, al cortar temporalmente la dependencia institucional hacia España. Estimularon, por ende, la toma de conciencia cultural y racial del *yo* dominicano diferenciado y opuesto al *él* haitiano. Este último elemento racional de concientización se dio aún con más fuerza a raíz de la invasión de Dessalines (1805).

La posterior reconquista de Santo Domingo por España aceleró los conflictos de clase en la sociedad hatera. En primer lugar, ésta había sufrido un fuerte colapso con las invasiones haitianas que pusieron término al comercio de reses. Empezó a surgir la economía tabaquera, y los conflictos sociales se aceleraron. Pero la conciencia nacional quedaba limitada a un pequeño círculo de ilustrados que encabezó José Núñez de Cáceres, prócer de ese primer Estado independiente llamado *Haití Español*, que se adhirió a la Gran Colombia.

Esta tentativa de creación de un Estado soberano diferenciado de Haití no prosperó por factores históricos múltiples: en el contexto en que se averigua pareció anterior a la consolidación de las bases

²⁶ Bosch, *Composición social*, pp. 171 y ss.

objetivas en que descansa un Estado nacional, y aun de las que aseguran la afirmación de toda entidad política, jurídica y organizativa de carácter estatal. Las estructuras de poder, tanto civiles como militares, eran sumamente débiles. Kaplan señala al respecto que el surgimiento del Estado presupone determinadas condiciones históricas a nivel de la división de trabajo, división de funciones, escisión de la sociedad en unidades externas unas a las otras, que dan lugar a antagonismos y amenazas externas, que atentan contra la cohesión y la existencia misma de la sociedad.²⁷

Además la experiencia histórica mundial ha demostrado que el Estado-nación nace en la etapa de consolidación de la burguesía, a partir precisamente de la consolidación de la propiedad y de los medios de producción que confieren a la organización de la entidad estatal sus bases económicas y de clase. La oligarquía dominicana naciente, por más que se había fortalecido en el periodo de la dominación de Louverture, no había alcanzado el grado de consolidación que pudiera apoyar este proyecto de conquista de la soberanía. Y siendo el Estado, como dice Engels, “un poder organizado de una clase para la opresión de otras”, este poder organizado, para lograr sentar su dominación en forma viable, debía haberse consolidado de manera autónoma como instrumento de una clase dominante económicamente fuerte.

La intervención y ocupación de Boyer transfirió hacia el futuro esa tentativa de constitución de un *Estado nacional* y consolidó en forma decisiva las bases de la nacionalidad dominicana; asentando asimismo las condiciones para el advenimiento de un Estado centralizador. Su política económica de corte francamente feudal, institucionalizó en su Código Rural de 1822 la gran propiedad y el régimen de servidumbre corporal. Creó, así, un elemento de solidaridad hacia su régimen entre aquellos hateros que se sentían bastante ligados a la tierra para no emigrar frente al “espanto” haitiano y entre los productores tabacaleros que encontraron salida para sus productos. Esta solidaridad entre las clases dirigentes haitianas y la emergente nación dominicana influyó sobre la ideología dominante, dando lugar, en una primera etapa, a una aceptación del régimen de Boyer como garante del orden y guardián de las instituciones.²⁸ Contribuyó a que surgiera una pequeña burgue-

²⁷ Kaplan, *o p.cit.*, p. 28.

²⁸ Franco F., *op. cit.*, pp. 122 y ss. Comentando la invasión haitiana contra la primera República, Jiménez Grullon puntualiza: “La burguesía criolla se adaptó, en su conjunto, a las nuevas realidades. Al igual que lo hizo bajo el régimen de Sánchez Ramírez, se conformó con ocupar cargos secundarios y con la esperanza de negocios importantes,

sía dinámica, en plena expansión, con la consecuencia de ensanchar las bases sociales de la nación y de estimular la conciencia nacional independiente.

Esta ocupación haitiana sobre la colonia española de Santo Domingo (ya en proceso de transición hacia una formación nacional) duró 23 años, de 1821 a 1844. Haití, en el curso de este periodo histórico, pasaba por la etapa de consolidación del modo de organización feudal de la producción y de la vida sociopolítica, instituida después de la independencia. En este proceso, la ocupación de las inmensas y ricas extensiones vecinas constituía, para la oligarquía haitiana, un paso importante, ya que ofrecía a los terratenientes y oligarcas la posibilidad de apoderarse de más tierras. El régimen de Boyer representó así, el momento cumbre del feudalismo en Haití.

Pero también, durante este periodo histórico, se empezó a dar el fenómeno de revinculación de la economía haitiana con la economía mundial capitalista. Después de las dos primeras décadas de forzada autarquía, impuesta por el reacondicionamiento de la economía interna y por el bloqueo comercial realizado por las potencias coloniales, empezó a darse, en efecto, la reincorporación del país al mercado mundial. Al imponer a su antigua posesión el pago de una indemnización para los excolonos expropiados en el momento de la independencia, Francia levantó su bloqueo contra Haití, lo que llevó a lo mismo a las demás potencias colonialistas. Desde entonces, los ricos cargamentos de café y maderas preciosas empezaron a fluir hacia el exterior.

La parte occidental resintió los efectos benéficos de esta situación, en términos de una marcada aceleración de sus transacciones comerciales. Los cosecheros de tabaco del Cibao resultaron beneficiados y en general la economía hatera dominicana. Es significativo al respecto, que la producción de tabaco de Haití pasara de 500 mil libras de 1820-1824 a más de 1.7 millón en 1840.²⁹ Pero también, para pagar la indemnización de la independencia, Boyer tuvo que imponer un feroz sistema impositivo que afectó más a los territorios dominados, generando nuevos órdenes de contradicciones socioeconómicas íntimas.

Esta activación económica fortaleció las bases sociales de la comunidad dominicana; la aprovecharon la oligarquía y la pequeña

que debían florecer a la sombra de la paz que impondría el nuevo régimen", *op. cit.*, p. 60.

²⁹ Lepkowski, *op. cit.*, tomo 1, cuadro pp. 125-127.

burguesía comercial, tanto urbana como rural. Al mismo tiempo surgieron profundas contradicciones entre estos sectores medios y la oligarquía dominante, que culminaron en el levantamiento contra el yugo haitiano en 1843.

En el curso de este movimiento de afirmación nacional, intervinieron factores decisivos para el asentamiento de la nación dominicana. En primer lugar, se presentaba la definición del marco territorial dominicano históricamente determinado y diferenciado del territorio nacional haitiano. La comunidad dominicana se levantó para repeler las fuerzas de ocupación y la opresión social, económica y política, que ejercía la oligarquía haitiana sobre la masa del pueblo. Esta empresa de liberación consolidó las bases militares organizativas y de conciencia colectiva para el surgimiento del Estado-nación. Consolidó la realidad del espacio geográfico de la nueva nación y la conciencia misma, por parte de la comunidad enmarcada en ese espacio, de la significación del mismo como cuño del Estado-nación, diferenciado por imborrables fronteras históricas, de aquel otro Estado-nación vecino.

No obstante, la anexión a España de 1861 demostró que un sector poderoso de las clases dominantes dominicanas —la oligarquía baecista y santanista de extracción latifundista y comercial—, no se identificaba con la nación. Era antinacional y se aferraba a la antigua cosmovisión colonial. Para ella, rechazar el yugo haitiano implicaba buscar otro y estrechar la dependencia hacia España. Le era inconcebible integrar su impulso de libertad hacia la consolidación de la nacionalidad.

No podía concebir un sistema de economía nacional que no fuese supeditada al extranjero y, de hecho, no había una burguesía nacional, sino una que desempeña la función de apoderado del capitalismo extranjero. De ahí las concesiones antinacionales ofrecidas por Báez a aventureros extranjeros, las que culminaron con la sesión de la Península de Samana. Con razón Juan Bosch señala: "En el fondo de todas las actividades anexionistas había una idea predominante: Santo Domingo no podía llegar a ser una sociedad burguesa por sí misma, pero podía serlo entendiéndose como una sociedad nacional, por parte de un país europeo o de los Estados Unidos".³⁰ Así, no había nacido en esa élite el sentido de la soberanía, que es una de las expresiones esenciales del Estado-nación. Se entiende por soberanía interna la capacidad de decisión, de organización del espacio territorial, de hacer las leyes, en fin, de

³⁰ Bosch, *Composición social*, p. 233.

organizar el orden social y jurídico conforme a su interés dominante; y, soberanía externa, como el poder de decisión autónoma no supeditada a intereses de ningún centro externo de dominación.

Esa clase dominante constituía una presencia histórica foránea, clavada en la economía y la sociedad dominicana, a través de los poderosos latifundistas hateros, españoles menos por la sangre que por la tradición y el conservadurismo. Ejercitaban la ideología del liquidacionismo y de la asimilación, lo que limitaba el desarrollo de la conciencia nacional dominicana, que se evidenció en 1863, cuando los hateros entregaron el Estado-nación emergente al poder de España.

Pero ya la nación dominicana, forjada en la lucha contra Haití y en la práctica del Estado nacional, era lo suficientemente fuerte para unir, en la Guerra de Restauración, a todos los sectores nacionales y recobrar rápidamente su autonomía frente a esta metrópoli decadente.

La definición de la dominicanidad vino a revestir, entonces, una doble dimensión: antihaitiana en su afirmación nación-Estado; anti-española en cuanto a la definición circunstancial del Estado-nación, quedando la primera mucho más profundamente impresa y omnipresente en la conciencia dominicana, ya que la ideología dominante, la de la clase dominante, estaba mucho más aculturada a España. Mientras tanto, Haití seguía mucho más presente y negro en el tiempo y en el espacio. El hispanicismo cultural de la élite contribuyó a borrar el aspecto "antiespañol y aun no español de esa definición nacional y de la cultura dominicana naciente. Este sentimiento de la hispanidad, que invadía la conciencia de la oligarquía y de ciertos sectores de la pequeña burguesía, se proyectó como una sublimación del *yo* dominicano, tendiente a neutralizar los influjos de la cultura nueva mestiza y a salvar a la nación dominicana, occidental, blanca y cristiana, de los embates del haitianismo africano, salvaje y negro. No por casualidad el mismo liberador de la nación dominicana contra el yugo haitiano, el general Santana, fue el que entregó a España la soberanía dominicana.

Esta oligarquía que funcionaba en el campo económico, social y político, como estructura de dominación, conectada con el dominio externo, podía enajenar la conciencia nacional dominicana de las clases oprimidas. La problemática nacional vino a planearse, no en términos de las contradicciones clasistas sino en términos raciales. Empezaron a surgir mitos sociales tan poderosos como los

de "hispanidad" y "origen caucásico". Y el negro, recluso en las esferas explotadas, llegó a oír tanto acerca de su inferioridad, que llegó a transferir su ser a otras definiciones étnicas, o a hundirse en su inferioridad. En estas condiciones, el haitiano, prototipo de esa simbología de inferioridad racial, fue colocado en el horizonte cultural como el espanto; mientras tanto, seguía en los bateyes la fuerza de trabajo barata, cimentación de la sociedad capitalista dependiente dominicana, la cual nacía en la constelación imperialista, también blanca.

Esta doble opresión clasista y racista del obrero creador de valor se relacionó, por la élite dominante, con la visión proyectada del pasado en la que el negro haitiano era identificado con la antihispanidad. La ideología de la clase dominante —la ideología dominante— invadió amplias capas de la conciencia social dominicana, identificando dominicanidad con antihaitianismo, lo cual ilustra la siguiente aseveración de Kaplan:

las ideologías aparecen como interpretaciones, transposiciones, representaciones refractadas e invertidas de la realidad (natural, histórica, social, cotidiana) que a su vez se extrapolan y proyectan sobre aquélla. Son elaboradas por individuos y grupos especializados pero a partir y en el cuadro de la sociedad global y de las luchas entre clases y grupos; y son seleccionadas o admitidas por grupos dominantes que le otorgan primacía, o por grupos dominados que las utilizan para resignarse o por contestar el orden sobre ellos impuesto.³¹

Sobre estas clases dominantes —oligarquía, la pequeña burguesía, así como importantes sectores del pueblo enajenado por la ideología y la cosmovisión dominantes— el trujillismo pudo erigir, a partir de su ideología mesiánica racista y falsamente nacionalista, el aparato sociosicológico de opresión y de consolidación de una estructura social capitalista y dependiente.

En conclusión: en su génesis y desarrollo como estados nacionales, Haití y la República Dominicana se han movido en esa contradicción entre la "fuerza inmanente" de la dominación externa y los impulsos constitutivos de orden nacional. Sin embargo, la dominación externa ha impuesto a esos países un sello propio en su conformación, en función misma de la posición que han ocupado en el marco de la división internacional del trabajo. La fuerza de

³¹ Kaplan, *op. cit.*, p. 22.

los factores objetivos y subjetivos que concurrieron a su formación, les permitió sobrevivir, no sin largas luchas de autodefensa para mantener su independencia nacional. Así, han experimentado las irremediables contradicciones existentes entre la necesidad del desarrollo económico autónomo respecto al centro de dominación, y los intereses del mismo por apropiarse del excedente económico de esas naciones, y mantener su yugo sobre una y otra. Esa comunidad en la situación objetiva, conlleva un sinnúmero de contradicciones hacia el mismo centro de dominación e intereses mancomunados, como se observó, en grado máximo, con la ocupación norteamericana de las dos repúblicas a principios del siglo xx. Esa comunidad, desde entonces, ha definido el proceso de evolución paralela de ambas naciones, señalando la necesidad de que emprendan juntas la reconquista de su determinación histórica.

EL IMPACTO DE LA OCUPACIÓN
NORTEAMERICANA EN HAITÍ (1915-1934)
Y EN LA REPÚBLICA DOMINICANA (1916-1924)

Susy Castor

El inicio del siglo xx marcó el surgimiento de los Estados Unidos como potencia imperialista mundial. El desarrollo de la industria norteamericana después de la guerra de Secesión, el proceso de acumulación de capital, la búsqueda de nuevos mercados y campos para inversiones, activaron los impulsos expansionistas del imperialismo. Nuevas teorías, Lodge en lo político, Mahan en lo naval, Strong en lo religioso, dieron la pauta de la nueva política.

Desde finales de la guerra hispanoamericana (1898), América Latina experimentaba el "Destino Manifiesto" fundamentado en la Doctrina Monroe que adoptaba formas cambiantes según las características históricas de cada país dominado: desde la sutil diplomacia de desplazamiento de Inglaterra, o de ingerencia en la política interna, hasta la aplicación del "gran garrote". Cualesquiera que fuesen sus modalidades, las metas de esta política quedaban claramente definidas: control estratégico, desplazamiento de las potencias europeas, dominación económica y búsqueda de provecho máximo para sus inversiones.

Cuba, Puerto Rico y Panamá prefiguraban el futuro de la zona del Caribe y de América Central. Ya, en 1905, Theodore Roosevelt, en su informe anual al Congreso, definía el nuevo papel de su país: "Algunos Estados incapaces de obtener justicia de los extranjeros y no dispuestos a hacer justicia a los extranjeros que los tratan bien, pueden llevarnos a tener que emprender una acción para proteger nuestros derechos." Apuntaba sin duda alguna a las repúblicas caribes y centroamericanas, en donde el orden interno era alterado en forma casi permanente y, en particular, a Haití y la República Dominicana, que presentaba en esta época una situación explosiva. Por lo tanto, fueron de los países que experimentaron con mayor rigor la política del *Big Stick*.

I. EL MARCO HISTÓRICO DE LA INTERVENCIÓN

A pesar de compartir las dos partes de la isla una evolución nacional que se desprende de un tronco histórico común y aunque presenten ciertas características socioeconómicas similares, estas repúblicas manifestaban al principio del siglo xx, notorias diferencias estructurales surgidas de su respectiva dinámica sociohistórica. Esta dicotomía de situaciones objetivas hizo que el impacto de la intervención norteamericana en uno y otro país tuviera una dimensión y una proyección distintas en cada caso.

A. *La turbulencia política*

En los primeros años del siglo xx, coincidiendo con el centenario de su independencia (1904), desaparecieron en Haití los últimos vestigios de un gobierno más o menos estable. El derrocamiento del general Nord Alexis por las tropas del general Antoine Simon en 1908 abrió, a este último, el acceso al poder. Después de 3 años en la presidencia, el general Simon tuvo que irse al exilio, al ser derribado por una nueva insurrección. Desde entonces, ningún gobierno pudo mantenerse ni siquiera un año. La inestabilidad se fue acrecentando: cuatro gobiernos efímeros se sucedieron del 4 de mayo de 1913 al 27 de julio de 1915.

El derrocamiento del último de esos mandatarios, el general Vilbrun Guillaume Sam, se realizó en circunstancias trágicas. Éste y el jefe de la cárcel de Puerto Príncipe, el general Charles Oscar Étienne, asilados en consulados extranjeros a raíz del asesinato de 173 presos políticos, fueron arrancados de esas sedes diplomáticas por el pueblo que los ajustició en plena calle. Mientras tanto, una tropa insurgente encabezada por el doctor Rosalvo Bobo se alistaba para asaltar el palacio y ocupar la capital.

El Departamento de Estado de los Estados Unidos, ya desde tiempo atrás, había decidido la ocupación de Haití. Esperaba nada más el "momento oportuno".¹ Al amparo de la situación surgida en el país procedió a desembarcar la infantería de marina en suelo haitiano. El Vicealmirante William Caperton, que dirigía las operaciones, ocupó la capital y extendió la ocupación militar a todo el territorio nacional. De inmediato proclamó la ley marcial y procedió al desarme de la ciudadanía.

¹ Link, Arthur, *La política de Estados Unidos en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1960, p. 258.

Así, el 28 de julio de 1915, una nueva página se abrió en la historia haitiana, con la ocupación norteamericana que duró casi dos décadas. Un año más tarde, el mismo Caperton encabezaba la acción militar que iba a regir los destinos de la República Dominicana durante casi una década.

La vecina nación dominicana también había experimentado a principios del siglo una fase de agitación crónica. En el periodo anterior, la mano fuerte de Ulises Heureaux, mantuvo la paz durante 19 años (1880-1899). Su dictadura parecía cerrar los "episodios increíbles" que marcaron la historia de la nación dominicana.² El asesinato de Heureaux (el 26 de julio de 1899) abrió la nueva época de los pronunciamientos. Para mantener el frágil equilibrio de las fuerzas políticas, las dos facciones más fuertes de la oligarquía, encabezadas sucesivamente por el general Horacio Vázquez y Juan Isidro Jiménez, integraron un gobierno provisional, con el primero como presidente y el segundo como vicepresidente. Esta fórmula no resultó. El siguiente mandatario, Ramón Cáceres, pudo mantener un orden precario en el país a partir de 1906, pero, además de las acostumbradas sublevaciones de caudillos, tuvo que enfrentarse al hecho nuevo de la imposición, a partir de 1907, por parte de Norteamérica, de una receptoría sobre los ingresos aduanales dominicanos. Poco después, Cáceres cayó bajo las balas de una facción rival. La situación política se tornó en un virtual caos. Resultaron vanos los esfuerzos para salvaguardar las instituciones políticas. Cinco gobiernos se sucedieron de 1911 a 1916.³ Surgió entonces como máximo caudillo el general Desiderio Arias, considerado por el Departamento de Estado como "la bestia negra" de la política dominicana. Con el pretexto del peligro de que Arias ascendiera al poder, los Estados Unidos desembarcaron en mayo de 1916, 600 marinos en la capital. En julio, ya todos los puntos estratégicos del país estaban ocupados.⁴

Fue instaurado un modelo de ocupación semejante al implantado en Haití. La fuerza militar extranjera utilizó las instituciones locales de poder, con un gobierno peleele para asentar su dominio. Sin embargo, el presidente Francisco Henríquez y Carbajal, elegido poco después de la intervención, trató de salvar los últimos atri-

² El primer intento independentista dominicano en 1821 fue seguido por la autoanexión a la Gran Colombia, y una larga ocupación haitiana (1822-1843) que terminó con una proclamación de independencia. Luego se dio una nueva anexión a España (1861-1865) al término de la cual se logró la independencia de la República.

³ Mejía, Luis F., *De Lilis a Trujillo*, Editorial Élite, Caracas, 1944, cap. I a IV.

⁴ Link, *op. cit.*, p. 277.

butos de la autonomía. Los conflictos entre los marinos y las autoridades locales se volvieron tan frecuentes y violentos que la potencia ocupante decidió recurrir a medidas más fuertes, proclamando, el 29 de noviembre de 1916, “el estado de ocupación militar con todas sus consecuencias”.⁵

B. *La crisis socioeconómica*

Se ha sugerido, desde un punto de vista típicamente colonialista, que una y otra coyunturas políticas —que abrieron paso a la acción intervencionista de los Estados Unidos— tenían su origen en la “incapacidad innata de esos pueblos o de sus gobernantes” o en la “turbulencia antillana”. En realidad, esas situaciones constituyeron expresiones de una evolución histórica, marcada en ambas naciones por la dependencia y sus deformaciones estructurales, las cuales facilitaron el logro de las ambiciones expresionistas de los Estados Unidos en un momento en que ya su sombra imperialista cubría toda América Latina y en particular la región del Caribe.

a] Haití, al proclamar su independencia en 1804, se forjó como nación en condiciones particularmente difíciles. Después de su larga lucha de independencia, en la que se enfrentaron esclavos negros y esclavistas franceses, quedaron destruidas las plantaciones, la industria azucarera, la misma tecnología, así como los grandes trabajos de infraestructura implanados por el colonialismo francés, que habían hecho posible la alta producción de Saint Domingue, la entonces “perla de las antillas”.

El estado haitiano se encontró, por derecho de conquista, dueño de todos los medios de producción y por consiguiente de casi el 90 por ciento de las tierras. Bajo presión de la masa de los esclavos, una reforma agraria fue realizada en 1805. Fracasó esencialmente por la oposición de los antiguos libertos. Sin embargo, durante todo el siglo XIX, la política estatal se caracterizó por la distribución de tierras a jefes militares de alto rango y a los principales funcionarios civiles. Así, se fue formando una oligarquía terrateniente —mulata y negra— constituida y consolidada gracias al poder político. Al mismo tiempo, en épocas de crisis y para aliviar tensiones sociales, pequeñas parcelas fueron distribuidas a soldados rasos. Ciertos sectores de la masa rural se convertían o se incorporaban

⁵ Proclama de ocupación del capitán H. S. Knapp, 29 de noviembre de 1916.

a la pequeña propiedad por arrendamiento de parcelas estatales o por la ocupación de tierras baldías.

Ya, desde 1821, el Código Agrario de Jean Pierre Boyer, copiado del código napoleónico, había reglamentado e institucionalizado las relaciones de producción en el campo. La mayoría del campesinado trabaja como siervo en las grandes plantaciones. La medianería vino a caracterizar las relaciones de trabajo en la agricultura.⁶

El ausentismo de los terratenientes, el abandono de las plantaciones y las técnicas primitivas de cultivo, se tradujeron en una baja constante de la producción agrícola. La no remuneración del trabajo, el escaso volumen de la producción agrícola, la tendencia al monocultivo del café, no permitieron ni la creación de un mercado interno ni una explotación racional de la agricultura. El país quedó estacado en una etapa precapitalista de producción. Mientras tanto, el poder político recaía en las manos de una oligarquía agraria propensa a facilitar el dominio extranjero en la vida nacional.

La dominación extrema y el feudalismo interno impidieron el desarrollo de una burguesía nacional. El incipiente sector mercantil que se fue gestando desde principios del siglo XIX, formó el Partido Liberal para lanzarse en la batalla por la toma del poder y consolidar así su posición. Las luchas se exacerbaban en el último cuarto del siglo entre la oligarquía agraria y esa burguesía nacional en germen. El Partido Liberal fue definitivamente aplastado por el gobierno de Nord Alexis al principio del siglo XX.⁷

Esta oligarquía terrateniente o comerciante —apenas el 1 por ciento de la población total del país—, a pesar de su hegemonía frente al pueblo, confrontaba serias contradicciones. También se agudizaron las existentes entre los mismos grupos terratenientes las luchas para la conquista del poder se volvieron tan violentas que al principio del siglo dieron lugar a una situación de crisis política sin precedente.⁸

b] La porción oriental de la isla había permanecido bajo el dominio español hasta 1821, cuando se dio el primer intento independentista. Esta empresa, sin embargo, no prosperó: sólo hasta 1865

⁶ Pierre-Charles, Gérard, *La economía haitiana y su vía de desarrollo*, Cuadernos Americanos, México, 1965, cap. I.

⁷ El Partido Liberal se organizó a fines del siglo XIX con Boyer Bazelais, como jefe político y Edmond Paul como teórico. En 1883, quedó prácticamente aniquilado a raíz de una operación militar que encabezó contra el Partido Nacional, entonces en el poder.

⁸ Castor, Suzy, *La ocupación norteamericana de Haití y sus consecuencias*, Siglo XXI Editores, México, 1971, p. 17.

Santo Domingo comenzó a aproximarse definitivamente a la independencia.

En 1822, Jean Pierre Boyer, caudillo haitiano, emprendió la unificación de la isla ocupando militarmente el territorio dominicano. Su ocupación, que duró 23 años, rompió la vieja estructura patrimonial vigente desde la conquista española. Numerosas plantaciones, hatos y haciendas ganaderas coloniales pasaron al dominio estatal. Estas medidas fueron inspiradas por el molde de propiedad agraria similar al de Haití. Al mismo tiempo, el sistema de la gran propiedad individual fue consolidado por la distribución de tierras estatales a oficiales y generales, mientras se liquidaba la esclavitud y se procedía a la distribución de pequeñas parcelas —tomadas del sector estatal— para formar un sector de campesinos propietarios.⁹

El código rural en vigor en Haití, de corte jurídico y económico francamente feudal, se hizo extensivo a las tierras del este. Con el fin de asegurar la mano de obra a las grandes y medianas propiedades, el trabajo forzado fue instituido sobre casi todo el territorio dominicano. Se trataba de mantener al campesino en las plantaciones en calidad de siervo de la gleba.

La sociedad rural dominicana quedó marcada por este tipo de relaciones de producción. En el periodo posterior a la dominación de Boyer, después de cada campaña militar, para defender a la República de las pretensiones anexionistas de Haití, se distribuían grandes extensiones de tierras a los jefes militares más destacados y pequeñas parcelas a los soldados rasos. Se consolidó así el latifundio con todas sus consecuencias.

Sin embargo, en el norte, región tabacalera por excelencia, se produjo un mayor desarrollo económico que en otras partes del país. En efecto, el valor comercial del tabaco impulsó allí un intenso movimiento mercantilista. Muchos de los grandes propietarios de la región se fueron convirtiendo en comerciantes, constituyendo el núcleo incipiente de una burguesía nacional.¹⁰ Este sector quiso modernizar las estructuras del país y defender sus intereses de clase, formando el Partido Liberal Nacionalista (el Partido Azul) para oponerse al Partido Tradicionalista de los terratenientes (el Partido Rojo).

La lucha vino entonces a circunscribirse entre estos dos sectores,

⁹ Bosch, Juan, *Composición social dominicana*, Impresora Arte y Cine, Santo Domingo, 1970, pp. 176-177.

¹⁰ *Idem*, pp. 220-221.

preocupados más bien por el poder y el mantenimiento de sus privilegios. Mientras tanto, la gran masa rural o urbana quedaba totalmente marginada o bien utilizada como fuerza de choque.

La incipiente burguesía mercantil no llegó a consolidarse como clase. En el último cuarto de siglo XIX fue desplazada por un nuevo sector extranjero que se incrustó en la economía dominicana: los cubanos arribados a partir de 1868, a raíz de la guerra de los 10 años, "sembraron caña, montaron molinos, introdujeron así en gran escala la industria azucarera en Santo Domingo".¹¹ Ya en 1882 existían 16 ingenios trabajando en la parte sur del país y 12 en proceso de reconstrucción. Poco después, los cubanos fueron sustituidos por algunos italianos y, sobre todo, por norteamericanos. El auge de la industria azucarera aumentó el volumen del comercio y dio lugar al surgimiento de un sector limitado de obreros agrícolas y a un incipiente desarrollo capitalista.

Así, la estructura socioeconómica dominicana presentaba en la primera década del siglo XX un carácter híbrido, iniciándose la integración del sector feudal con relaciones de producción precapitalistas, con el moderno sector capitalista de producción (principalmente azucarero). Este segundo sector, muy inferior al primero en cuanto a volumen de producción o de ocupación, era dotado de mucho más dinamismo y controlado exclusivamente por extranjeros.

1. Predominio del caudillismo

Por lo general en América Latina al realizarse la independencia, las ideologías liberales europeas del siglo XIX y de la revolución norteamericana inspiraron la adopción de instituciones democráticas correspondientes a la Europa industrial. Este orden institucional dio origen al caudillismo, definido por Jacques Lambert como "el encuentro de la ideología democrática con estructuras sociales arcaicas de carácter pre-nacional".¹² La soberanía popular, el sufragio, la constitución, representaban las afirmaciones irreales en esas sociedades caracterizadas por el predominio de lazos directos y personales entre la oligarquía y la masa del pueblo. Algunos países, en grados diferentes, lograron superar tempranamente esta

¹¹ Knight, Melvin, *Los norteamericanos en Santo Domingo*, Editorial Listin Diario, Ciudad Trujillo, 1939, p. 40.

¹² Lambert, Jacques, *Latine, Structures sociales e institutions politiques*, PUF, París, 1963, p. 193.

etapa. En Haití y la República Dominicana seguía rigiendo todavía al principio del siglo xx.

En los años anteriores a la ocupación norteamericana, conocidos en Haití como la “época de los sátrapas”, las sublevaciones de carácter regional en contra del poder central adquirieron una frecuencia particular. Encabezando un ejército de medianeros, un jefe militar y su grupo marchaban hacia la capital. Después de una lucha más o menos sangrienta, tomaban el palacio. La instalación del nuevo jefe como “presidente constitucional” implicaba el exilio del anterior y de sus colaboradores. Pronto la ambición de otro caudillo se levantaba y el juego volvía a empezar.

Si en la jungla política haitiana el mecanismo político parecía sencillo, en la República Dominicana adquiría matices diferentes.

Inmediatamente después de la independencia, para hacer frente al “peligro haitiano”, surgieron caudillos como Buenaventura Báez, Pedro Santana y, más tarde, Ulises Heureaux. En vísperas de la ocupación dominan las figuras de Juan Isidro Jiménez y Horacio Vázquez.¹³ Paralelamente al gobierno central, estos caudillos ejercen un poder regional en forma casi independiente. Las luchas entre los sectores oligárquicos “se asemejaban más a aquellas sostenidas entre naciones, que a las que confrontan los ciudadanos de una misma nación”.¹⁴ Abundan en esta época los caudillos que, desconociendo la autoridad del poder central, se atrincheran en sus feudos para desafiar al gobierno establecido o se proclaman presidentes provisionales de una región.¹⁵ Por ejemplo, después de la muerte de Cáceres, “la autoridad real estaba fuera de la capital en manos de gobernadores locales, jefes militares, quienes eran virtualmente independientes del gobierno central”.¹⁵

Estas manifestaciones de un mismo fenómeno —el caudillismo— con variantes institucionales del feudalismo, llevan a formular la siguiente hipótesis:

Las circunstancias de realización de la liberación de Haití (singular en el cuadro de América Latina) con la participación y el impulso de las masas de esclavos, hicieron que surgiera a la vida independiente como *Estado* y a la vez como *Nación*, con un fuerte sentimiento nacional y una fuerte centralización de poder. Mientras en la República Dominicana los acontecimientos históricos no propiciaron el nacimiento de manera temprana en la oligarquía de

¹³ Se destacan también las familias Velázquez, Morales, Cáceres, Tejeda, Victoria.

¹⁴ Lambert, *op. cit.*, p. 196.

¹⁵ Muro, Dana, *Intervention and Dollar Diplomacy in the Caribbean*, Princeton University Press, Princeton, New Jersey, 1964, p. 276.

lo que Jiménez Grullo llama la "conciencia de la dominicanidad".¹⁶ Esta conciencia prenatal se manifestó en las tendencias, tan en boga en los sectores oligárquicos dominicanos, de alentar la anexión a potencias extranjeras (España, Francia o los Estados Unidos) y la ausencia de una fuerza centrípeta para someter a los caudillos regionales.

2. La ingerencia norteamericana

En Santo Domingo, entre los dos siglos, la influencia europea (francesa, inglesa, alemana e italiana) había sido desplazada por los Estados Unidos. El proceso se había iniciado con el despojo del Banco Nacional de Santo Domingo, con capital francés, por la Santo Domingo Improvement Co. de Estados Unidos.¹⁷ Desde entonces las compañías norteamericanas se fortalecieron en todos los renglones de la vida económica. Monopolizaron los fletes entre los puertos dominicanos y los de los Estados Unidos; controlaron de manera exclusiva las minas, los ferrocarriles, las mayores plantaciones de caña, café, cacao, higo y plátano, las fábricas de cerveza y otros bienes de consumo; la producción de electricidad y la construcción portuaria. Se adjudicaron la deuda exterior y orientaron en forma exclusiva hacia los Estados Unidos el comercio de importación y exportación.¹⁸ A partir de 1905, el dólar norteamericano comenzó a circular como moneda nacional, conjuntamente con el peso dominicano.¹⁹

Un paso más en la penetración imperialista se realizó con la firma del convenio del 8 de febrero de 1907 que habilitaba a las autoridades norteamericanas a asegurar la recaudación y el manejo de todos los derechos aduanales de la República (menos los de Puerta Plata, controlados por Santo Domingo Improvement y Co.). El gobierno dominicano perdía, según este convenio, el derecho de modificar los aranceles aduanales o de contratar empréstitos. De hecho, los norteamericanos reglamentaban la vida financiera y económica de Santo Domingo.

La Ley de Concesiones Agrícolas, emitida en 1911, al mismo tiempo que fortalecía las plantaciones norteamericanas ya existentes, favorecía la instalación de nuevos establecimientos otorgándo-

¹⁶ Jiménez Grullon, Juan Isidro, *La República Dominicana, una ficción*. Talleres Gráficos Universitarios, Mérida, Venezuela, 1965.

¹⁷ Knight, *op. cit.*, cap. III.

¹⁸ De la Rosa, Antonio, *Las finanzas de Santo Domingo y el control americano*, Editorial Nacional, Santo Domingo, 1970, p. 92.

¹⁹ *Ibid.*

les privilegios extraordinarios, tales como la exoneración de derechos de importación durante ocho años, la garantía contra el aumento de impuestos por 25 años, el derecho de "levantar factorías, construir y mantener carreteras, ferrocarriles, puentes y muelles; mejorar puertos y ríos, apropiarse aguas para irrigación y hacer construcciones necesarias, incluyendo cenales; operar barcos y remolcadores de nacionalidad extranjera; instalar vías telefónicas y telegráficas, establecer plantas eléctricas..."²⁰

Esta preponderancia no se circunscribió sólo al plan financiero y económico. A partir del siglo xx, el Departamento de Estado norteamericano se constituyó en árbitro político, según su conveniencia, entre las diversas facciones. El nombramiento como Secretario de Estado de James Mark Sullivan, abogado del Banco Nacional de Santo Domingo desde 1904, hizo que esta ingerencia se volviera más descarada. Desconociendo incluso las farisáicas actitudes diplomáticas, la potencia dominante llegó incluso a amenazar a las autoridades locales con no entregarles ni un dólar de la recaudación fiscal. En 1913, a pesar de las objeciones dominicanas, la misión diplomática norteamericana se impuso el derecho de supervisar las elecciones.

En Haití, a diferencia de lo que sucedía en la República Dominicana, se produjo hasta la primera guerra mundial el juego de fuertes rivalidades interimperialistas, sobre todo de Francia, Alemania y los Estados Unidos. Los préstamos colocados en el exterior eran franceses; alemanes la deuda interna, un importante núcleo del comercio interior y el flete hacia el exterior. Estas potencias, para defender sus intereses y su esfera de influencia respectiva, intervenían de manera abierta en la política interna y alentaban a los diversos caudillos en sus luchas internas, apoyándose a menudo en sus cañoneros.

Desde 1847, los Estados Unidos habían demostrado un gran interés por la posición estratégica de Haití. Con la construcción del Canal de Panamá, ejercieron fuertes presiones sobre Haití para obtener la concesión de *Môle Saint Nicolas* como estación carbonera y naval. Estas presiones resultaron inútiles. Por otra parte, los financieros norteamericanos se interesaban en Haití como campo de inversión. Los hombres de negocios norteamericanos ya instalados en el país —encabezados por Roger Farham— estrecharon su colaboración con el Departamento de Estado. Inspirados por el modelo dominicano pretendieron desde 1914 el control de las aduanas

²⁰ Knight, *op. cit.*, p. 61.

y empujaban hacia la intervención, manifestando su interés de “invertir más, siempre y cuando el gobierno norteamericano asegurara la dirección de los asuntos haitianos”.²¹ Todavía en 1915, el capital norteamericano, de un monto de 15 millones de dólares, no ocupaba el lugar preponderante de las inversiones extranjeras en Haití.

Con el estallido de la Primera Guerra Mundial, disminuyeron las actividades de las potencias europeas envueltas en la contienda. Sin embargo, la influencia norteamericana seguía débil tanto en lo económico como en lo político. Pero ya para estas fechas, la República Dominicana se había convertido virtualmente en un protectorado de los Estados Unidos.

II. LA OCUPACIÓN Y SU IMPACTO

La situación de crisis existente en Haití en las primeras décadas del siglo xx se caracterizaba por el estancamiento de la producción agrícola, la disminución del comercio exterior, el embrollo financiero y administrativo, la incapacidad de los gobiernos a mantenerse en el poder; en una palabra, por la baja y por la quiebra del sistema imperante desde la independencia. Se imponía un nuevo equilibrio de las fuerzas sociales para resolver las agudas contradicciones socioeconómicas y políticas. Por ello, los acontecimientos de julio de 1915 cobraban un significado particular. En el derrocamiento del presidente Vilbrun Guillaume Sam, el pueblo irrumpía en la escena política, encabezado por el doctor Rosalvo Bobo, gran figura intelectual que no se identificaba —como parecen atestiguarlo ciertos indicios— con los pronunciamientos tradicionales de los sátrapas.

¿Podía llevar el desenlace de la crisis a una consolidación del sistema, con la adopción de nuevos métodos de gobierno?, ¿al establecimiento de un régimen democrático burgués? Un cambio se vislumbraba. Y, en esta encrucijada, un acontecimiento externo —la intervención imperialista— vino a perturbar el proceso histórico, trocándolo de su curso natural.

Mientras tanto, desde fines del siglo xix, fue surgiendo en el seno de la sociedad y de la economía dominicana un sector capitalista con la industria tabacalera y sobre todo la azucarera. Resultó de ello un impulso a la economía global, el aumento de las

²¹ Carta de un funcionario de Departamento de Estado a la Secretaría del Departamento, en Suzy Castor, *op. cit.*, p. 28.

exportaciones, la creación de una infraestructura (teléfonos, carreteras, ferrocarriles, importaciones de maquinaria, mejoramiento de los puertos) y la introducción del salario —en grado mínimo, es cierto— en las relaciones de producción. Este nuevo sector capitalista era controlado casi exclusivamente por extranjeros, desde luego norteamericanos. Así los beneficios de este auge eran drenados hacia el exterior, sin consideración alguna para las diversas clases dominicanas o para una acumulación de capital en la economía interna. Si bien la economía global seguía siendo precapitalista, este nuevo sector —pese a sus limitaciones abría el paso, en el cuadro de la sociedad dependiente, a una forma más avanzada de organización económica: el capitalismo. Pero la oligarquía dominicana seguía conservando su condición y conciencia propia, y los mecanismos de poder seguían siendo medievales.

Este desajuste entre dos tendencias históricas llegaba a su punto de ruptura. El desarrollo del capitalismo dependiente exigía la modernización de las instituciones políticas o por lo menos su capacitación para desempeñar el papel de guardián del orden, tarea que la oligarquía local se revelaba incapaz de lograr.

Los inversionistas norteamericanos, ya desde tiempo atrás, habían entendido la necesidad del establecimiento de un gobierno local estable. Los pasos intervencionistas ya realizados —el control financiero, la mediación entre las facciones rivales— habían resultado insuficientes para resolver estos grandes conflictos políticos. Por lo tanto, los hombres de negocios estadounidenses, en aras de asegurar sus intereses, presionaron a su gobierno para recurrir a la ocupación militar y, así, modernizar los mecanismos del poder político en la República Dominicana.

Con la intervención, ambas naciones vieron alterada su dinámica interna. Perdieron todos los atributos de su soberanía. La fuerza ocupante pudo entonces, sentar los cambios económicos y políticos adecuados, propios para asegurar la evolución de ambos países, conforme al proyecto concebido por el centro de dominación.

A. *La colocación del aparato de ocupación*²²

En la nueva estructuración del aparato institucional la potencia ocupante se preocupó, porque todos los actos que realizara fuesen respaldados por una posición legal.

²² Para un estudio detallado de la intervención en República Dominicana ver Melvin Knight, *op. cit.*, y Welles Summer, *La viña de Naboth*, Editorial El Diario, Santiago, República Dominicana, 1939. Para estudiar la ocupación en Haití ver Suzy Castor, *op. cit.*

En Haití, estos instrumentos legales fueron el Convenio de 1915, votado a punta de metrallas por una Cámara Legislativa reticente, la Constitución de 1918 —escrita por el propio Delano Roosevelt— y varios acuerdos y subacuerdos entre el gobierno norteamericano y la administración colonial local. En la República Dominicana, para justificar la intervención, se había invocado la supuesta violación del artículo III del Convenio de 1907 —impuesto por la fuerza— que negaba a la República Dominicana, sin que mediara previo acuerdo con los Estados Unidos, el derecho de aumentar la deuda pública, mientras no hubiera pagado la totalidad de su deuda exterior. Con la ocupación, el país fue regido por *órdenes ejecutivas* emitidas por el alto mando militar norteamericano. En ambos casos la ley funcionaba en un marco administrativo y militar.

Las leyes locales quedaban vigentes, siempre que no estuviesen en conflicto con los fines de la ocupación o con los reglamentos establecidos por ella, lo que de hecho representaba una farsa, ya que esas repúblicas habían perdido todos sus atributos de soberanía en cuanto naciones. Además, todos los actos del mando militar estadounidense debían ser ratificados y válidos, libres de cualquier tipo de impugnación.

En Haití, la potencia dominante pudo conservar la fachada de un gobierno nacional, ya que la élite se prestó al papel de fante con Sudre Dartiguenave (1915-1921), Luis Borno (1921-1926-1929) y, después de un fuerte colapso que la obligó a poner en marcha nuevas modalidades de dominación, a partir de 1930 con Sténi Vincent.

Al principio, los tres poderes siguieron funcionando. Sin embargo, a partir de 1918, después de una resistencia constante que le valió ser disuelto tres veces sucesivamente, el Poder Legislativo desapareció completamente para dar paso a un Consejo de Estado de 21 miembros nombrados con calidad de revocables por el presidente: es decir por el ocupante. En la República Dominicana, frente a la resistencia del gobierno de Henríquez y Carbajal, la potencia de ocupación tuvo que llegar al extraordinario cinismo de instalar un gobierno encabezado por un oficial de la Armada de los Estados Unidos, asistido de ministros norteamericanos.

El régimen militar, una vez instalado, procedió de inmediato en ambos países al desarme de la población civil y al establecimiento de tribunales militares. Todos los medios de comunicación fueron controlados o censurados (correo, telegramas, prensa, etcétera). La administración civil fue reforzada con innumerables “expertos”

que dependían directamente del Departamento de Estado. Un Consejero Financiero y un recaudador de Aduana fueron impuestos no sólo para recolectar los ingresos estatales, sino también para disponer de los egresos.

Al lado de esta administración civil omnipotente funcionó el cuerpo militar de los *marines*, fuerza real de la ocupación. Para mantener el orden de estos territorios ocupados, dicho cuerpo aplicó al pie de la letra la política del gran garrote. Frente a la necesidad de reforzar a los *marines* con la ayuda de "nativos" se creó la Guardia Nacional en la República Dominicana y la *Gendarmérie* en Haití, con funciones esencialmente represivas. Estos cuerpos dependían directamente del Departamento de Marina de los Estados Unidos, estando por encima de cualquier autoridad nacional.

B. *La penetración económica*

Dos aspectos de la penetración imperialista realizada al amparo de la ocupación militar en la isla merecen ser enfatizados: el establecimiento de la economía de plantación y la supeditación del aparato político al provecho único y exclusivo de los monopolios norteamericanos, particularmente del First National City Bank.

1. El desarrollo de la plantación

En Haití, para ofrecer a los inversionistas la seguridad que exigía ya desde hacía tiempo, fueron derribadas todas las barreras legales a la penetración del capital extranjero en el agro. Este proceso empezó con la supresión del Artículo V constitucional que desde 1804 negaba el derecho de propiedad a cualquier extranjero. De 1915 a 1930, por lo menos 33 disposiciones legislativas agrarias fueron adoptadas para favorecer la instalación de las grandes compañías. En la República Dominicana no fue necesario recurrir a una legislación tan abundante. Ya antes, substanciales reformas legales había sido realizadas en este sentido, y las compañías norteamericanas gozaban de privilegios exorbitantes. Sin embargo, fue adoptada la ley de registro de propiedad en julio de 1920, que establecía juzgados agrarios, que funcionaban (como en el caso haitiano) bajo la vigilancia de las autoridades norteamericanas. Estos organismos tenían como función regularizar los títulos de propiedad y vender las tierras vacantes a nuevas compañías. Los campesinos —pequeños propietarios o arrendatarios de tierras estatales— quedaron a merced de las autoridades yanquis. Los despojos aumentaron de manera impresionante.

En la República Dominicana, al finalizar la ocupación en 1925, la cuarta parte de la superficie total del país pertenecía a las empresas azucareras. De las 22 grandes centrales, doce eran norteamericanas con las tres cuartas partes de la inversión total y extensísimas dotaciones de tierra. Las compañías madereras dominaban un área aún mayor a la poseída por la industria azucarera.

En Haití fueron concedidas a compañías norteamericanas, durante la ocupación, más de 100 mil hectáreas, sobre todo en las ricas planicies del Norte y Artibonite.²³ Sin embargo, al terminar la ocupación en 1934, sólo se encontraban en el país dos plantaciones que abarcaban 60 mil hectáreas: la Plantación Dauphin (la empresa henequera más grande del mundo en la época) y la HUASCO (empresa azucarera).

La instalación de esas empresas o las tentativas para implantar una economía de plantación se realizaron en ambos países con excesiva violencia, en detrimento de los pequeños campesinos, provocando grandes cambios en la tenencia agraria.

2. El saqueo financiero

El manejo de la política colonial en Haití y la República Dominicana se realizó con un total desprecio a los intereses locales. Los altos funcionarios norteamericanos, el Recaudador y el Consejo financiero, dirigían la política económica en sus menores detalles, demostrando una despreocupación total hacia el desarrollo global, o en las reformas propias a impulsar la economía de los nuevos protectorados. Los despilfarros y los manejos fraudulentos se multiplicaron según una verdadera estrategia de pillaje cuyo principal beneficiario fue el gran consorcio del First National City Bank.²⁴

La deuda exterior se convirtió en un instrumento de dominación de los círculos financieros norteamericanos. En Haití, después de fuertes presiones ejercidas en este sentido por el Departamento de Estado, el gobierno de Louis Borno solicitó en 1922 un préstamo de un monto nominal de 23 millones de dólares. De éste, Haití recibió de hecho veinte millones y el First National City Bank ob-

²³ En el norte de Haití, 50 mil campesinos fueron expulsados de sus tierras, siendo muchos de ellos víctimas de la matanza realizada por Trujillo en la zona fronteriza en octubre de 1937.

²⁴ En 1936, un ex Alto Comisario en Haití, el mayor Smedley D. Butler declaraba ante un comité del senado norteamericano: "He servido durante 30 años y meses en las unidades más combativas de las fuerzas armadas norteamericanas, la infantería de marina. Creo que durante este tiempo actué como bandido altamente calificado al servicio de los grandes negocios de Wall Street." Ver al respecto Alain Turnier, *Les États Unis et le Marché haïtien*. Imprimerie St. Joseph, Montreal, 1953.

tuvo tres millones solamente por concepto de comisión. Esta misma política de comisiones leoninas fue aplicada con los sucesivos préstamos de 1918, 1921 y 1922 colocados por la República Dominicana en el mercado norteamericano. Pretendían estos empréstitos unificar la deuda exterior. Pero de hecho sirvieron a los grandes intereses bancarios norteamericanos que obtuvieron beneficios.

En uno y otro caso estos empréstitos con altos intereses, no sirvieron para un desarrollo económico nacional, sino más bien para liquidar saldos de deudas anteriores, obligaciones a acreedores, reclamaciones de ciudadanos extranjeros (en su mayoría norteamericanas), reclamaciones que los gobiernos locales no pudieron discutir. Todavía más, el Consejero Financiero inauguró la práctica de pagos adelantados de las obligaciones de la deuda externa. Esta práctica favorecía a los acreedores, pero mermaba la capacidad financiera de las repúblicas (que a menudo no podían sufragar aún los gastos administrativos corrientes) y paralizaba todas las obras tendientes al desarrollo. De hecho, estos dos países prestaban dinero a Wall Street.²⁵ El comercio se orientó definitivamente hacia los Estados Unidos. La revisión de los aranceles aduanales (en 1919 en la República Dominicana y en 1926 en Haití), al favorecer las importaciones provenientes de Norteamérica, tuvo efectos nefastos en el plan interno. En la República Dominicana por ejemplo, una floreciente industria del calzado empezaba a desarrollarse; se arruinó frente a la importación de calzado norteamericano.²⁶ En Haití, el tabaco de hoja vendido en el mercado local desapareció al provecho de los oligarcos norteamericanos.

Para asegurar la deuda y el mantenimiento del aparato de ocupación a cargo de los gobiernos nacionales, se instauró una política de aumento de los impuestos internos. Mientras crecían las recaudaciones fiscales, aumentaban los males sociales de una población ya carente de lo necesario; muchos pequeños productores arruinados abandonaban el mercado, dejando el campo libre a las grandes compañías extranjeras.

La reforma monetaria —realizada en la República Dominicana desde 1905 y en Haití en 1919— trajo sustanciales beneficios para los financieros estadounidenses. Las monedas nacionales fueron supeditadas al dólar. En Haití, las reservas de divisas (más de cuatro millones de dólares) quedaron guardadas como garantía en las arcas del First National City Bank.

²⁵ Bellegarde, Dantés, *La Résistance Haitienne*. Editions Beauchemin, Montreal, 1936, p. 132.

²⁶ Knight, *op. cit.*, pp. 131, 133.

En ambas naciones, esta política de conquista suscitó el repudio de todas las clases sociales. El campesinado, primera víctima, se alzó en armas contra la intervención militar. En la República Dominicana, “los gavilleros”, con su movimiento espontáneo de resistencia, fueron rápidamente dominados. En Haití, la lucha de los “cacos” tomó una mayor amplitud: encabezados por el dirigente Charlemagne Peralte, los campesinos del norte lograron mantener en jaque a las fuerzas de ocupación durante más de tres años.

Por su parte, las burguesías locales no tardaron en darse cuenta de que la pacificación y la ocupación militar no se habían realizado para su provecho, sino al beneficio exclusivo de las fuerzas extranjeras. Por lo tanto, los sectores más avanzados de esas burguesías promovieron un amplio movimiento de resistencia pacífica para exigir el restablecimiento de la soberanía de sus respectivos países. Esta lucha, encabezada por la Unión Nacional Dominicana en Santo Domingo, y por la *Union Patriotique* en Haití, logró movilizar a amplios sectores de la población en cada país, contribuyendo a lograr el retiro de los *marines* y la reconquista de la independencia política formal.

C. La modernización del sistema

El impacto de la intervención: la nueva estructura de la dependencia

En la República Dominicana, la ocupación militar duró ocho años (1916-1924), mientras que en Haití se prolongó durante diecinueve años (1915-1934). En ambos casos, este acontecimiento, externo al proceso histórico intrínseco de las dos naciones, alteró profundamente su vida política y socioeconómica. Conviene enfatizar las consecuencias más relevantes de este acontecimiento, en uno y otro caso, el proceso modernizador al que da lugar, y la implantación de un nuevo sistema de dependencia.

Un barniz modernizador se extendió tanto a Haití como a la República Dominicana con la adopción de patrones de vida norteamericanos, la realización de obras urbanísticas —limitadas casi exclusivamente a las capitales—, la renovación de los cuadros y aparatos administrativos, el desarrollo de la burocracia, el ensanchamiento de las clases medias. Mientras que en la República Dominicana esta modernización fue concomitante con cierto cambio estructural, en Haití resultó totalmente superficial, dejando intactas las estructuras fundamentales del país.

En efecto, las arcaicas estructuras agrarias permanecieron inal-

teradas. Se efectuaron algunos cambios, pero sólo cuando éstos fueron indispensables para el éxito de las inversiones. Pocas plantaciones lograron instalarse definitivamente no obstante las concesiones ilimitadas otorgadas al capital norteamericano. Después de la ocupación se fortaleció la concentración de la propiedad en manos del Estado o de los terratenientes ausentistas, así como el fraccionamiento de la propiedad campesina y el aumento del campesinado sin tierra, como consecuencia de la corriente irreversible de los despojos. Tan sólo 10 mil obreros agrícolas, que en su mayoría trabajaban por temporada, resultaron incorporados a la economía capitalista de plantación; esto constituyó, sin lugar a dudas, un elemento nuevo y un avance en las relaciones de producción en el país. Pero la influencia de este núcleo quedó reducida, ya que sólo la industria azucarera estimuló las relaciones mercantiles en el campo. La plantación henequenera Dauphin quedó como un clásico enclave colonial. Así, las relaciones de producción quedaron dominadas por el uso de la renta agraria en productos, la profusión de medieros y peones, y de latifundistas ausentistas. Al terminar la ocupación el peso de la renta de tipo feudal, dentro de la economía global, era aún más considerable que el monto de las transacciones comerciales haitianas con los Estados Unidos. Con la exclusiva excepción del sector de plantación, las técnicas agrícolas permanecieron tan primitivas como antes. Las obras de infraestructura quedaron limitadas a unos kilómetros de caminos vecinales. La producción y las exportaciones no registraron aumento alguno salvo en los renglones del azúcar y del henequén, controlados por el capital estadounidense.

En consecuencia, la ocupación norteamericana no logró desarrollar la agricultura capitalista ni sentar las bases infraestructurales para establecer la industria agrícola. Tampoco originó un mercado de consumo que pudiera mantener una industria manufacturera, como sucedió en los casos de Cuba y Puerto Rico; ni siquiera logró estimular en términos cuantitativos las relaciones mercantiles entre la metrópoli y esta zona dependiente, o crear una vinculación comercial importante con el mercado mundial que pudiera suscitar suficientes estímulos (aunque deformantes), para incorporar a Haití a la economía de mercado del capitalismo mundial y hacer de este sector el dominante en la formación económico social.

De hecho, Haití seguía siendo un país precapitalista en donde el raquíctico sector capitalista seguía supeditado a la economía norteamericana y las transacciones comerciales, con el capitalismo mun-

dial, cobraban un reducido peso específico en la organización económica social global.

En 1929, mientras que las inversiones directas de los Estados Unidos en Haití se elevaban a 14 millones de dólares, en la República Dominicana ascendían a 69 millones.²⁷ Allí las inversiones se orientaron sobre todo a la industria azucarera, sector clave en la economía del país. Se aceleró el traslado de grandes extensiones en beneficio de las compañías norteamericanas. Esas plantaciones exigían la modernización de las técnicas agrícolas. Es muy significativo al respecto el hecho de que, en 1923, Santo Domingo ocupaba el vigesimotercer lugar en el mundo en cuanto a la importación de maquinaria. Como consecuencia de las necesidades de los ingenios azucareros, la electricidad fue llevada a muchos pueblos y se construyó una importante red de caminos vecinales y 909 kilómetros de ferrocarriles.²⁸

La exportación azucarera pasó de 122 642 toneladas en 1916 a 200 629 en 1924 (en 1905 era de 37 mil). A pesar de la grave crisis norteamericana en 1921, que repercutió en Santo Domingo, el comercio de exportación siguió su ascenso propiciando la bonanza económica conocida como la era de la danza de los millones.²⁹ El desarrollo de una clase obrera agrícola y la ampliación de los sectores medios generó una mayor circulación monetaria y una mayor vinculación con el mercado capitalista mundial.

Sin embargo, los beneficios de esos años de bonanza fueron acaparados sobre todo por los monopolios. Como lo anota el historiador Melvin Knight: "Mucho se ha dicho acerca del 'balance favorable' del comercio de Santo Domingo (con Estados Unidos), el cual algunas veces ha llegado a alcanzar millones de dólares. La verdad es que esos millones de dólares nunca volvieron al país. Se hace difícil comprender cómo es favorable esto a Santo Domingo".³⁰

En términos absolutos, tanto los trabajos de infraestructura como la instalación de las plantaciones, permitieron cierto desarrollo económico en el cuadro de la dependencia. Sin embargo, acentuaron las deformaciones de la economía dominicana, desviando hacia el extranjero los beneficios del crecimiento.

Frente a esta situación surge la pregunta: ¿por qué no se dio

²⁷ La población haitiana alcanzaba entonces unos dos millones de habitantes y la dominicana alrededor de un millón.

²⁸ Knight, *op. cit.*, cap. XIII.

²⁹ Bosch, *op. cit.*, p. 287.

³⁰ Knight, *op. cit.*, p. 150.

en Haití, como consecuencia de la ocupación norteamericana, un impulso hacia el desarrollo capitalista dependiente tal como en la República Dominicana? ¿O por lo menos una mayor vinculación del mercado haitiano con el mercado mundial capitalista?

Se puede señalar una primera causa que se refiera la coyuntura. Como lo anotamos, la penetración económica del imperialismo en la República Dominicana, sobre todo en el agro, fue anterior a la intervención militar. De 1916 a 1924, esta penetración se acrecentó con grandes inversiones realizadas a partir de 1917 (tal como sucedió en Cuba).

En Haití, el periodo de *mise en place* y de ajuste del aparato de dominación duró más o menos cinco años, es decir, de 1915 a 1920. En 1922, después de vencer la rebelión de los cacos y consolidar el aparato burocrático, las condiciones institucionales se habían vuelto óptimas. Sin embargo, las tendencias inversionistas ya se habían alterado a raíz de la depresión estadounidense de 1921.

Esta coyuntura no basta, sin embargo, para explicar el fracaso de la industria azucarera en Haití. Habría que referirse de preferencia a las situaciones estructurales, diferentes en los dos países, que fueron determinantes en la mayor o menor penetración del capital extranjero en la economía. En la República Dominicana, la instalación de la plantación fue favorecida por la existencia de inmensos latifundios y no chocó, como fue el caso de Haití, con el minifundio ya fuera de pequeñas fincas ocupadas por campesinos o por innumerables arrendatarios de tierras estatales o particulares. Esta instalación acarreó problemas sociales muy graves a Haití.

Pero disponiendo de condiciones técnicas e institucionales óptimas, los hombres de negocios norteamericanos estuvieron dispuestos a llevar a cabo su "empresa civilizadora" a pesar de aquellos obstáculos estructurales y de las consecuencias sociales que esto pudiera implicar. Así, se puede explicar la avalancha de concesiones obtenidas a principios de la ocupación. Pero Haití no ofrecía, como la República Dominicana, la base de una incipiente industria azucarera, de cierto desarrollo del mercado interno y de una economía mercantil. Tampoco existía allí la infraestructura mínima capaz de impulsar las inversiones. El desnivel de los costos contribuyó a inclinar a los empresarios a invertir en Santo Domingo e importar mano de obra haitiana.

D. La nueva estructura de la dependencia

A partir de la ocupación se define, de manera inequívoca, la relación dominación-subordinación entre los Estados Unidos y la isla. Esta dependencia exclusiva del centro dominante se fortaleció en la República Dominicana y se implantó en Haití. Los *marines* salieron, pero fueron reemplazados por los gobiernos locales proconsules de la administración de esos territorios, verdaderas colonias. En lo económico y lo político ambos países se volvieron de hecho apéndices de los Estados Unidos.

La propia dinámica de la instalación del capitalismo dependiente en la República Dominicana, llevó a una desnacionalización progresiva de los sectores más estratégicos de la economía. En cuanto a la raquítica economía haitiana, acaparada por el centro dominador, produjo beneficios mínimos a una capa social muy reducida y acentuó la miseria de la gran masa, agudizando la crisis general de la sociedad. En ambos países la producción se orientó hacia afuera para satisfacer las necesidades de la metrópoli que controlaba el comercio, las inversiones, las finanzas, etcétera. Incluso después del retiro de los *marines*, funcionarios oficiales de los Estados Unidos seguían ejerciendo sus funciones para defender los intereses de la metrópoli.

Esta dependencia, con sus consecuencias en las relaciones políticas, se consolidó mediante formas institucionales e ideológicas. Si bien desde el punto de vista económico la ocupación no transformó de manera significativa el régimen de producción y distribución en el seno de la sociedad haitiana, desde el punto de vista político, tanto para Haití como para la República Dominicana, representó una demarcación entre dos etapas de su evolución nacional. Por ello, es ineludible analizar el proceso histórico de estos países *antes* y *después* de la intervención militar.

El Departamento de Estado de los Estados Unidos se impone en la vida política mediante presiones diplomáticas y económicas, intrigas y golpes de Estado, etcétera. El papel de las embajadas norteamericanas, acreditadas en ambas capitales, se vuelve cada vez más preponderante. Además, la clase dirigente moldeada en los patrones de la subordinación reconoce los derechos del Tío Sam y se comporta más bien como vasallo que como socio útil.⁸¹

Las manifestaciones de la supeditación política tuvieron, como es natural, sus matices propios en cada país (por ejemplo, la de-

⁸¹ Resulta al respecto interesante la actitud de Trujillo en la evolución de las relaciones entre su régimen y los EEUU.

tención del poder por los mulatos en Haití). Sin embargo, en ambos casos, las características esenciales eran semejantes.

Sin lugar a dudas, tanto en una como en otra república, el pilar de la dependencia fue el ejército. Esta institución se encargó de asegurar el orden, tarea muy fácil después del desarme de la población logrado al aplastar los *marines*, a los "gavilleros" en Santo Domingo y a los "cacos" en Haití, con lo cual por primera vez en la historia de estos países, las masas quedaban totalmente desarmadas. Frente a la población sin armas, se alza un cuerpo militar moderno represivo, educado para mantener el régimen establecido e impedir cualquier brote de inconformidad.

La Guardia Nacional en la República Dominicana y la Gendarmerie en Haití dan al traste con los viejos cuadros y prácticas medievales, vigentes en las instituciones castrenses antes de la intervención. Un militarismo moderno puso término al caudillismo, al golpismo y a la época de agitación crónica. Disponiendo de medios técnicos avanzados (radio, aviación, marina, etcétera) y de un fuerte espíritu de jerarquía, logró asegurar su autoridad y eficiencia a escala nacional. En uno y otro caso ello contribuyó a asegurar una fuerte centralización del poder. La capital desempeñaría en adelante un papel determinante en la vida política, sometiendo los centros regionales de poder y reduciendo, en mucho, el peso político que habían tenido durante el periodo anterior. En la República Dominicana, el ejército proporcionó a Rafael Leónidas Trujillo (el último caudillo dominicano)³² el instrumento eficaz para suprimir a todos sus enemigos políticos, realizar la centralización del poder en torno a una persona y asentar su dictadura, que duró 31 años.

Como consecuencia, pues, del impacto modernizador de la ocupación, los viejos moldes políticos desaparecieron, teniendo como poderoso regularizador a sus respectivos ejércitos. Ambos países podían entrar en la "vía institucional" que aseguraría y fortalecería la dependencia.

Así, en la República Dominicana, las bases echadas por la intervención extranjera sirvieron de sustento al régimen trujillista. Éste supo aprovechar la modernización de las instituciones estatales para sentar una dictadura fuertemente centralizada y represiva. Aunque Trujillo trató siempre de simular el respeto a la de-

³² Con todas las reservas que implica la referencia a situaciones históricas diferentes, muchos factores permiten comparar a Trujillo con el Dr. Francia en Paraguay o Rosas en Argentina.

mocracia, el modelo representativo había abortado. Pero la centralización de la economía en las manos del dictador, los trabajos de infraestructura, el aumento del poder adquisitivo interno y de la producción global, fueron algunos de los factores que le permitieron mantener su dominación durante tan largo tiempo. Se fue formando, asimismo, una burguesía local, aunque ésta fuera, como bien lo apuntaba Juan Bosch, más bien una "burguesía familiar casi unipersonal". Se dio una mayor eficacia a Santo Domingo en su función dependiente y su mayor integración al sistema imperialista.

En Haití, el barniz de modernización fortaleció el aparato gubernamental dándole más prestancia. Pero el reajuste era superficial. La fachada levantada no respondía ni a los imperativos del desarrollo económico-social, ni a una democratización mínima. La violencia de los grupos de poder, tal como se expresaba a fines del siglo XIX, se fue haciendo más organizada y centralizada, manifestándose a través de los instrumentos de "la democracia representativa" (elecciones, sufragio formal). De hecho, una crisis profunda de carácter estructural deterioraba la economía, la sociedad y el sistema político mismo. La acción de las fuerzas exógenas logró, pues, postergar la crisis de las estructuras arcaicas. Pero ésta se fue agravando por factores nuevos, nacidos de la misma dinámica interna y la necesidad histórica del cambio social.

En conclusión, tanto en Haití como en la República Dominicana, la intervención extranjera acentuó los desequilibrios estructurales propios a la evolución histórica de esas entidades, comprometiendo su desarrollo económico y sociopolítico autónomo, y proponiendo una nueva conformación estructural e institucional bastarda, que respondía más bien al papel dependiente conferido a estos países por el centro hegemónico. El desarrollo ulterior de esas naciones, su sistema de organización social y su misma definición en términos de formación económico-social, quedaron marcados por el impacto de esa fuerza deformadora. La profundidad misma de esa agresión y su carácter multidimensional, que configura desde entonces el desarrollo de esas entidades, señala cual debe ser la dirección y la envergadura de toda empresa tendiente a imprimir a la isla una dinámica promovida por las necesidades de vida autónoma, de bienestar y progreso de sus poblaciones.

MIGRACIONES E INTERESES DE CLASES*

André Corten

La división de la isla Española en dos formaciones sociales distintas no es un fenómeno consumado hace ya tiempo sino que, por el contrario, es una realidad que se produce constantemente a través de las relaciones de producción. Los intereses de las clases dominantes han coincidido para mantener lo más separado posible a los pueblos dominicano y haitiano. Esta división es visible en los planos ideológico, político y económico. El estudio de las migraciones de los trabajadores haitianos hacia los centros dominicanos, permite descubrir la reproducción de la división en estos tres niveles.

La migración haitiana-dominicana es un fenómeno unilateral. Los haitianos emigran en gran número hacia la República Dominicana, mientras que las emigraciones de los dominicanos hacia Haití son raras y se limitan a los movimientos fronterizos. Generalmente esta emigración en un solo sentido se explica de la siguiente manera: los haitianos son atraídos por el nivel de vida mucho más elevado que hay en la República Dominicana. Sin embargo, nadie ha encontrado hasta ahora de una manera científica una diferencia considerable en el nivel de vida de los campesinos dominicanos y de los haitianos. Al contrario, ciertos índices reunidos por nosotros parecen mostrar que las diferencias son poco apreciables.

De hecho, demostraremos que la presencia de trabajadores haitianos en los centrales azucareros dominicanos es esencial para las relaciones de producción de la economía azucarera dominicana. La clandestinidad de la entrada a la República Dominicana de una gran parte de los trabajadores haitianos hace de ellos una categoría sometida prácticamente a un trabajo forzado.

Pero, ¿por qué entonces salen estos trabajadores de su país si no encontrarán condiciones de trabajo y salarios mejores? Un aná-

* *Migrations et intérêts de classes*, traducción de Rocío Cardoso Beltrán.

lisis rápido de la estructura agraria haitiana permitirá desprender una contradicción, en la cual, la migración resulta ser una solución. Por una parte, las clases dominantes tienen interés en una circulación de los medios monetarios; por la otra, el débil mercantilismo de las relaciones sociales reduce esta circulación a un umbral crítico. La migración en un medio que conoce una circulación más abundante resuelve esta contradicción.

Las clases dominantes haitianas y dominicanas tienen intereses convergentes que favorecen la migración. Una rivalidad aparece en el nivel de las modalidades de esta migración: su clandestinidad. Tanto la convergencia como la rivalidad de intereses contribuyen a reproducir la división de las formaciones sociales haitiana y dominicana, no sólo en el plano económico sino también en el político y el ideológico. La conclusión de este trabajo tenderá a aclarar la importancia de la emigración clandestina en las relaciones dominico-haitianas.

I. ESTIMACIONES DEL NÚMERO DE HAITIANOS EN LA REPÚBLICA DOMINICANA

Para Haití, es evidentemente imposible aislar la corriente migratoria hacia Santo Domingo de otros flujos de migraciones, hacia Cuba, las Bahamas y, más recientemente —y tal vez en un cuadro diferente—, hacia los Estados Unidos.¹ Para la República Dominicana, el fenómeno debe situarse en su cuadro histórico. La migración haitiana no es un fenómeno reciente, aunque en el pasado no ha desempeñado la función que desempeña actualmente.

He aquí resumidas las principales estimaciones² disponibles, re-

¹ Según Paul (*Le Paysan Haitien*, París, Maisonneuve, 1961, pp. 70-71), en 1920, se estima que 70 mil haitianos residían en Cuba. De acuerdo con el mismo autor, entre 1915 y 1930, de 300 a 400 mil trabajadores habían salido en forma oficial y/o clandestina. Según el empadronamiento cubano de 1931, el número de haitianos en Cuba sería de 79 838 y, según las estadísticas de migración, la corriente migratoria fue de 1921 a 1930 de cerca de 114 459 haitianos. Cfr. *Problemas de la nueva Cuba*, Informe de la Comisión de Asuntos Cubanos, Nueva York, Foreign Policy Association, 1935, pp. 235-236. Estas cifras no comprenden las migraciones clandestinas y las residencias ilegales; según Evelio Tellerín Toca (Granma, 14/4/70), el número total de haitianos y de jamaíquinos podría alcanzar en la época un cuarto de millón. Para las Bahamas y los Estados Unidos, ver las estimaciones parciales de Bertholand Edouard "Les migrations des travailleurs", *Actes du Deuxième Congrès National du Travail*, 21-30 de abril de 1969, Puerto Príncipe, Imp. Deschamps, pp. 196-207.

² Hostos E., M., "Falsa Alarma, Crisis Agrícola" en *El Eco de la Opinión*, Santo Domingo, nov. 1884, citado por Hoetink H.

Primer Censo Nacional de la República Dominicana, 1920.

Knight M., *Los americanos en Santo Domingo*, Diario, 1935.

ferentes al número de haitianos en la República Dominicana o en los ingenios, y a la amplitud de la corriente migratoria:

<i>Hostos</i>	1884	500 Trabajadores extranjeros de mil ocupados en los ingenios.
<i>Censo dominicano</i>	1920	28 258 haitianos residen oficialmente en la República Dominicana.
<i>Knight</i>	1925	100 mil haitianos residen legal o ilegalmente en la República Dominicana.
<i>Censo dominicano</i>	1935	52 657 haitianos residen oficialmente en la República Dominicana.
<i>Price-Mars</i>	1937	La masacre perpetrada por Trujillo provoca por lo menos 12 mil víctimas haitianas, mientras que el Censo sólo registra 9 129 haitianos en las provincias fronterizas.
<i>Bosch</i>	1938	20 mil braceros haitianos y de las islas inglesas del Caribe.
<i>Romain</i>	1938	60 mil haitianos ocupados en la explotación agrícola (incluye a las familias de los trabajadores).
<i>Jiménez Grullón</i>	1943	30 mil cortadores de caña haitianos.
<i>Censo Dominicano</i>	1950	18 772 haitianos residen oficialmente en la República Dominicana; 17 772 haitianos residen legalmente en las zonas rurales que producen azúcar.

Población de la República Dominicana distribuida por nacionalidades, 1935, p. 5, Dirección General de Estadística, Santo Domingo, 1937.

Price-Mars, *La République D'Haiti et la République Dominicaine*, Puerto Príncipe, Coll. du Tricentenaire de l'Independence d'Haiti, 1953, p. 312.

Bosch, Juan, *Composición social dominicana*, Santo Domingo, Ahora, 1970, p. 298.

Romain, J. B., *Quelques moeurs et coutumes des paysans haitiens*, Puerto Príncipe, Imp. del Estado, 1959, p. 33.

Jiménez Grullon, J. I., *El contrasentido de una política*, La Habana, Publ. de la Unión Dominicana Antinazista, 1943, p. 22.

Tercer Censo Nacional de Población, 1950, pp. 151 y 171, Dirección General de Estadísticas, Santo Domingo, 1958.

Estadísticas Demográficas de la R. D., Oficina Nacional de Estadística, 1952-1967.

Estadísticas demográficas de la R. D., viajeros de nacionalidad haitiana salidos de la R. D., según categoría y sexo, años 1959-1963.

Bulletins trimestriels de statistiques de la Republique. Edouard, *op. cit.*, p. 195.

Cuarto Censo Nacional de Población, 1960, pp. 33 y 52, Secretariado Técnico de la Presidencia, Oficina Nacional de Estadística, Santo Domingo, 1966.

Dirección de migraciones R. D., 1968, información citada por *El Caribe*, agosto 2 de 1968.

Dirección de migraciones R. D., Junta de Planificación.

Población haitiana en R. D., de Conformidad con los censos de población.

Comisión de Fronteras de la Secretaría de Estado de Relaciones Exteriores. Cfr. *El Caribe*, 2/8/1968.

Corten A., Acosta M., Duarte de Rodríguez I., *Rapports de production dans l'économie sucrière dominicaine*. Culture et Développement (empresa, Santo Domingo, UASD).

<i>Estadísticas demográficas de la República Dominicana</i>	1952-1958	1 288 promedio de entradas anuales de haitianos en la República Dominicana, 1 536 promedio de salidas anuales de haitianos de la República Dominicana.
<i>Estadísticas demográficas de la República Dominicana</i>	1959-1963	2 301 promedio de salidas anuales de haitianos de la República Dominicana.
<i>Boletines trimestrales de estadísticas de</i>	1954-1961	7 312 promedio de entradas anuales de Haití en la República Dominicana, 7 268 salidas medias anuales de Haitianos de la República Dominicana.
<i>Edouard, B.</i>	1952-1960	6 656 promedio de alistamientos anuales de trabajadores haitianos para ingenios dominicanos.
<i>Censo dominicano</i>	1960	29 350 haitianos residen oficialmente en la República Dominicana.
<i>Dirección de migraciones de la República Dominicana</i>	1968	24 862 haitianos que residen legalmente en la República Dominicana.
<i>Dirección de migraciones de la República Dominicana</i>	1970	42 142 haitianos registrados, 45 mil estimación del número de haitianos que viven ilegalmente en la República Dominicana.
<i>Comisión de Fronteras</i>	1968	200 mil haitianos residen legal o ilegalmente en la República Dominicana.
<i>Junta de Planificación</i>	1970	Más de 100 mil haitianos residen legal o ilegalmente en la República Dominicana.
<i>Corten Acosta y Duarte de Rodríguez</i>	1967-1970	39 418 trabajadores haitianos en ingenios dominicanos, de los cuales 29 887 son residentes.

II. COMPARACIÓN DEL NIVEL DE VIDA DE LOS CAMPESINOS HAITIANOS Y LOS DOMINICANOS

Una observación realizada a partir de nuestras encuestas ha guiado esta investigación: al hecho de que la mayoría de los cortadores de caña entrevistados en la República Dominicana se hayan declarado propietarios en lugar de pertenecer —como parecería normal en el caso de una “migración miserable”— a la categoría más desguarnecida de la población: la de los “sin tierra”.³

³ Debe notarse que en lo que a esto se refiere, la realidad no corresponde completamente con las categorías. El campesino no siempre manifiesta si es propietario, traba-

Esta observación efectuada en el país de inmigración se confirma con el análisis de las regiones de emigración: las regiones de Jacmel, Baint, Petit Goave, Leogane, Croix-des Bouquets, en Haití. A pesar de la enorme diferencia del ingreso per capita de la República de Haití y de la República Dominicana (81 contra 238 dólares en 1960),⁴ revelado por los anuarios estadísticos, no está probado que la diferencia del ingreso real del campesino y del cortador de caña sea tan sensible (las estadísticas revelan sobre todo una estructura social categóricamente disímil).

La comparación más importante es la del nivel de vida del campesino haitiano y del dominicano. ¿Por qué uno deja su tierra para ir a cortar caña a una región lejana, mientras que el otro está en general poco propenso a ello? Moral nos proporciona algunas cifras: "las encuestas locales efectuadas en diversas regiones de Haití tienden a mostrar que el ingreso mensual medio de una familia rural cómoda sería del orden de 30 a 40 dólares".⁵

Un examen parcial de nuestras propias encuestas indica que, para la República Dominicana, el ingreso del pequeño productor de arroz, que puede ser considerado como un campesino más acomodado, es de aproximadamente 400 dólares por año, esto es, cerca de 35 dólares mensuales; mientras el minifundista —quien destina casi la mitad de su tierra para la producción mercantil— ganaba según sus declaraciones, 170 dólares por año, o sea menos de 15 dólares mensuales.

El salario relativo del cortador de caña, por tonelada cortada, muestra una diferencia mayor entre el central haitiano, la HASCO, y los centrales dominicanos, ya que en un caso el salario es de 50 céntimos de dólar y, en el otro, de 1.05 dólares. Esta comparación no tiene, sin embargo, el significado o la trascendencia que pudiera atribuirsele a primera vista. En efecto, el cortador de caña de la HASCO no es el que va a trabajar a la República Dominicana,⁶ más bien es el campesino de la zona de la región de

jador familiar no remunerado o medio remunerado. Cfr. a este respecto, G. Pierre-Charles, *Radiografía de una dictadura*, México, Nuestro Tiempo, 1969, p. 134, que integra a los trabajadores no remunerados con los "sin tierra".

⁴ Estimación para 1968. Naciones Unidas, *Anuario estadístico*, 1969.

⁵ Paul Moral, *L'économie haitienne*, Puerto Príncipe, Imp. de 1959, p. 67. El autor vuelve a considerar más o menos esta estimación para la región cafetalera, p. 98, "durante la campaña 1956-1957, por ejemplo, un cafetalero medio —1½ hectáreas— no tenía una producción de un poco más que 250 Dls. en su propiedad".

⁶ Por lo demás, la HASCO no emplea directamente, según Moral, más que 5 mil trabajadores temporales (*L'économie haitienne*, p. 106). Lo que no impide que la actividad azucarera interese directamente a una población de 60 mil individuos. Cfr. una

Jacmel y de la región montañosa el que va a trabajar, ya sea a la República Dominicana o a la HASCO. Por consiguiente, aunque un campesino haitiano pueda sentirse más atraído por la República Dominicana que por el llano del Cul-de-Sac (en Haití), queda por explicar por qué este campesino abandona su tierra para adquirir la categoría de asalariado, mientras que el dominicano, mucho más cercano a las zonas azucareras, se muestra por lo general bastante reticente a ello. Por otro lado, la disparidad debe ser rectificadas en función de tres factores: el costo de la vida por muy superior en Santo Domingo; el alza reciente del salario del cortador de caña en los centrales azucareros dominicanos (por \$0.90 de dólar el año anterior en la mayoría de las centrales y por \$0.65 de dólar en 1954) y, finalmente, el hecho de que el machetero de Haití sea ayudado por una "atadura" que le facilita las operaciones de cargamento, por lo que su salario debe compararse con un salario intermedio entre el atribuido al cortador de caña que efectúa una carga manual y el que efectúa una carga mecanizada, es decir, entre 1.05 y 0.80 dólares.

Para complementar, es necesario señalar que los propietarios privados pagan bastante mal a sus cortadores de caña. En la región de Dufort, el precio observado en algunas "habitaciones" es de un *gourde* y medio, esto es, de 30 centavos por tonelada cortada y a veces lo mismo por cargarla.

Sólo una encuesta sistemática permitirá apreciar con precisión la diferencia de los niveles de vida. Nuestro análisis permite establecer que, contrariamente a los prejuicios bastante extendidos, una diferencia del nivel de vida no es tan evidente y, sobre todo, que la extrapolación de la diferencia del ingreso nacional per capita, al ingreso comparado del campesino haitiano y del dominicano, es totalmente injustificada.

III. LUGAR DE LOS TRABAJADORES HAITIANOS EN LAS RELACIONES DE LA ECONOMÍA AZUCARERA

Es de sorprender el hecho de que en un país como la República Dominicana, donde la mayoría de la población está desempleada, se llame a una fuerza de trabajo extranjera, en un sector que podría distribuir los empleos modernos dentro del país. La explica-

estimación del mismo orden de G. Pierre-Charles, *La economía haitiana y su vía de desarrollo*, Cuadernos Americanos, México, 1965, p. 102.

ción común que se da a este fenómeno es que los trabajadores haitianos, habituados a un nivel de vida inferior al de los campesinos dominicanos, ejercen una presión a la baja de salarios que descarta a los dominicanos. Pero ya que la diferencia de nivel de vida del campesino haitiano y el dominicano está lejos de ser un hecho demostrado, se debe buscar otra explicación. Por lo demás, la diferencia en el nivel de vida no permite apreciar las dos principales características de la mano de obra azucarera haitiana: por un lado, la proporción muy elevada de residentes; por otro, el grado de ilegalidad en que se encuentran una buena parte de los "braceros" haitianos.

Nuestra hipótesis es que esa ilegalidad en la que se encuentra un gran número de haitianos, constituye un fenómeno esencial para comprender el papel que ocupan los trabajadores haitianos en las relaciones de producción de la economía azucarera. La preocupación de las corporaciones azucareras no es, en efecto, cubrir una fuerza de trabajo abundante y un buen mercado, sino disponer de una categoría de trabajadores que puedan sustraer de las leyes económicas. La clandestinidad de la migración y la ilegalidad de la posición que liga al trabajador haitiano con el ingenio, como lo dijo Price-Mars, forman ese medio de coacción extraeconómica.

Lo que hace del trabajador haitiano una categoría específica, no es el hecho de ser haitiano, sino más bien la forma en que entra a la República Dominicana. Esta modalidad no puede ser considerada como un fenómeno accidental; es resultado de las relaciones de producción en la medida misma en que una categoría de trabajadores, colocada fuera de las leyes económicas, es indispensable a las corporaciones azucareras. Por lo tanto, es esta necesidad la que conviene estudiar.

Las corporaciones azucareras dominicanas están sujetas a una contradicción fundamental que expresa toda la deformación de las relaciones capitalistas en los países de la periferia. Son empresas capitalistas porque, por un lado, no pueden desarrollarse sino gracias a una gran movilización de capitales, y por el otro, sólo pueden hacerlo utilizando en forma masiva la fuerza de trabajo. Pero la naturaleza misma de la estructura social hace que los beneficios, en lugar de ser invertidos para aumentar la productividad del trabajo, se orienten hacia las actividades especulativas y comerciales.⁷

⁷ No podemos resumir aquí, más que en una forma muy breve una tesis desarrollada en el artículo "Rapports de Production dans l'économie sucrière dominicaine", *Culture et Développement*, op. cit.

Esta situación no puede mantenerse sin una regresión hacia las formas menos evolucionadas de organización social de la producción. *En el plano de la propiedad de los medios de producción*, la retransformación de los centrales en ingenios, no favorece en nada a la socialización del trabajo, más bien frena la división social del trabajo y la competencia entre productores independientes. En la medida en que la explotación de la tierra se realiza no por la aplicación de la técnica y la organización sistemática de la fuerza de trabajo, sino por una política de adaptación de las superficies cultivadas a las fluctuaciones del mercado exterior, se puede preguntar si esta retransformación no indica, en el sector agrícola, la existencia de una *regresión hacia un capital comercial y especulativo*.

En el plano de la utilización masiva de una fuerza de trabajo libre, la regresión hacia una forma menos evolucionada de relaciones de producción, origina un problema mucho más grave. En efecto, la liberación de la fuerza de trabajo de los lazos tradicionales se presentó espontáneamente por la debilidad del modo de producción feudal de la sociedad de "hateros". Además, la utilización cada vez mayor del factor trabajo en la producción azucarera, ha estructurado en forma vigorosa el mercado de trabajo. No se pasa, ni siquiera en treinta años, de 23 mil trabajadores a más de 80 mil, sin poner en marcha diversos mecanismos de organización de un mercado moderno de trabajo. No se pasa, en un ingenio, de 500 trabajadores a 1 500, sin que aparezcan nuevas exigencias de organización. La estructura del mercado de trabajo, como las exigencias de organización interna del "ingenio", se oponen *objetivamente* a una regresión de las relaciones sociales de producción.

Concretamente, la migración de un ingenio a otro implica una *homogeneización* de las condiciones de trabajo. Los ingenios que pagan mal o alojan mal a sus trabajadores se quedan con un déficit de mano de obra. De la misma manera, la multiplicación de los cortadores de caña en los cañaverales provoca trastornos cada vez más agudos de *coordinación*. Si estos problemas no se resuelven, los congestionamientos surgen muy pronto en el transporte de la caña. Se puede esperar días enteros un vagón vacío para cargar la caña de azúcar cortada; la fábrica, por su parte, puede igualmente paralizarse durante muchas horas por falta de materias primas.

Subjetivamente, las exigencias de la socialización si bien son a

veces confusas, no son menos apremiantes. El trabajador se hace un juicio sobre la racionalidad de su trabajo, es decir, sobre el espesor o la densidad de las cañas que ha cortado; sobre el tiempo en que estas cañas demoraron abandonadas en el cañaveral, esperando a la carreta; sobre el uso de las nuevas máquinas de alza o de transporte; sobre su jefe inmediato, el capataz; así como sobre la organización general del trabajo. Sin duda, a menudo el trabajador es más sensible a la *explotación* de la que es o se cree objeto. Es sensible al hecho de que el capataz le ha dado un "campo malo", o al robo del que ha sido víctima en el momento de pesar la caña. Su juicio es más normativo que técnico. Pero es este juicio normativo el que le despierta una conciencia de pertenecer a una fuerza colectiva, que lo motiva a participar en las acciones de oposición, y que transforma su idea subjetiva sobre la racionalidad de su trabajo en una exigencia de clase.

El problema al que por tanto se encuentran enfrentados los jefes de las corporaciones azucareras, es el de ajustar los *mecanismos de ruptura de las exigencias objetivas y subjetivas* de la socialización del trabajo, organizar las relaciones de producción en donde la fuerza de trabajo escapa a los procesos económicos normales, en donde está sometida a una presión *extraeconómica*. Estas relaciones de producción son aquellas en las que entran los trabajadores haitianos, no porque tengan exigencias económicas inferiores, sino simplemente porque no pueden tener exigencias económicas, ya que están obligados a aceptar cualquier condición de trabajo debido a las presiones económicas que se ejerce sobre ellos.

IV. LA EMIGRACIÓN: RESPUESTA A UNA CONTRADICCIÓN DE LA ESTRUCTURA AGRARIA HAITIANA

La emigración de los trabajadores haitianos a la República Dominicana se parece bastante al tráfico de antaño.⁸ Constituye, como veremos, un verdadero tráfico negrero.

No convendría, sin embargo, dejarse llevar por el vocabulario utilizado. La trata o el tráfico negrero no significa que son únicamente los medios de coerción *extraeconómica* los que conducen a los trabajadores a emigrar hacia la República Dominicana. Sin duda

⁸ P. Moral, *op. cit.*, p. 41.

el reclutamiento de esta mano de obra antes de 1941 fue organizado en nuestro país entre altos y grandes funcionarios, grandes y pequeños burgueses, así como entre algunos escapados del infierno, los viejos que, según la leyenda, se convirtieron en los vendedores de sus hermanos desafortunados. Se dice que sumas colosales fueron distribuidas entre los grandes señores mientras que el pequeño intermediario ganaba un dólar por cabeza de hombre: . . .⁹

Por otra parte, todavía hoy la participación en las operaciones de reclutamiento del aparato militar y policiaco, desde los jefes de guarnición, como en las regiones de Léogane o Jacmel, hasta de los jefes de sección o cuartel, no se disimula, aun cuando se le atribuye oficialmente una simple función de información.

Sin embargo, una explicación que mostrará a la emigración como un escape del lado haitiano, sería, según toda lógica económica en gran medida incompleta. Hemos visto que esta emigración no obedece a las reglas del mercado de trabajo. Pero entonces, ¿qué lugar ocupa en las relaciones de producción haitianas?

Estas relaciones se caracterizan por una débil mercantilización, al menos aparente,¹⁰ de las relaciones sociales. Esta mercantilización se observa, en primer lugar, en el plano de las relaciones de trabajo. El censo de 1950 indica una cantidad bastante baja de asalariados: 198 785¹¹ en relación con una población activa de 1 705 139.¹² Tampoco es cierto que estos 200 mil asalariados estén libres de todo apego tradicional; muchos de ellos poseen legalmente o de hecho un pedazo de tierra.

En el sector donde la mercantilización debería ser más fuerte —el del café— la condición muy particular de la conservación del producto, que puede ser almacenado durante muchos meses antes de venderse, alimenta más las relaciones de trueque que de cambio mercantil. Por una parte, el campesino almacena el café

⁹ Memoria confidencial sobre las relaciones dominico-haitianas, dirigida a S.E. el señor Dumarsais Estimé, presidente de la República, 12 de septiembre de 1947 (colección privada).

¹⁰ No nos es posible analizar aquí con profundidad las causas de esta débil mercantilización. Nos parece en todo caso que es necesario rechazar la hipótesis según la cual ésta se debería a un tipo de economía natural. Como veremos en una sección posterior, se refiere a la forma regresiva de una economía totalmente orientada hacia una mercantilización exterior. Cfr. "Valor de la fuerza de trabajo y formas de proletarización."

¹¹ M. Lubin, "Quelques aspects de l'économie haitienne", *The Caribbean in Transition*, p. 6.

¹² M. Lubin, "Quelques aspects de l'économie haitienne", *The Caribbean in Transition*, p. 6.

hasta el momento en que tiene que adquirir determinados bienes; el comerciante local es a menudo el comprador de café, o sea el *spéculateur*.* La operación que tiene lugar entre ellos es un cambio natural. Por otra, los préstamos que el pequeño cultivador está obligado a solicitar para continuar su producción, sustraen de su control la mercantilización de una buena parte de su producción, ya que se compromete a vender su producto a un precio preestablecido por su prestamista.

Por último está la producción para el mercado interior, que moviliza a fin de cuentas el grueso del esfuerzo productivo. Como lo hiciera Casimir, es necesario mencionar aquí el notable análisis de Mintz:

Las características de una agricultura en pequeña escala, de una producción diversificada y de ingresos mediocres e irregulares, se combinaban con las actividades mercantiles de millares de mujeres que compran varias provisiones en pequeñas cantidades y las revenden a otros comerciantes o a los consumidores. Lo mismo que la producción se hace a una escala escasa y diversa, así el comercio es muy diversificado y modesto en cuanto a la inversión de negociantes individuales. La forma de consumo del pueblo haitiano consiste en comprar cada vez lo necesario para una comida, en lugar de conservar las provisiones de alimentos (o de ahorro), comprando cierta cantidad; así, existen uniformidades fundamentales dentro de las actividades económicas, desde la producción, pasando por el trueque, hasta el consumo: escala reducida, distribución del riesgo por la diversificación, poco valor atribuido al tiempo y al trabajo y gran importancia del capital.¹³

La débil mercantilización de las relaciones sociales plantea un problema para dos grupos sociales: los campesinos y el grupo de compradores. Para el campesino se trata de una verdadera contradicción, lo que nos permitirá encontrar los rasgos fundamentales de la estructura económica. Como dice la mayoría de los haitianos, no sin una complacencia algo sospechosa: la tenencia de la tierra es de *minifundio* y da lugar, en razón del régimen de sucesión, al parcelamiento, pero a un parcelamiento cada vez más trágico. Se-

* El *spéculateur* es el nombre que recibe el comerciante de carne como tal, es decir, no como especulador.

¹³ Casimir, "Aperçu sur la structure économique d'Haiti", *América Latina*, jul.-sept., 1964, año 7, núm. 3, pp. 37-56.

gún las disposiciones de un código haitiano, copiado del Código Napoleónico, la propiedad familiar se divide según el número de herederos y "nadie está obligado a conservarla indivisa".

Paradójicamente, esta situación va a ejercer una presión sobre la venta y compra de tierras, y a desarrollar un mercado de bienes inmuebles, en el cual, una buena parte de la población va a participar. El heredero propietario de una parcela, inexplorable por su dimensión mínima, se encuentra la alternativa de vender su tierra o de comprar una contigua. Sería, por tanto falso creer que el cambio se hace únicamente entre pequeños propietarios. Los grandes y medianos propietarios tienen su lugar dentro de los mecanismos de compra-venta de las tierras.

El gran propietario¹⁴ es esencialmente un ausentista, el que con frecuencia deja sus tierras a uno o varios campesinos que tienen que entregarle la mitad de la cosecha. Por eso se llama sistema de "medianería". Esta mitad, evaluada sobre la base de la cosecha anterior, es, a final de cuentas, definida por la tradición. Aunque en Censo de 1950 fije la proporción de la medianería en 5 por ciento, es ciertamente superior y puede alcanzar, en ciertas regiones, más del 30 por ciento,¹⁵ ya sea porque la estructura agraria haya evolucionado, ya porque numerosas familias trabajadoras no remuneradas, que aparecen en el empadronamiento de 1950, deberían estar contadas como medianeros. El gran propietario, por consiguiente, no retira de sus tierras un beneficio, fruto de una organización sistemática de la producción, sino más bien una renta y, su gestión, es la de una unidad de "presupuesto", si se utiliza la tipología weberiana. *De hecho la tierra vale sobre todo como patrimonio; como fortuna, no es fundamentalmente un capital.* Se vende y se compra en función de las necesidades de una gestión de presupuesto más que en función del cálculo. Concretamente, estas operaciones se efectúan en ocasión de una sucesión. La venta de tierras responde a la necesidad de tener dinero líquido, para comprar una casa o un automóvil, o para establecerse en el extranjero. El gran propietario se interesa mucho más en un mercado de bienes hacendados que sea activo.

El derecho de herencia suscita constantemente litigios en esta sociedad, en donde no existe el catastro. Según Casimir,

¹⁴ Quien ocupa muchas tierras, contrariamente a lo que se puede ver en el censo de 1950. Cfr. J. Casimir, *Ibid.*, y G. Pierre-Charles, *Radiografía...*, p. 132. "El 1.5% de explotaciones agrícolas con más de 13 ha. pertenecen a los latifundistas y al Estado y ocupan un 66.62% de las tierras cultivables."

¹⁵ P. Moral, *op. cit.*, p. 88, estima la proporción por el conjunto del país en 10%.

el grupo de los grandes propietarios ha sido siempre bastante fuerte para impedir que durante un siglo y medio de legislación no se haya planteado ni resuelto de una manera satisfactoria el problema de la reforma agraria haitiana, puesto que el catastro significa para el Estado un aumento cierto de sus ingresos por vía de impuestos a la propiedad agraria, lo mismo que un eventual reparto de tierras.¹⁶

La mayoría de las veces, los litigios se resuelven a costa de los campesinos que no tienen, por lo general, el título de propiedad. Se observa, dice Casimir, "un paso lento de la propiedad campesina, tanto de explotadores individuales como de empresarios agrícolas, a los profesionales y funcionarios de la ciudad (jueces, abogados, notarios, agrimensores...) que, en todos los casos litigiosos, se las arreglan para recibir un importante porcentaje de tierras divididas o vendidas como honorarios".¹⁷

El derecho sucesoral puede ser visto como una fatalidad, ligada a la presión demográfica o a los cataclismos naturales,¹⁸ puede igualmente ser visto como una función social, la de reforzar la posición de los grandes latifundistas, o de favorecer el ascenso social de un nueva capa, la de los profesionales, la de los "mandarines". No es en todo caso un simple accidente jurídico. No es tampoco una simple causalidad la contradicción que existe entre la débil mercantilización de las relaciones sociales y el derecho sucesoral.

Eso no quiere decir que la contradicción no tenga soluciones parciales. En primer lugar, una buena cosecha de café provoca un flujo monetario que estimula el mercado de las tierras; vigoriza, al mismo tiempo, la cadena de relaciones mercantiles que van del explotador al pequeño especulador y negociante, y que tiene una existencia cíclica. En Jacmel, la constitución de un comité para

¹⁶ J. Casimir, *ibid.*, p. 45.

¹⁷ *Ibid.*, p. 41.

¹⁸ Una explicación común es que las grandes corrientes migratorias son provocadas por los ciclones. Sin embargo, parece que hubiera un automatismo. El ciclón Hazel de octubre de 1954 no ejerció ninguna influencia marcada sobre la corriente migratoria, lo mismo pasó con el ciclón Cleo de 1964; lo contrario fue con Flora (1959) y el Inés (1966) que parecen haber provocado un fuerte impulso migratorio. Más interesante, pero parcial, es la explicación que da Romain para la emigración hacia Cuba en 1921. "Hacia esta época el Estado haitiano levanta contra los campesinos poseedores, la excepción de calidad para conservar y transmitir los dominios que ocupaban el título regular. La expulsión sistemática fue entonces organizada. En el campo, la conmoción alcanzó el máximo y las familias reaccionaron con el éxodo hacia las islas vecinas de Haití o trabajando en las plantaciones de caña de azúcar" (*op. cit.*, p. 33).

el enderezamiento de la ciudad es muy típica de esta consideración.

La migración hacia un medio que registra una circulación monetaria abundante, es una segunda solución. Esta migración, hemos visto, puede ser interna: se encuentran numerosos inmigrantes provenientes de Jacmel en la región de Cul-de-Sac, donde la presencia del ingenio azucarero HASCO, permite una circulación monetaria más intensa que en otras partes. Pero en este sentido, es de preferencia internacional, se orienta, fundamentalmente, hacia la República Dominicana, Cuba y Las Bahamas. Ninguno de esos países tiene un nivel tan bajo de mercantilización de sus relaciones sociales como Haití y aun cuando los ingresos no son en estos países más altos que en aquél, la parte de los ingresos monetarios lo es con toda evidencia. *La función* objetiva de la emigración no es ganar más, sino ahorrar cierta cantidad de dinero.

La realidad de la función no está relacionada necesariamente con el éxito de cada uno de los casos individuales. Es necesario decir que los fracasos son más numerosos que los éxitos. De los trabajadores haitianos que regresan a su país, ¿cuántos permanecen como residentes, sin haber podido acumular el dinero que justificaría el regreso?

Objetivamente, el movimiento migratorio tiene por consecuencia introducir divisas no sólo en el país, sino también en la región. A fin de la zafra de 1967, de la cual 16 300 cortadores de caña regresaron, se provocó un promedio de 30 dólares por 500 mil dólares, lo que significó un promedio de 30 dólares por emigrante. Según una encuesta realizada por el departamento de trabajo,¹⁹ los 170 trabajadores que regresaron de la zafra de 1957 en los ingenios de Ozama, Angelina, Romana y Santa fe, trajeron consigo un valor de 32 dólares per capita, al que se podrían adjuntar unos 27 dólares de promedio retenidos sobre los salarios y distribuidos en Haití²⁰ por las compañías azucareras, en presencia de un funcionario de la Oficina de Trabajo de Puerto Príncipe, así como artículos comprados en la República Dominicana (gallos de pelea, etcétera).

¹⁹ E. Legros, "Résultats de l'enquête menée à Malpasse auprès des journaliers haitiens revenant de la République Dominicaine en vue de recueillir des renseignements relatifs à leurs conditions de vie et de travail en ce pays", *Revue du Travail*, Puerto Príncipe, Département du Travail, mayo 1955, pp. 73-74.

²⁰ Aunque efectivamente esta práctica corresponde al artículo 13 del contrato de trabajo, según fuentes oficiales haitianas la cláusula no ha sido respetada, lo cual explica además que numerosos trabajadores haitianos queden en Santo Domingo después de la zafra. Ver Diedrich and Burt, *Papa Doc*; Nueva York, McGraw Hill, 1969, p. 288.

Los ahorros pueden servir para comprar bienes de consumo inmediato como textiles, zapatos, etcétera; bienes de consumo durables, como techos de palastro para las casas; o también bienes de producción en el empleo de tierras o ganado. La compra de ganado es evidentemente la más frecuente: pollos, un chivo, un cochino o una res.²¹ En las colinas donde los precios son relativamente bajos se puede adquirir un *carreau* (medida agraria haitiana, 1.3 hectáreas) con unos 100 dólares; en las llanuras a veces el precio se eleva a mil dólares por *carreau*. La compra de la tierra se hace al 1/100 de *carreau* lo que contribuye desde luego al parcelamiento de la tierra.

El comportamiento migratorio entra, por lo tanto, en la estructura social haitiana como respuesta a una contradicción de la misma. La migración aprovecha no sólo a los propios campesinos, sino también a los comerciantes regionales. Son éstos los primeros que se benefician con el poder de compra que de pronto se pone en circulación.

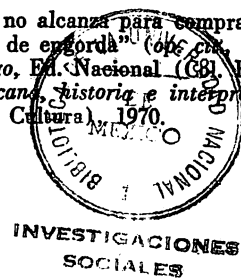
Las autoridades locales alientan la migración, puesto que sacan ventajas más o menos disimuladas. Comienzan con las gratificaciones dadas por las compañías azucareras que, probablemente, alcanzan a toda la estructura local de autoridad. Continúan con la remuneración de corredores que utilizan los que se encargan de la distribución de los contratos. No es raro que el trabajador deba pagar casi 20 dólares por tener un lugar en la siguiente salida. También tiene ventajas al regreso, porque la circulación de pesos dominicanos en las ciudades haitianas de emigración permite la realización de lucrativas operaciones de cambio.

V. INTERESES DE CLASE Y RELACIONES DOMINICO-HAITIANAS

Probablemente no existan problemas con tanta carga ideológica como los que se refieren a las relaciones dominicano-haitianas. Algunos trabajos recientes²² han intentado desenredar la madeja de prejuicios y realidades que constituye la historia de estas relaciones. Sería presuntuoso querer proponer, incluso a título de hipótesis, una explicación de estas complejas relaciones, pasando de la

²¹ Citemos más a Casimir: "Cuando ahorra dinero que no alcanza para comprar otras tierras, lo invierte en la adquisición de algunos animales de engorda" (op. cit., p. 50).

²² E. Cordero, *La Revolución Haitiana y Santo Domingo*, Ed. Nacional (C.R. Historia y Sociedad), 1968. J. Bosch, *Composición social dominicana, historia e interpretación*, Sto. Domingo, Publicaciones Ahora (Col. Pensamiento y Cultura), 1970.



más cruenta represión como en 1937, a la más grande de las euforias como la que se presenta en el discurso de Nemours algunos años más tarde.

La única cosa que puede pretenderse es aportar algunas aclaraciones sobre el fundamento de los intereses de clase. El estudio de la migración, relacionado con la estructura económica de los dos países, permite distinguir una rivalidad de intereses entre las dos clases dominantes sobre las modalidades de migración, una identidad de intereses sobre la función estructural de la migración, y un antagonismo entre las clases dominantes y dominadas.

La rivalidad de intereses de las clases dominantes haitianas y dominicanas se basa en el carácter reglamentado o clandestino de la migración. Se advierte claramente que el reclutamiento legal de la mano de obra en Haití beneficia a una serie de intermediarios haitianos de quienes hemos estado hablando; tales beneficios, unidos al hecho de que la reglamentación puede ser presentada por el gobierno como una medida de defensa del interés nacional, explican que el gobierno haitiano siempre haya preconizado e insistido sobre una reglamentación de la migración, y que sancione las migraciones clandestinas. Por el contrario, el gobierno dominicano y los centrales azucareros siempre han favorecido las migraciones clandestinas. No es difícil que el cierre de la frontera dominicano-haitiana tenga como objetivo favorecer esta migración clandestina. Los documentos prueban la complicidad del ejército dominicano en el transporte de la mano de obra haitiana. La opinión de testigos privilegiados, así como las entrevistas informales de haitianos, indican que esta práctica sigue desarrollándose. En la memoria confidencial antes citada, escrita en 1947, se lee:

Ahora bien, esta ley (de 1942) no se aplica porque numerosos inmigrantes haitianos han entrado a la República Dominicana con la complicidad de las compañías y de las autoridades. Una carretera se ha construido en la cadena del Morne des Commissaires para favorecer esta operación clandestina. El año pasado, por ejemplo, la administración aduanera del Cabo Haitiano señaló que dentro de las circunstancias políticas del momento, 6 mil inmigrantes atravesaron la frontera por cualquier parte del Norte, y según los testimonios de algunos que yo interrogué personalmente, fueron "empacados" por centenas, en los camiones militares para ser trasladados a las fábricas azucareras. Esto ha dado lugar a espantosos accidentes, heridos y muertos.

El central azucarero naturalmente tiene ventaja al no tener que pagar los gastos que le impone un reclutamiento en Haití: aunque, por otro lado, tenga que remunerar los servicios de los militares dominicanos que trabajan sin costo de producción contabilizado. La visita médica, el permiso de viaje, la carta de identidad dominicana, el transporte en camión de ida y vuelta, que comprende el alimento y alojamiento durante el viaje,²³ son gastos que fácilmente ascienden a 30 pesos por emigrante. Hay una razón más importante para esta preferencia de los centrales azucareros por la migración clandestina: la posición ilegal que resulta para el trabajador haitiano, y la posibilidad de acaparar considerablemente un mayor valor absoluto, lo que refleja consecuencias en las relaciones de producción.

Sobre este punto fundamental, los intereses de las dos oligarquías vuelven a coincidir, pues las dos, por razones diferentes, temen mucho una organización del mercado de trabajo. La oligarquía dominicana debe evitar, por sus propios intereses, una estructuración de la fuerza de trabajo que pudiera obligarla a invertir en la mecanización de las operaciones agrícolas de la producción azucarera, cuando otros sectores son más redituables. La oligarquía dominicana, por sus intereses mercantiles, no puede consagrar su capital a una organización sistemática de trabajo.²⁴ La clase dominante haitiana tampoco puede obtener ninguna ventaja de la estructuración de la fuerza de trabajo, puesto que las relaciones de producción no dejan más que un pequeño lugar al empleo productivo de la misma.

La convergencia de intereses de las dos clases dominantes no necesariamente se contradice con el genocidio de 1937. Price-Mars nos relata una conversación que sostuvo con una personalidad dominicana en el curso de su misión diplomática en aquel país: "Nosotros, dominicanos, dijo este personaje, reivindicamos nuestra responsabilidad en este deplorable asunto. Pero lo que usted no sabe señor Embajador, es que nosotros poseemos las piezas auténticas que atestiguan la participación formal, aunque indirecta, de eminentes personalidades haitianas en la perpetración del drama."²⁵

En realidad únicamente tenemos fragmentos de interpretación. Es verdad que existía un antagonismo de intereses de clase entre la oligarquía dominicana y los cortadores de caña de azúcar. La

²³ Cfr. Artículos 2, 3 y 4 del contrato de trabajo.

²⁴ A. Corten, "Anatomie de l'oligarchie dominicaine", *Cultures et Développement*, vol. I, núm. 4, pp. 801-802.

²⁵ J. Price Mars, *La République d'Haiti et la République Dominicaine*, p. 311.

oligarquía dominicana trataba de mantener al haitiano en una situación de ilegalidad, mientras que los trabajadores, tanto haitianos como dominicanos, tenían interés en la legislación de la presencia de los haitianos en la República Dominicana. La instalación de muchos millares de haitianos cercanos a la frontera instituyó, al menos de hecho, la presencia haitiana en otros sectores además de la actividad azucarera; así, el cortador de caña haitiano tenía otra alternativa aparte de la de estar sometido a las espantosas condiciones de trabajo de los ingenios. La existencia de las masas haitianas en la agricultura dominicana presentaba el riesgo de favorecer un "cimarronaje" comparable al de los esclavos fugitivos de las plantaciones para retirarse a las montañas.²⁶

¿Cómo explicar la participación haitiana, incluso indirecta, en la perpetración de la matanza? Los intereses fundamentalmente comunes de las dos oligarquías, en cuanto a la no mercantilización de la fuerza de trabajo, aunados a la hostilidad, por las clases dominantes hacia la migración clandestina y que una presencia haitiana fronteriza ayuda también a favorecer, suministran los elementos de la respuesta.²⁷

Rivalidad de intereses entre las dos oligarquías sobre las modalidades de las migraciones y comunidad de intereses respecto al fenómeno en sí, antagonismo de intereses de clases dominantes y dominadas: he aquí, sin duda, los fundamentos esquemáticamente esbozados de las relaciones políticas dominico-haitianas. Es del todo evidente, en el cuadro de estas relaciones, que el concepto de *tráfico negrero* toma su verdadera dimensión política y económica. No debe ser, por consiguiente, analizado en función de un modo de producción esclavista. Esto no ha sido nunca lo dominante, ni en la actividad azucarera dominicana que tuvo su impulso hasta fines del siglo XIX, ni en la actividad azucarera haitiana que prácticamente desapareció con la abolición espectacular de la esclavitud. El tráfico negrero, si se acepta utilizar este término, marca la interpenetración profunda de lo económico y de lo político en relaciones capitalistas regresivas.

²⁶ P. Moral, *Le paysan haitien*, pp. 23-26.

²⁷ Actualmente también se advierte una política de desplazamiento de los habitantes fronterizos. Por ejemplo F. P.; como consecuencia de la creación de las colonias agrícolas. La creación de las colonias agrícolas en el Morne des Commissaires, en D'Osmond y en Billigey, efectuada con la indemnización de 750 mil dólares, pagada por el Gobierno Dominicano por los "deplorables acontecimientos durante los cuales personas de nacionalidad haitiana, residentes en el territorio de la República Dominicana, perdieron la vida, recibieron heridas, o debieron abandonar el territorio dominicano" (Acuerdo del 31 de enero de 1939).

LAS ETAPAS DEL ANTIHAITIANISMO EN LA REPÚBLICA DOMINICANA; EL PAPEL DE LOS HISTORIADORES

Lil Despradel

El antihaitianismo en la República Dominicana es un fenómeno social complejo, que es preciso analizar a partir de sus orígenes históricos, y teniendo en cuenta sus variaciones dentro de la estructura clasista dominicana.

Ahora bien, si en nuestro análisis partimos de la pirámide de la estructura social, y estudiamos la expresión del antihaitianismo en los grupos que poseen el monoponio del poder económico y político (comerciantes, grandes propietarios, industriales), y en las clases medias (burocracia estatal, profesionistas, pequeños comerciantes, pequeños industriales), veremos que a través de la historia, este fenómeno ha integrado esencialmente tres elementos superestructurales que se complementan y se implican mutuamente en un movimiento dialéctico: *a*] la manifestación de un prejuicio racial y cultural; *b*] la alienación cultural de los dominicanos, y *c*] un cierto nacionalismo antagónico y defensivo.

a] El racismo de las clases superiores dominicanas tiene sus orígenes en la época colonial. En efecto, cuando conquistadores y vencidos pertenecen a dos grupos étnicos distintos, los primeros intentan organizar un sistema de diferenciación étnica que expresa la desigualdad social que ellos defienden. De ello se infiere que una raza, una cultura "inferior", debe ser sometida. El racismo es una racionalización, la barrera levantada por un grupo social, para defender sus privilegios afirmando su superioridad racial y cultural.

En América, esta barrera se levantó durante la época colonial contra el indio y el negro para, así, mantener una estructura social basada en el trabajo esclavo.

La Isla de Santo Domingo fue la primera tierra americana donde, gracias a la instalación de la industria azucarera, se estableció el comercio de esclavos negros (1510). Éstos desempeñaron un pa-

pel clave en la composición demográfica y cultural de las islas del Caribe y del Brasil, pues al mezclarse con otras razas y culturas originaron híbridos biológicos y culturales. La predominancia de una u otra raza en estos híbridos produjo diferenciaciones sociales muy interesantes.

En efecto, durante la época colonial dos criterios sirvieron de base para establecer la jerarquía de los grupos sociales, un criterio económico y un criterio racial. Desde el punto de vista racial, los grupos sociales estaban diferenciados en varias categorías llamadas "castas", y que nosotros llamaremos "razas sociales", es decir, la manera en que los individuos de una sociedad se definen según los diferentes matices de "color", de acuerdo con ciertas características físicas.¹

En las Indias occidentales se distinguían siete castas o razas sociales:

- 1] Los españoles nacidos en Europa.
- 2] Los españoles nacidos en América (criollos).
- 3] Los mestizos, descendientes de blancos e indios.
- 4] Los mulatos, descendientes de blancos y negros.
- 5] Los zambos, descendientes de indios y negros.
- 6] Los indios.
- 7] Otras subdivisiones eran los zambos prietos, producto de negros y zambos; los cuarterones, formados por blancos y mulatos; los quinterones, producidos por blancos y cuarterones, y los salto atrás, mezcla donde el color era más oscuro que el de la madre.²

Fue en la isla de Santo Domingo —particularmente en la parte española—, donde el mestizaje racial y cultural se realizó con más éxito. Los españoles fueron, con los portugueses, los colonizadores de ideología racial más liberal. Ello se explica por la situación geográfica de estos pueblos, cercanos al África, y que, además, históricamente mantuvieron contactos muy estrechos con los africanos semitas y negros. Por otra parte, la emigración de los distintos grupos sociales, que constituían la pirámide de la jerarquía hacia tierras americanas más ricas, relajó las barreras raciales, facilitando el mestizaje. Esto originó un pueblo mulato. No obstante, el color de la piel continuó expresando una imagen de marca social.

¹ Wagley, Charles, *Races et classes sociales dans le Brésil rural*, Maspero, París, 1965.

² Bagú, Sergio, *Estructura social de la colonia*, Editorial El Ateneo, Buenos Aires, 1952.

Al propietario y al dignatario de la clase más encopetada se le daba el tratamiento de "señor Don"; al blanco menos favorecido se le daba el de "Don"; al hombre libre en cuyas venas corrían algunas gotas de sangre africana se le trataba de "Señor" a secas.³

De allí que se haya creado una escala sutil de valores, en la cual el más blanco, el que se acercaba más a la imagen del conquistador europeo, a su raza y civilización superiores, era el más beneficiado. Había pues que "blanquearse" física y culturalmente. Esto se convirtió en una aspiración colectiva.

El deseo de "blanqueamiento" provocó en el mulato dominicano una vergüenza por su mitad africana, por su pasado que lo convirtió en enemigo de éste; y de ahí que, en su proceso de asimilación, el mulato adoptara el racismo del colonizador.

b] La actitud racista de los mulatos dominicanos delata su *alienación cultural*, la incapacidad de expresar su particularidad. Discriminando al negro de cuna esclava, y por ende al haitiano, éste trataba de olvidar sus orígenes traumatizantes, fuente de vergüenzas y de inferioridad. De allí que, cuando el color tostado de su piel manifestaba visualmente sus orígenes, el mulato dominicano, utilizando un mecanismo de defensa social frente al blanco "superior", se creó una identidad basada en sus antepasados indígenas exterminados en el siglo XVI. Y se estableció una raza social, el "indio" dominicano. La referencia al indio es comprensible en la jerarquía de los grupos, puesto que ser "indio" significaba una ascensión racial que los acercaba más al modelo: el hombre blanco.

Este fenómeno sociológico es curioso pero explicable. En el curso de la historia cada pueblo ha elaborado su ideología de raza, independientemente de su realidad biológica y demográfica. Es en los censos de población donde ésta se manifiesta con más evidencia. En la República Dominicana todos los censos que clasifican la población en razas o "colores" suscitan "sospechas"; en éstos, la cantidad de blancos será siempre mayor a los existentes, y la de negros será inferior.

Como en los Estados Unidos, todo hombre que tiene una gota de sangre negra es considerado un negro. En la República Dominicana el mulato claro es un "blanco del país", el más oscuro es un "indio", y el negro es un "indio oscuro".

c] Por otra parte están los antagonismos existentes entre las

³ Welles, Summer, *La viña de Naboth*, Editorial "El Diario", Santiago, República Dominicana, 1939.

burguesías *compradoras*, dominicana y haitiana; la primera ve en la dominación haitiana una traba para su desarrollo socioeconómico. Las divergencias políticas y culturales existentes entre los haitianos y los grupos profesionales de las clases medias dominicanas —quienes, además, se vieron alejados de los principales empleos públicos, su fuente esencial de subsistencia—, permitieron *el desarrollo de un nacionalismo que se definió en relación con Haití, y tuvo una ideología basada en las diferencias culturales de los dos pueblos*, ya que "...por la diferencia de costumbres y la rivalidad que existe entre unos y otros, jamás habrá perfecta unión ni armonía".⁴

Es más, ser dominicano significaba para estos sectores tener un vecino que era un enemigo tradicional, el pueblo haitiano. La actitud de esos grupos dominicanos encontraba su justificación en la política haitiana que, durante años, se caracterizó por un deseo de expansión hacia la zona este. Prueba de ello es que en la Constitución haitiana se especifica "que la isla es una e indivisible". De allí que el antihaitianismo fuera enarbolado por aquellos grupos que veían, en la nación haitiana, una amenaza constante a la existencia de la nación dominicana. Para ellos, la delimitación de las fronteras era indispensable.

I. EL ANTIHAITIANISMO DE LOS OBREROS Y CAMPESINOS DOMINICANOS

Dentro de los grupos negros o mulatos menos favorecidos de la estructura clasista dominicana, no se desarrollaron —durante las primeras décadas del siglo XIX— contradicciones con los haitianos que hubiesen podido sensibilizarlos al desgarramiento racista o nacionalista que sufría el mulato-blanco, o "blanco del país", de las clases superiores y media.

En primer término, los haitianos habían declarado la libertad de los negros y la igualdad de todos los hombres. De allí que, cuando Boyer (1822) llega a la parte este, la gente más sencilla de las poblaciones que iba ocupando, le salió al encuentro, y "pensó encontrar en él, que acababa de recibir en el norte el título

⁴ "Manifestación de los pueblos de la parte este de la isla antes Española sobre las causas de su separación de la República Haitiana", Emilio Rodríguez Demorizi, *La guerra dominicano-haitiana*, Santiago de los Caballeros, Rep. Dominicana, 1944, p. 41.

de Pacificador, la protección que tan hipócritamente había prometido".⁵

Además, la nacionalización de tierras y su repartición entre los antiguos siervos, efectuadas por Boyer en los primeros años de la ocupación, le ganaron la simpatía de las capas inferiores de la jerarquía clasista dominicana.

En segundo lugar, es cierto que la aculturación de los negros o mulatos y libertos (campesinos y obreros agrícolas) dominicanos, había seguido la tendencia de las clases superiores y medias, de asimilación con los valores occidentales. Prueba de ello es que, en su aculturación formal,⁶ tuvo prioridad la reinterpretación de las realidades africanas en términos occidentales y no la inversa. De allí que el "cimarronaje" ideológico y cultural, observado en otros países afroamericanos, sea casi inexistente en la República Dominicana.

No obstante, es en el seno de estos grupos donde el África se manifiesta con más evidencia en la reinterpretación; por ejemplo, en ciertas ceremonias religiosas llamadas católicas, en la música, en la danza, en la cocina, en el culto a los antepasados, etcétera. De ello se infiere que, gracias a estos rasgos culturales, las diferencias frente al hatiano no eran tan marcadas como las que se manifestaban dentro de las clases medias y superiores "españolizadas".

Cuando a principios de siglo, el antihaitianismo sensibilizó a los campesinos y a los obreros agrícolas éstos, por un factor socioeconómico, tomaron al haitiano como el expiatorio.

La instalación de la industria azucarera a fines del siglo XIX, provocó las inmigraciones masivas de obreros de Haití y de las Indias occidentales, quienes, contratados por las compañías azucareras —propiedad norteamericana—, o por los colonos norteamericanos, vinieron a trabajar como braceros. Estos trabajadores compitieron en el mercado de trabajo con los dominicanos, manteniendo los salarios bajos, que además constituyeron una capa marginal, excluida de la sociedad global dominicana, una minoría étnica, especie de *out-group*.

Ante ellos los obreros dominicanos manifestaron ciertas reticencias y, sobre todo, frente a los haitianos que eran la mayoría. Su antihaitianismo se manifestó en un prejuicio, cuya base era esa frustración socioeconómica, que se descargaba en el trabajador haitiano inmigrado. Este fenómeno es similar al observado entre los

⁵ *Id.*, p. 35.

⁶ Bastide, Roger, "L'acculturation formelle", *América Latina*, julio, 1963, núm. 4.

obreros blancos norteamericanos menos favorecidos, quienes descargan en el negro, o en el judío, toda su insatisfacción social.⁷ Para demostrar su acierto recurren a los valores establecidos por las clases dominantes; de allí que, a la motivación esencialmente económica, que determinó el prejuicio antihaitiano de las clases menos favorecidas, se vinculara la mistificación cultural realizada por las clases dominantes. El obrero, el campesino dominicano negro o mulato, a quien se le habló constantemente de sus antepasados indios o españoles, calificándole de "indio" en los documentos oficiales, adoptó la ideología racial de las clases dominantes, y se consideró como de origen indio. Es decir, diferente al haitiano negro africano.

A continuación intentaremos examinar las diferentes etapas del prejuicio antihaitiano. Para ello utilizaremos la única ciencia global capaz, con la sociología y la economía, de extender su curiosidad a todos los fenómenos sociales: la historia. Ella nos dará los materiales para explicar el antihaitianismo en la República Dominicana.

II. LOS ORÍGENES. LA DOMINACIÓN HAITIANA DE 1822-1843

El antihaitianismo en la República Dominicana tiene sus orígenes históricos en las invasiones de Dessalines y se consolidó durante la ocupación haitiana efectuada por Boyer en 1822. Este prejuicio desempeñaría un papel clave en las luchas por la independencia.

Antes de esa época el racismo remanente de la situación colonial existía entre las clases superiores y medias dominicanas, pero éste no se había manifestado claramente en forma de antihaitianismo. Prueba de ello es el siguiente texto de Del Monte y Tejada: "Grande fue la sorpresa que sobrecogió a todos los habitantes de la antigua parte española al ver el desenlace final de la expedición francesa, reconociendo que de hecho volvían a quedar bajo la dominación de los negros y no ya mandados por el caballeroso Toussaint, sino sometidos al poder del sanguinario Dessalines."⁸ Del Monte y Tejada (1783-1861) era miembro de una de las familias criollas distinguidas que se vieron obligadas a abandonar el país durante las invasiones haitianas de Dessalines. Su testimonio es

⁷ Reinhard, Bendix, *Class, State and Power*, Free Press, New York, 1964, pp. 480-490.

⁸ Del Monte y Tejada, Antonio, *Historia de Santo Domingo*, vol. VIII, p. 214, Tercera edición, Ciudad Trujillo, R. D., 1952.

digno de notarse, pues expresa las ideas de esa clase de grandes propietarios y de letrados. Con su política económica, Toussaint se había ganado el apoyo de todos los sectores de la población. Por otra parte, la masa negra dominicana, reconvertida a la esclavitud durante la ocupación francesa, también recordaba la administración del haitiano Toussaint Louverture, libertador de los esclavos (1801).

Tres factores, sin embargo, ayudaron al desarrollo del antihaitianismo, sobre todo entre las clases superiores y medias dominicanas: a] el factor económico; b] el factor racial, y c] el factor cultural.

1] Factor económico

Los grandes propietarios de tierras y de esclavos fueron afectados en sus intereses con las siguientes medidas económicas de Boyer:

- a] La abolición de la esclavitud, no realizada por Núñez de Cáceres porque “no sería su mano la que de una plumada redujera a una espantosa miseria a sus conciudadanos”.⁹
- b] La nacionalización de tierras, sobre todo de aquellas que pertenecían a los emigrantes de las clases dominantes y a la Iglesia, la distribución de éstas entre los antiguos siervos.¹⁰
- c] Los dominicanos fueron abligados a ayudar a los haitianos en el pago de la deuda que éstos habían contraído con los franceses, como indemnización por la guerra de independencia.
- d] El grupo de pequeños comerciantes dominicanos veía en el monopolio del comercio mantenido por los haitianos un impedimento a su desarrollo socioeconómico.

En efecto, el papel clave de este grupo se demuestra en el siguiente texto de Luperón quien, comentando las guerras contra Haití, escribe: “. . . el pueblo dominicano defendía más que su independencia, su idioma, la honra de sus familias, *la libertad de su comercio*”.¹¹

⁹ Guridi, Angulo, “Examen Crítico de la Anexión de Santo Domingo a España”, en Emilio Rodríguez Demorizi, *Antecedentes de la anexión a España*, p. 402.

¹⁰ Guridi, *op. cit.*, p. 403.

¹¹ Luperón, Gregorio, *Notas autobiográficas y apuntes históricos*, Puerto Rico, 1896, p. 34, Editora Montalvo, Ciudad Trujillo, 1955, vol. II.

2] Factor racial

Las clases medias urbanas, los hateros y los comerciantes que habían apoyado la separación, manifestaban un prejuicio racial hacia el hombre negro que, con el prejuicio cultural, fue decisivo en el desarrollo del antihaitianismo.

En efecto en *una situación histórica determinada, una categoría ideológica puede por sí sola explicar un acontecimiento* preso, aunque, globalmente, para la sociedad considerada en su totalidad y en su última instancia el factor económico que es el motor.¹²

El facismo de las clases medias y superiores mulatas, remanente de la situación colonial, era flagrante. Refiriéndose a éste, un observador inglés dice: "El pueblo dominicano expresa en un lenguaje vago los cargos formulados contra Boyer y contra el gobierno haitiano, pero está establecido el hecho de que, la población blanca y de color de la parte oriental de la isla, miraba a los negros con odio y tenía para ellos un aborrecimiento enorme."¹³

Por otra parte, Angulo Guridi, miembro de las élites intelectuales que apoyaban la independencia, comenta en uno de sus artículos:¹⁴ "Cuando regresó a Puerto Príncipe (Boyer)... dejó de gobernador de la parte este de la isla, al general Borgella... por lo demás era también el más blanco de todos ellos, pues hasta tenía pelo rubio y ojos azules, cuya circunstancia daba a su elección, el aparente deseo de conciliar los primeros escrúpulos sociales."

Es decir que el mulato Boyer, inteligentemente trató de conciliar los escrúpulos racistas de los antiguos propietarios de esclavos, dejando como gobernador un mulato-blanco. No obstante, aquéllos consideraron degradante el hecho de estar sometidos a un pueblo negro.

3] Factor cultural

Los dirigentes haitianos, antiguos esclavos barnizados de la cultura francesa, que efectuaron la independencia realizando la primera gran revolución negra y americana, eran culturalmente distintos a los mulatos dominicanos "españolizados" que componían las clases dirigentes dominicanas. El historiador haitiano Bellegar-

¹² Rodríguez Demorizi, *Antecedentes...*, op. cit., p. 409.

¹³ Bathurst, E., *Hispaniola, Hayti, Saint Domingue*, London, 1851, traducido por Rodríguez Demorizi, *Documentos para la historia de la República Dominicana*, vol. III, 1959, p. 470.

¹⁴ Guridi, en Rodríguez Demorizi... *Antecedentes...*, op. cit.

de, en su *Histoire du peuple haitien*, habla de una carta escrita por el general haitiano Bonnet, en la que éste ponía en claro las diferencias que a corto plazo iban a obstaculizar la integración:

...el este tenía una población nómada de costumbres simples, eminentemente religiosas, habituada a los gobiernos civiles. Nosotros vamos a implantarles *nuestro espíritu de insubordinación y de desorden, nuestro despotismo militar, nuestros principios antirreligiosos*. Nuestros oficiales *llevarán sus concubinas queriendo que sean aceptadas por las familias españolas habituadas al matrimonio*.¹⁵

Por otro lado, continúa Bellegarde,

...el gobierno haitiano iba a chocar inmediatamente con el clero católico, cuya influencia sobre una población esencialmente religiosa era importante. Este clero, después de la incorporación de las provincias del este, se vio arrebatar los privilegios y las inmunidades atribuidas por el Papado al Arzobispado primado de América de Santo Domingo. Los hombres de Estado del Oeste, educados dentro de la tradición volteriana, y sostenidos por las incitaciones de Grégoire, obispo juramento, estaban poco dispuestos a someterse a las exigencias de Monseñor Valera, arzobispo de Santo Domingo, en lo que concernía a los bienes de la Iglesia y a la investidura de los curas de las diversas parroquias de la parte oriental.¹⁶

El texto precedente amerita ciertos comentarios:

Bellegarde, historiador que perteneció a las élites cultas de su país, veía la educación de los hombres de Estado "dentro de la tradición volteriana"; esto era cierto en lo que concierne a un pequeño grupo de mulatos haitianos pertenecientes a las clases superiores, que habían recibido una educación francesa. En términos generales, los haitianos que ocuparon el territorio dominicano en 1822 habían orientado su aculturación formal hacia la "reinterpretación" de los valores occidentales, en este caso franceses, en términos *afrohaitianos*. Tal tendencia fue mucho más marcada dentro de los estratos inferiores, que efectuaron sistemáticamente un "cimarronaje cultural". Esto ayudó al desarrollo de una cultura hai-

¹⁵ Bellegarde, Dantès, *Histoire du peuple haitien*, Puerto Príncipe, 1944, p. 129.

¹⁶ *Ibid.*, p. 131.

tiana que afirmó su particularidad, frente a la metrópoli francesa y frente a los dominicanos hispanistas. Boyer cerró la Universidad y el Colegio Seminario, e impuso a los mulatos dominicanos el idioma francés en todos los actos oficiales y judiciales; Louverture separó la Iglesia del Estado, y, además, en 1840 promulgó una ley mediante la cual se acordaba para la mujer dominico-haitiana una personalidad jurídica. Es decir que, un siglo antes que la francesa, la mujer haitiana tenía derecho de administrar sus bienes y tomar decisiones sin estar bajo la tutela marital.¹⁷

La imposición de estos rasgos culturales del pueblo haitiano debe haber molestado al dominicano de las capas medias y superiores, aculturados dentro de la tradición española, donde la iglesia católica y el Estado formaban una unidad y la mujer estaba bajo la tutela del hombre: "...Un principio eterno, que consagra la autoridad marital derivada de la naturaleza misma de las cosas, y de la índole y esencia de la sociedad conyugal";¹⁸ es por esto que esos sectores consideraron al haitiano como una "...mezcla repugnante de la corrupción francesa y de los hábitos relajados del esclavo africano";¹⁹ y su religión, muy particular, fue para ellos "desnuda de revelación y aún de la causa primera, consistente en una amalgama de creencias ridículas fundadas en augurios y quimeras, y en el insulto del dogma".²⁰

III. LA ETAPA POSTSEPARATISTA: NEGRO-HAITIANO

Un fenómeno sociohistórico muy interesante, y que ha sido muy pocas veces aclarado por los historiadores, es que los dominicanos mantuvieron dentro de su actividad política una tensión, algunas veces subyacente, otras manifiesta, entre negros, mulatos y "blancos", por lo cual, los dos primeros fueron siempre acusados de prohaitianos. Prueba de ello son los acontecimientos en los que participaron los tres grupos raciales, desde la mal llamada "revolución de los italianos" (1810), en la cual el grupo de negros y mulatos muy oscuros, dirigidos por Ciriaco Ramírez, fueron acusados por los españolizantes de prohaitianos, pasando por los le-

¹⁷ Báez, Buenaventura, "Manifiesto al Mundo Imparcial", *La guerra dominico-haitiana*, p. 288.

¹⁸ *Ibid.*, p. 289.

¹⁹ *Ibid.*, p. 288.

²⁰ Cordero Michel, Emilio, *Curso de historia social, económica y política dominicana*, Santo Domingo, UASD (mimeografiado).

vantamientos de los esclavos negros en Mojarra y Mendoza (1813), hasta el levantamiento del batallón de Pardos y Morenos, dirigido por Pablo Alí (1822).

Es cierto, como bien dice Cordero Michel, que los movimientos políticos encabezados por la pequeña burguesía urbana y rural, en estrecha alianza con los sectores populares, tuvieron objetivos diferentes, dependiendo de la coyuntura histórica, de su toma de conciencia como clase, y del fortalecimiento del sentimiento nacional en su seno y en el de las masas. Es decir, que éstos procuraron unas veces incorporarse a la República de Haití y lograr la unidad política de la isla, y otras, ya galvanizado el patriotismo y consolidados los rasgos esenciales de la nacionalidad, se fijaron como objetivos el nacimiento de un Estado libre, independiente y soberano, sin ataduras de ningún tipo con potencias extranjeras.

Sin embargo, ya lograda la independencia y consolidado el sentimiento dominicanista dentro de esos grupos, los negros y los mulatos muy oscuros continuaron siendo acusados de prohaitianos por sus opositores. La correspondencia del cónsul de Francia en Santo Domingo (1844-1846) señala al respecto: "En ocasión de las elecciones que efectuaron hace cinco semanas, el partido negro a la cabeza del cual se encontraba Joaquín Puello, comienza a mostrar sus proyectos que se resumen así: masacre de todos los blancos extranjeros y nacionales, sustitución del poder actual, federación con la República Haitiana."²¹

Los rumores de matar blancos eran uno de los argumentos favoritos de los mulatos y de los blancos criollos para sensibilizar a las potencias europeas. En cuanto a si Puello quería o no una federación con la República Haitiana, es un problema interesante que hay que discutir aún con los historiadores.

Lo esencial para nosotros es que, a todo lo largo de la carta que citamos, fechada el 27 de diciembre de 1847, el problema es planteado varias veces. El color de la piel implicaba, para el cónsul francés y para los dominicanos en el poder, una toma de posición política. Los antiguos esclavos negros eran prohaitianos y antieuropeos. Es digno de notar, dicho sea de paso, que las conclusiones del cónsul francés eran lógicas. Haití, la primera tierra americana que declaró la libertad de los negros, debía necesariamente tener todas las simpatías de éstos. De allí que la carta del cónsul terminara diciendo: "De todas maneras ese ensayo de con-

²¹ *Correspondencia del cónsul de Francia, en Santo Domingo 1844-1846*, Ediciones y notas de Rodríguez Demorizi, Ciudad Trujillo, 1944, p. 34.

juración hizo aparecer mucho más habitantes blancos que los que yo había visto hasta entonces, y ellos pedían constituir un *elemento fecundo de organización*.²² Ese “elemento fecundo de organización” del cual habla el cónsul francés, sale a relucir cuando éste escribe el 20 de enero de 1848:

... hoy viendo en la presencia de los blancos una garantía de seguridad, este gobierno parece estar determinado a establecer ventajosamente sobre su territorio, trabajadores, y sobre todo, agricultores europeos; y preconiza con ardor, un proyecto sancionado por una ley del año pasado mediante la cual, se le ofrece a los extranjeros, para atraerlos a la República Dominicana: tierras, préstamos de dinero, e instrumentos aratorios.

Durante años, políticos de relevancia, negros y mulatos “muy oscuros”, fueron acusados por sus opositores de prohaitianos. El general Cazneau, en una carta enviada el 9 de junio de 1855 al secretario norteamericano Marcy, dice: “Francia e Inglaterra están en cooperación con el partido de los negros, encabezados por Báez, con miras de convertir la isla entera en una dependencia (colonial) africana.”²³

Sánchez y Luperón no fueron ajenos a estas acusaciones. Es decir, que el color muy tostado, además de ser poco valorizado socialmente, implicaba para ciertas potencias colonialistas —cuyo mercado era necesario a la burguesía compradora dominicana— relaciones políticas o ideológicas con Haití, la primera república negra que había desafiado al colonizador.²⁴ La ideología racial de las clases dominantes se propuso entonces, con el mito del indio, hacer olvidar los orígenes negroafricanos de los dominicanos.

IV. EL MITO DEL INDIO

En las primeras décadas del siglo XIX la inteligencia dominicana, originaria de la clase de las grandes familias hispanistas (propietarias de esclavos o comerciantes) —muchas de ellas en el exilio desde la invasión de Desalines—, fue una prolongación o una ré-

²² *Ibid.*

²³ Welles, *op. cit.*, p. 155.

²⁴ De ahí la frase famosa de Lord Palmerston, ministro inglés, quien dijo que “las grandes potencias no estaban dispuestas a permitir que la raza negra de Haití, subyugara al pueblo dominicano de *origen español*”.

plica de lo europeo y, sobre todo, de lo español. No obstante, en la última década del siglo XIX, el educador puertorriqueño Eugenio María de Hostos, introdujo en Santo Domingo el pensamiento positivista, el cual significó un progreso. En efecto, opuso a la educación esclerosada, inspirada en el dogma católico, una corriente racionalista y antidogmática. Lo que es más, el grupo de discípulos de Hostos, oriundo de las clases medias urbanas, constituyó una de las primeras generaciones de intelectuales "americanistas".

Los hermanos Angulo Guridi se encuentran entre los iniciadores de la novelística indigenista en América del Sur. Poetas como José Joaquín Pérez (1845-1900) y Salomé Ureña (1850-1897), fueron educadores que elevaron un culto a la civilización americana y secundaron a otros latinoamericanos en la búsqueda de una forma de expresión propia frente al español. Sin embargo, esta inteligencia *mulata* consideró el aporte negro como "bárbaro" o degradante, ignorándolo sistemáticamente.

Los dominicanos produjeron con la novela "Enriquillo" (Manuel de Jesús Galván) y los poemas de José Joaquín Pérez ("Fantasías Indígenas") obras notables, inspiradas en la tragedia del aborigen después del arribo de los conquistadores. De tal manera que, como decía Pedro Henríquez Ureña, "las mejores obras de asunto indígena se han escrito en países como Santo Domingo y el Uruguay, donde el aborigen de raza pura persiste apenas en rincones lejanos y se ha diluido en recuerdo sentimental. El espíritu de los hombres flota sobre la tierra en que vivieron y se le respira", continúa Henríquez Ureña citando a Martí.²⁵

En efecto, para las clases medias y superiores dominicanas, hispanistas o indigenistas, era menos comprometedor respirar el espíritu de los indios que el olor del sudor del negro que trabajaba en los campos de caña.

Por otra parte, era más honorable tener como antepasado —junto al español— a la bella princesa Anacaona y al bravo cacique Enriquillo, "la primera rebeldía consciente y organizada de América contra España" —haciendo abstracción, claro está, de los negros cimarrones que lo acompañaron en esa rebeldía. El negro era el haitiano, el inculato, el peón, el desempleado. Formaba parte de una realidad social y cultural que el mulato alienado quería superar. De allí que esta literatura fuese vacía de sentido, pues no expresaba la realidad afroamericana de los dominicanos.

²⁵ Henríquez Ureña, "Seis Ensayos en Busca de Nuestra Expresión", Buenos Aires, 1921, *Selección de ensayos*, Casa de las Américas, La Habana, 1965.

Así comenzó una mistificación progresiva. Paulatinamente, el lenguaje cotidiano se adoptó a esta ideología racial y, los mulatos que no podían pasar por blancos, se llamaron indios. Bonó fue uno de los pocos que pusieron en evidencia el carácter afroamericano de los dominicanos. En una carta dirigida a Luperón el 30 de diciembre de 1887, escribe:

...no juzgo ni acuso, pero bueno es que el gobierno que nos rija sacuda un poco las vetustas aunque modificadas ideas del coloniaje español, que tanto campea en los consejos del gobierno, tan luego éste se encuentre instalado definitivamente en la ciudad de Santo Domingo y se ponga a pensar con seriedad *en los destinos que la Providencia reserva a los negros y mulatos en América*. Estos destinos desde ahora son manifiestos, dado el número actual de esta raza, y la isla de Santo Domingo creo, está llamada a ser el núcleo, el modelo del engrandecimiento y personalidad de ella en este hemisferio.²⁶

Con esta carta Bonó fue uno de los precursores de los movimientos que reivindicaron al África en el Caribe. Su visión histórica y sociológica fue demasiado avanzada para la sociedad en la cual vivió. Prueba de ello es que, aparentemente, de acuerdo con las ideas de Bonó, Luperón no comprendió lo que esta carta significaba: una toma de conciencia racial y cultural de la realidad afroamericana de los dominicanos.

Ello explica por qué, tratando el punto de las razas, Luperón escribe:

...habiendo casi desaparecido los aborígenes, la población de la isla está formada de dos razas tan distintas por su origen y semblante como por sus costumbres y preocupaciones. Son éstas la europea y la africana que, al cruzarse entre sí, han producido otra raza mixta que participa de ambas, según la preponderancia de una u otra sangre, *la cual tiende por la ley de los climas a volver a la primitiva de la isla.*²⁷

Este texto es sumamente interesante, pues es uno de los pocos que trata de justificar, utilizando argumentos biológicos, el por qué de las clases superiores mulatas dominicanas.

²⁶ *Papeles de P. F. Bonó*, recopilados por Rodríguez Demorizi, p. 560, Editora del Caribe, por A. Santo Domingo, 1964.

²⁷ Luperón Gregorio, *op. cit.*, vol. I, p. 27.

Cuando un caudillo tan avanzado para su época como Luperón, negro ilustre, se expresa en estos términos al final del siglo XIX, demuestra que las clases dominantes aliadas a un sector de las clases medias intelectuales, habían realizado una obra extraordinaria de mistificación cultural. Su ideología racial había sido aceptada aun por los sectores progresistas. Los dominicanos estaban convencidos de ser blancos o indios. Ya un observador norteamericano —el señor Green— enviado en 1889 por su gobierno comentaba; “no es raro oír a un negro dominicano decir al ser tildado por su color; —Sí soy negro, pero negro blanco”.²⁸ Esto serviría para marcar más sus diferencias frente a Haití que era un pueblo de negros.

La represión del vudú

El factor cultural pasó a desempeñar, junto al racial, un papel importante en el desarrollo del prejuicio. Todas las manifestaciones culturales de esencia africana fueron consideradas salvajes y por ende haitianas. El vudú fue atacado por las clases dominantes y se votaron leyes que lo prohibieron; es decir, se creó un mecanismo de “defensa cultural” ejercido por los mulatos hispánicos o indigenistas que utilizaba las leyes, la literatura, los periódicos, y más tarde las fuerzas policíacas, para reprimir toda manifestación cultural afroamericana.

Las “élites cultas” se sumaron a esta campaña. José Antonio Alix (1833-1918), poeta popular, quien escribía con el lenguaje de los campesinos y obreros del Cibao, en su obra “Diálogo entre un dominicano y un haitiano”²⁹ pone en boca del pueblo la discriminación cultural que los grupos dominantes ejercían contra el vudú.

Los periódicos comenzaron a publicar artículos contra ese rito africano. En la misma época en la que se hablaba de la tragedia del indígena, se negaba al negroafricano, asimilándolo al haitia-

²⁸ Welles, *op. cit.*, p. 108.

²⁹ J. Antonio Alix, “Décimas”:

Yo salí de Jicomé
y he benío a Lajobón
pa bei si jalle ocasión
de cantar con un mané
Que saiga cuaiquier musié
pa que bea si soy letrao
poi bini con piquería
la acabo su brujería
poi Dio con ete encabao.

no. Este era un salvaje antropófago "...esas espantosas causas que en tiempo de Gefrard, y ahora no hace muchos días, aterro- rizan al mundo civilizado y arrojan al mayor descrédito sobre el hombre haitiano. En pleno siglo XIX, en medio de las Antillas, aún se come carne humana"³⁰ No es nada extraordinario encontrar en los periódicos dominicanos de esa época titulares como éste: "Acusan haitiano comer niño". El mito del haitiano antropófago, creado por las clases dominantes, se expandió entre los campesinos y los obreros agrícolas dominicanos, y es uno de los argumentos que sustenta su antihaitianismo.

No obstante, es indudable que los campesinos dominicanos participan en el rito vudú (en Palma Sola) por ejemplo y otros ritos de origen africano como La Hermandad del Congo.³¹ Es decir que la alienación cultural lograda con la educación, sólo alcanza las diferentes capas de las clases medias y superiores. Los campesinos y los obreros agrícolas conservan en su seno remanentes de ese pasado cultural que las clases dominantes quieren borrar de su memoria colectiva.

Para prevenimos de la "paranoia" religiosa occidental, nosotros, dominicanos, no podemos hacer otra cosa *sino seguir los consejos de haitianos tan eminentes, haciendo de nuestros servicios de policía el uso que las circunstancias nos reclamen con dureza y sin miramientos sentimentales*. Hasta hace 25 años el pueblo dominicano mantenía inalterable la unidad católica pura de sus sentimientos religiosos. Si nos ponemos a considerar ahora el arraigo creciente que va tomando en nuestros *medios bajos de población* el ejercicio de la monstruosa práctica del vudú, caeremos en la cuenta de que si no actuamos con mano dura y ánimo fuerte, llegará el momento en que el mal será irremediable entre nosotros tal como lo es del otro lado. No hay gobierno en el mundo genuinamente culto y civilizado que no tome providencias decisivas contra amenaza tan seria, tan vital. Es posible que se nos censure a nosotros dominicanos el que, urgidos por un simple dictado de propia conservación, *nos dediquemos a combatir elementos subversivos de nuestra misma esencia nacional*.³²

³⁰ Periódico *El Orden*, núm. 32, Santiago de los Caballeros, marzo, 1875.

³¹ "Among the various cults practiced in the rural areas are the Liboresta cult... and the Brotherhood of Congo", Roberts, T. D., *Area Handbook for Dominican Republic*, American University, diciembre 1966.

³² Peña Batlle, Manuel Arturo, "Discurso Pronunciado en Villa Elías Pina", *Diario La Nación*, Ciudad Trujillo, 18 de noviembre de 1952, pp. 3, 5, 6 y 8.

Este texto de Peña Batlle, como otro que analizaremos más adelante, delata los elementos del prejuicio frente al vudú.

a] Es ante todo un prejuicio racial y cultural. Batlle se acerca a los postulados de las “élites cultas” haitianas que durante años reprimieron esas manifestaciones “salvajes y supersticiosas” de esencia africana. Es decir, había que impedir a un pueblo su “cimarronaje cultural e ideológico”, que le había servido a través de la historia para conservar su identidad de pueblo y hasta de clase, frente a los grupos dominantes.

b] *Alienación cultural*. Para las clases superiores y medias, los dominicanos eran un pueblo de esencia hispánica y cristiana. Todos los signos de aculturación formal con alguna religión africana se debían a las influencias haitianas. Lo que es más, todas las manifestaciones culturales africanas eran subversivas y no podían ser sino haitianas. Como vemos, la alienación de esa clase la lleva hasta olvidar una parte de su pasado cultural traumatizante, proyectándose a los haitianos.

V. EL PAPEL DE LOS HISTORIADORES EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

“El profundo movimiento de la historia de nuestros días, —dice Fernando Braudel—, si no me equivoco, no consiste en escoger entre los diferentes caminos y puntos de vista sino de aceptar, de añadir estas definiciones sucesivas en las que uno en vano trata de encerrarse. Porque todas las historias son nuestras.”³³

Los intelectuales dominicanos establecieron los marcos ideológicos de los cuales se sirvieron las clases dominantes para justificar su antihaitianismo. Dividiremos a estos intelectuales en dos grupos. En primer término, un grupo activo que llevó a las escuelas y a las universidades el antihaitianismo como uno de los componentes de su ideología racial. En segundo lugar, un grupo pasivo que, como diría Césaire, fue paradójicamente hablador y mudo. Este grupo alienado culturalmente, nunca reivindicó al África en sus obras, porque ésta era sinónimo de inferioridad racial y cultural o de haitianismo.

La República Dominicana es uno de los raros países afroamericanos que no fue sensibilizado con ninguno de los movimientos

³³ Braudel Fernand, “Histoire et Sociologie” en Gurvitch, Georges, *Traité de Sociologie*, PUF, París, 1958, pp. 83-98.

negros que significaron una toma de conciencia racial y cultural. La ausencia de un movimiento afrodominicano es doblemente aberrante, pues la mayor parte de la inteligencia es negra o mulata.

Donde más se delata la alienación cultural de los intelectuales dominicanos es en la literatura. En efecto, la música popular, expresión de todas las clases y sobre todo de las capas inferiores, le canta a las bellas mulatas y a los negros de los bateyes. En las artes plásticas como la pintura, el aporte africano aculturado se manifiesta —aunque tímidamente— en los temas: mercados antillanos, “marchantes”, braceros, y en la explosión de los colores y de las formas.

Sin embargo, en la novelística, en la poesía y en el ensayo, la inteligencia dominicana no se enfrenta, como lo hicieron los antillanos —Guillén, Jacques Roumain, Césaire, Damas, Alexis, Price Mars, Fanon y Depestre—, a las formas del colonialismo intelectual alienante que ignora el África, ni a las bases teóricas que lo sustentan. Los escritores, los poetas dominicanos, salvo raras excepciones, continúan utilizando los símbolos y las imágenes que la clase dominante adoptó de los europeos, alimentando la ideología racial de los grupos en el poder. Por ejemplo, una bella mulata es una “india” descendiente de Anacaona. Hay que cantarle a los cabellos de oro y a los pechos sonrosados.

El grupo activo que nos interesa particularmente en este trabajo, utilizando no sólo la enseñanza, sino todos los medios de comunicación de masas, continuó la tarea de mistificación cultural, provocando que las clases inferiores de la estructura clasista dominicana adoptaran esos valores para justificar su actitud frente al haitiano.

Dentro del grupo activo, los historiadores desempeñaron el papel más importante. Provenientes de las capas superiores de las clases medias urbanas, muy ligadas a la burguesía compradora y a los grandes propietarios, este sector debía explicarse y explicar los orígenes de la nación dominicana en “esencia”. Para realizar esa obra se sirvieron de la ideología de su clase y de su generación. Toda sociedad es única, aun cuando muchos de sus componentes sean tradicionales; se explica fuera de su tiempo, sin duda, aunque también pueda explicarse desde su propio tiempo.

Hispanistas o indigenistas tuvieron un punto de partida común. La separación se hizo contra el haitiano; había pues que afirmarse frente a éste. De ahí que la “esencia nacional hispánica o indoamericana de los dominicanos”, debía defenderse de las

influencias “perniciosas y salvajes” de la cultura haitianoafricana.

Muy pocos han sido los historiadores dominicanos que han realizado obras sólidas; el diletantismo de los intelectuales dominicanos se delata aun en este campo. Es por ello que la frase de Francois Dealencour:⁸⁴ “En Haití la mayor parte de los intelectuales confunden el romanticismo histórico con la historia ya que, hasta escribir un pequeño artículo sobre un tema histórico, sirve para cubrirse con el título de historiador” —puede muy bien aplicarse al grupo de los historiadores dominicanos. Para analizar la evolución del antihaitianismo en la primera mitad de este siglo, citaremos tres historiadores que hicieron época y escuelas: José Gabriel García, el padre de la historia moderna dominicana, Américo Lugo y Manuel Arturo Peña Batlle. Los historiadores de la segunda mitad de este siglo están representados en una encuesta realizada en forma de entrevistas, en la cual nosotros escogimos a diez historiadores dominicanos vivos, representativos de las dos tendencias que se manifiestan en la historia y en la historiografía dominicana frente a los haitianos.

El antihaitianismo comienza a manifestarse en los manuales de historia dominicana con José Gabriel García (1834-1910)⁸⁵.

...las comarcas fronterizas, víctimas de especulaciones ruinosas que las han convertido en tributarias de Haití, a ciencia y paciencia de los gobiernos dominicanos que, ocupados en sus querellas opositoras, las han visto con la más grande indiferencia y las han mantenido en el mayor abandono hasta ir las dejando perder *la pureza del idioma y la moralidad de las costumbres*.

Como vemos en la obra de García, y veremos más adelante, el grupo de las clases superiores dominicanas que históricamente ha tenido los antagonismos económicos más importantes con los haitianos son los comerciantes, la “burguesía compradora”. En efecto, los comerciantes dominicanos de la zona fronteriza estaban afectados por el contrabando de bienes de consumo —generalmente de fabricación francesa— y de productos agrícolas, que eran más baratos que los dominicanos. Además, en ese mercado semi-clandestino, la moneda haitiana circulaba libremente a la par con la dominicana. El sector nacionalista de la “burguesía comprado-

⁸⁴ Citado por Lepkowski, *Haití*, vol. 1, Casa de las Américas, La Habana, 1969.

⁸⁵ Gabriel García, José, *Historia moderna de la República Dominicana* (1865-1876), s.f.e., Santo Domingo, 1906, pp. 143-144.

ra” se sentía afectada en sus intereses. A este factor económico se vincula, en la obra de García, el prejuicio cultural. Era necesario para este hispanista conservar la pureza del idioma español y la moralidad de las costumbres, frente a la libertad excesiva y a los ritos salvajes de los haitianos.

El antihaitianismo manifiesta toda su violencia, descubriendo el origen profundo del prejuicio racial y cultural ante lo africano, en la obra de Américo Lugo (1870-1952): “...mientras el gobierno no esté en condiciones de *desafricanizar* las fronteras difundiendo la instrucción por todos los ámbitos de la República, no debe desoír el clamoroso ruego de los que, como Julián de los Reyes, son víctimas del estado de insalubridad moral de esas regiones”.⁸⁶

Para Américo Lugo, lo esencial era desafricanizar el país. Es digno de notar que ni siquiera utiliza la palabra haitiano. Como esta es sinónimo de africano, Lugo utiliza la segunda acepción, la más contundente, para que los dominicanos tomen conciencia del peligro que los amenaza: la africanización del país. Él sabía que esa ideología racial no se basaba en ningún criterio biológico o cultural objetivo, pues en la exposición que hizo ante la Suprema Corte defendiendo a Julián Reyes, acusado de cometer un crimen bajo los efectos de creencias supersticiosas, dice:

*...no basta que vosotros digáis que las leyes son obligatorias, porque ni ellos en su mayoría son seres susceptibles de comprender lo que es ley, ni se podría establecer siquiera que son efectivamente dominicanos, por hallarse completamente haitianizados y ni siquiera haitianizados, sino africanizados, por virtud de la fatal regresión del individuo a sus orígenes en cuanto queda abandonado a sí mismo.*⁸⁷

Es decir, Lugo admitía los orígenes africanos de los dominicanos, pero en su concepción ideológica aristocrática. Como los dominicanos no habían tenido el privilegio de pertenecer (a semejanza de las naciones europeas) a un grupo étnico superior, había que superar ese pasado vergonzoso, por lo que una “élite” debía vigilar y guiar esa superación. Sólo era dominicano quien adquiriría una cierta cultura: la del hispánico. Es decir, había que renunciar a una parte de su identidad para asimilarse al modelo por exce-

⁸⁶ Américo Lugo, julio, 1907, en la Suprema Corte de Justicia, en Peña Batlle, Manuel Arturo, *La Frontera de la República Dominicana con Haití*, Editorial La Nación, Ciudad Trujillo, 1946, p. 89.

⁸⁷ *Ibid.*

lencia, el hombre blanco hispánico. De ahí que, para ese grupo, los haitianos fueran particularmente molestos. Sus influencias perniciosas estorbaban el camino hacia la civilización. Por otra parte, ese grupo de la inteligencia, del cual Lugo fue uno de los representantes más brillantes, asumió durante la ocupación norteamericana (1916) actitudes nacionalistas en contra de ésta, oponiendo al anglosajón la herencia hispánica de los dominicanos. Es indudable que si ellos hubieran buscado una parte de sus raíces en su pasado africano, un acercamiento con los haitianos se hubiera realizado. De hecho, en esa época, frente a los norteamericanos, los haitianos valorizaban su pasado africano, siendo precursores en el Caribe del movimiento de la negritud.

Por otra parte, las compañías azucareras —propiedad de los Estados Unidos— que se instalaron en la República Dominicana a fines del siglo XIX, se aprovecharon del racismo de las élites mulatas dominicanas para mantener los bajos salarios de los inmigrantes haitianos, y las condiciones precarias en los bateyes. Éstos no tenían ningún recurso frente a las leyes dominicanas. Cuando la importancia numérica de las inmigraciones produjeron un exceso de mano de obra en el mercado de trabajo, después de la intervención norteamericana (1915) y en 1927 durante el gobierno de Horacio Vázquez, se prohibió la entrada al país a los inmigrantes de raza negra y china.

VI. LA ERA DE TRUJILLO: EL ANTIHAITIANISMO, ELEMENTO CLAVE DE LA IDEOLOGÍA RACIAL

Para estudiar el periodo trujillista (1930-1961) se puede utilizar una parte del análisis marxista que concierne a Louis Bonaparte.

El régimen trujillista aparentemente no representaba ninguna clase social. Reprimió el desarrollo de una burguesía nacional independiente, debilitó a los latifundistas y controló a los comerciantes. Su burocracia mantuvo el monopolio absoluto en lo político y en lo económico. Durante su régimen el Estado no fue controlado por ninguna clase, "...la lucha pareció apaciguarse en el sentido de que todas las clases se arrodillaron igualmente impotentes y mudas ante las culatas de los fusiles".³⁸

³⁸ *Le 18 Brumaire de Louis Bonaparte*, en K. Marx y F. Engels, *Oeuvres Choisies*, t. I, 495, Edit. du Progrés, Moscú, 1970.

Sin embargo, Trujillo adoptó los valores de las clases dominantes, llevando al paroxismo su ideología racial.

El gran teórico de esta ideología en este periodo fue un historiador, cuya obra responde al mismo espíritu que la de Américo Lugo, Manuel Arturo Peña Batlle (1902-1954):

No hay sentimiento de humanidad, ni razón política, ni conveniencia circunstancial alguna, que puedan obligarnos a mirar con indiferencia el cuadro de la penetración haitiana. El tipo transportado de esa penetración no es ni puede ser el haitiano de selección, el que forma la "élite" social, intelectual y económica del pueblo vecino. Ese tipo no nos preocupa porque no nos crea dificultades; ése no emigra. El haitiano que nos molesta y nos pone sobre aviso es el que forma la última expresión social de allende la frontera. Ese tipo francamente indeseable, de raza netamente africana, no puede representar para nosotros incentivo étnico ninguno, desposeído en su país de medios permanentes de subsistencia es allí mismo una carga, no cuenta con poder adquisitivo y, por tanto, no puede constituir un factor apreciable en nuestra economía. Hombre mal alimentado y peor vestido, es débil aunque muy prolífico por lo bajo de su nivel de vida. Por esa misma razón el haitiano que se nos adentra vive infectado de vicios numerosos y capitales, y necesariamente tarado por deficiencias fisiológicas endémicas en los bajos fondos de aquella sociedad.³⁹

Este texto de Peña Batlle es un documento inapreciable para el investigador; todos los prejuicios y las orientaciones de la clase que él representaba están allí reflejados.

a] Prejuicios de clase: la clase alta, el grupo superior por su dinero o su cultura, se opone a la masa. En esta primera parte del prejuicio, las élites dominicanas se acercan a los grupos de las élites haitianas. Por su posición en la estructura social, aquéllos no discriminan a éstos.

b] Este prejuicio de clase se reafirma con el prejuicio racial y cultural. Las élites haitianas negras o mulatas son hijos de la cultura francesa, como decía Fanon.⁴⁰ El África se manifiesta con más fuerza dentro de las clases inferiores y estas manifestaciones son discriminadas.

³⁹ Peña Batlle, *La frontera...*, op. cit., p. 89.

⁴⁰ Fanon, Frantz, *Peau noire, masques blancs*, Edit. Senil, París, 1952.

c] *El factor económico* interviene en el antihaitianismo de Batlle. En efecto, para los grupos de la burguesía compradora, el haitiano no constituye ningún incentivo económico. Lo que éste ganaba iba a gastarlo a Haití o en las bodegas de los ingenios, propiedad de los Estados Unidos, dentro de los cuales se había establecido un circuito económico cerrado.

La fecha de ese discurso de Peña Batlle es también muy importante. Pues en 1942, aunque muy ligado a las compañías norteamericanas propietarias de los ingenios, el gobierno de Trujillo podía darse el lujo —por razones ideológicas— de levantarse contra las inmigraciones haitianas. No tenía aún el monopolio de la industria azucarera, pero lo obtuvo a raíz de la gran huelga azucarera de 1946. En efecto, atemorizados con esta huelga que los tocaba particularmente, los inversionistas extranjeros vendieron una buena parte de sus ingenios a Trujillo.⁴¹

Por otra parte, es digno de notar que, en 1935, la burocracia trujillista siguió el consejo de las clases superiores, quienes propugnaban la limpieza del país de las influencias haitianas. El sistema trujillista utilizó el único medio rápido de limpieza que conocía; el resultado fue el genocidio de 35 mil haitianos. Éste fue justificado por la ideología racial existente pues “Haití en su conjunto dista mucho de la órbita de nuestra civilización. La masa inmensa de su población yace, no sólo en la más absoluta ignorancia y miseria material y moral, sino en gran parte en plena animalidad”. Sin embargo, los ingenios necesitaban la mano de obra haitiana. El campesino y el desempleado dominicano no soportaban las condiciones de vida de los bateyes. Además, gracias a la difusión de la ideología racial de las clases dominantes, éstos veían en el trabajo efectuado por el haitiano algo degradante, socialmente desvalorizador. Ante ello, las inmigraciones haitianas continuaron, pero esta vez controladas por el régimen de Trujillo. Con ese propósito, la delimitación de la frontera dominico-haitiana fue una tarea de necesidad imperiosa. Había que marcar claramente dónde comenzaba lo dominicano. El problema fronterizo fue solucionado en 1936. La muerte de Trujillo (1961) no produjo ninguna transformación decisiva en la actitud de la burocracia estatal frente al haitiano.

En 1963, durante el gobierno del Consejo de Estado (primer

⁴¹ Cfr. Lil Despradel, “Introduction a l’Étude des syndicats de l’Industrie sucrière de la République Dominicaine”, *Aspects du syndicalisme en Amérique Latine*, Institut de Sociologie, Bruxelles, 1969.

gobierno en el que, después de 31 años, las clases superiores reconquistaron el monopolio del poder político y económico), bajo pretexto de sofocar un "foco trujillista" donde se ejercían prácticas salvajes, en el pueblecito fronterizo de Palma Sola, el ejército dominicano masacró cientos de negros haitianos y dominicanos. Las víctimas practicaban el vudú, y Liborio, el guerrillero negro legendario, que durante la intervención norteamericana (1916) se había enfrentado a los Yanquis, regresaba convertido en loa Petro.* De allí que a la represión tradicional del vudú, se vinculara un factor político muy importante; para las clases dominantes era necesario aplastar ese "foco salvaje" que podía degenerar en revuelta social.

VII. LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

Aunque vigente en todos los sectores de la estructura clasista dominicana, el antihaitianismo no presenta la violencia explosiva de hace veinte años. Las evoluciones socioeconómicas de ambos pueblos han determinado que se mitigara.

La toma de conciencia cultural, algo retardada, de la identidad afroamericana, resentida por la vanguardia intelectual dominicana y el enfrentamiento directo con el imperialismo (1965), exacerbó el nacionalismo de los dominicanos, pero esta vez, no se definió frente al haitiano ni buscó su "esencia nacional" en su pasado hispánico ni indioamericano. La colaboración de combatientes haitianos junto a los dominicanos en la guerra de 1965, y la toma de conciencia de un pasado cultural común, de un presente y un futuro que se definen en relación con un adversario común, el imperialismo, acercó a dominicanos y haitianos.

Este acercamiento tiene repercusiones hasta en la actitud de los grupos tradicionalmente antihaitianos, que en épocas anteriores manifestaron un antihaitianismo exaltado. En efecto, nosotros entrevistamos a diez historiadores dominicanos representativos de las dos actitudes fundamentales frente al haitiano: la discriminación que originó el prejuicio y el acercamiento que tiende a eliminarlo.

El primer grupo, que llamaremos tradicional, cuya edad varía entre 62 y 85 años, está constituido por los historiadores más viejos, aquellos que pertenecían a la generación de Peña Batlle. Éstos son los ideólogos de las clases dominantes. Con sus obras históricas

* Divinidad afrohaitiana del vudú que simboliza la lucha.

ellos alimentaron durante años la ideología de las clases superiores: miembros de la Academia de Historia, profesores universitarios, secretarios de Estado. Sus respuestas y los matices de éstas indican la evolución del antihaitianismo dentro del *establishment*, desde las posiciones extremistas de Peña Batlle, hasta las actitudes mitigadas de nuestros días.

El grupo progresista está formado por más jóvenes historiadores cuya edad varía entre 34 y 57 años; ellos son generalmente profesores universitarios. Sus posiciones representan la corriente progresista de la clase media profesional dominicana y un sector —poco importante— de la burguesía nacional. Este grupo todavía no ha escrito obras fundamentales, pero se ha manifestado por medio de artículos de crítica histórica y en sus cátedras universitarias.

Ambos grupos están constituidos mayoritariamente por licenciados o doctores en Derecho. Esto se explica porque las licenciaturas en otras ciencias humanas, salvo filosofía, no estaban desarrolladas en la Universidad de Santo Domingo, la única universidad del país durante varios siglos. Para las personas que se interesaban en las otras ramas de las ciencias humanas, el título de licenciado o de doctor en Derecho era una introducción. A partir de éste, mediante estudios en el extranjero o por autodidactismo, se seguía la orientación que el interés o la vocación escogiera pues, como dice el historiador Braudel: “todas las ciencias sociales se contaminarán las unas a las otras.”⁴²

Las preguntas esenciales planteadas en la entrevista fueron:

a] Según usted ¿cuáles fueron los factores que provocaron la independencia de 1844.

b] ¿Existe una actitud antihaitiana en la República Dominicana? Explicar sus causas.

c] Para usted ¿qué es el vudú? ¿Cuál es su actitud hacia ese tipo de ceremonia?

d] ¿Constituyen los haitianos una amenaza para nuestra identidad de nación?

e] ¿Piensa Uud. que una futura unidad de la isla sea posible?

Las respuestas* nos indican dentro del *grupo tradicional*:

a] Nacionalismo defensivo como lo expresaban las generaciones del siglo XIX.

⁴² Braudel, *op. cit.*, p. 83 y ss.

* Las respuestas a estas entrevistas, que venían en anexo de la presente ponencia no pudieron ser publicadas debido a su extensión.

b] Su actitud hacia el vudú, salvo una respuesta, es tolerante; la actitud represiva o discriminatoria de otros tiempos no se manifiesta en sus respuestas.

c] Mantienen sus reservas frente a las inmigraciones haitianas, proyectando en el haitiano todas las “deficiencias” culturales, falta de salubridad, etcétera, que posee también el campesino y el obrero agrícola dominicano.

d] Su racismo delata, en la mayoría, un prejuicio clasista y su alienación cultural; el haitiano que ellos discriminan, el “africano”. Esa posición está acorde con la que mantiene el sector de la “burguesía compradora” —que no tiene intereses económicos en la industria azucarera— quien tocado por el contrabando, propugna el mantenimiento del cierre de las fronteras (realizado en 1960) y además presenta proyectos de leyes que prohíban las importaciones de braceros haitianos:

e] La unidad de la isla es imposible para este grupo, aquí también ellos siguen la orientación del pensamiento del siglo XIX.

Dentro del grupo progresista:

a] El nacionalismo defensivo desaparece. Sin embargo insisten en las particularidades de los dos pueblos, en las diferencias de idioma, costumbres, etcétera.

b] El racismo es inexistente dentro de ese grupo; de allí que no vean ningún peligro en las inmigraciones haitianas.

c] Su actitud hacia el vudú es tolerante.

d] Creen que una futura unidad de la isla es posible. Esta idea refleja el optimismo de su generación, muchas veces matizado de idealismo.

La comparación de estas dos generaciones de historiadores —la que creó y mantiene los mitos que no exigen, como dijera Malraux, la complicidad de nuestra razón sino la de nuestros instintos, en este caso las aspiraciones colectivas del mulato dominicano; y por otra parte, la que trata de destruirlos con una toma de conciencia cultural desalienante— nos permite terminar este artículo con una nota de esperanza.

DESARROLLO Y DESCOMPOSICIÓN DE LA ECONOMÍA DOMINICANA

Arismendi Díaz Santana

El desenvolvimiento económico, político y social de nuestro país en los últimos años y el actual estancamiento económico plantean, a manera de desafío, a los estudiosos de la economía y demás ciencias sociales la tarea de la investigación de las causas reales, objetivas, que determinan tal situación. El carácter general de la crisis impone esta tarea no como un ejercicio intelectual destinado a crear currículum o a provocar inquietud en los círculos intelectuales, sino como una tarea de gran importancia para el presente y futuro desarrollo económico y social del país. Es evidente que en la medida en que comprendamos las leyes que determinan la actual situación lograremos resolverla con la mayor rapidez y al menor costo social. Tenemos la brillante oportunidad de contribuir a imprimirle un verdadero carácter científico a la actividad política. He ahí la importancia histórica del estudio científico de nuestra realidad económico-social.

El desarrollo de los problemas actuales de nuestra economía se inició desde hace mucho tiempo. Podríamos decir que desde los tiempos de la colonia, aunque toman su forma actual a partir de la ocupación norteamericana en 1916. Por esta razón, para los fines de este trabajo partimos de ese acontecimiento, haciendo especial énfasis en el análisis del período 1950-1968, período para el cual se dispone de series estadísticas más o menos coherentes. A propósito de estadísticas es bueno señalar que las que empleamos en el presente estudio son todas oficiales —las cuales son de relativa confiabilidad, por razones obvias— a precios constantes a fin de aislar el efecto de las variaciones de los precios a través del tiempo.

Este trabajo no pretende estudiar todos los problemas planteados por la crisis nacional que vivimos actualmente, sino exclusivamente en la medida en que sirvan para explicar ésta.

Para llegar comprender la situación actual tenemos que despo-

jar la economía de los velos con los que las clases tradicionales intentan encubrirla. En este sentido tenemos que hacer un *strip-tease* a nuestra economía.

I. DESARROLLO DEL MODELO ECONÓMICO TRADICIONAL: 1916-1961

Con la ocupación de las tropas norteamericanas, en nuestro país se inicia el proceso de unificación de la actividad económica hasta entonces dispersa y carente de comunicación adecuada entre una región y otra. Este aislamiento es propio de una economía natural con poco desarrollo del mercado interno. En la tarea de unificación y centralización de nuestra economía, desempeñaron un papel relevante la construcción de ferrocarriles que unían las diversas regiones del país y la creación de la guardia nacional con autoridad en todo el territorio nacional.

Por otra parte, la ocupación norteamericana sirvió para orientar el comercio exterior del país hacia el mercado estadounidense. Con este efecto los interventores modificaron el régimen arancelario. Melvin M. Knight señala: "Casi todos los doscientos cuarenticinco artículos libres de derechos, más setecientos que pagaban derechos reducidos, favorecían los productos americanos." Muestra además los efectos de esta modificación arancelaria de la forma siguiente: "Bajo la vieja tarifa, en 1919, solamente habían sido importados \$ 349 677 en calzado. En el año 1920, esas importaciones subieron a \$ 1 555 801, de las cuales 98% vino de Estados Unidos, Puerto Rico y las Islas Vírgenes, y así, una industria que prometía ser importante en Santo Domingo, fue arruinada."¹

Hasta entonces las relaciones comerciales de la República Dominicana se realizaban fundamentalmente con Europa, principalmente con Inglaterra, Francia y España. Ello explica por qué grupos de la oligarquía tradicional se opusieron a la intervención de 1916 y a las medidas destinadas a dirigir nuestro comercio exterior hacia Estados Unidos. Al desviar de su cauce natural nuestro comercio, los yanquis entraron en contradicción con la oligarquía tradicional, negándola y teniendo que apoyarse en otro grupo. De ahí surgió el trujillismo como sector dominante, formado por un grupo de incondicionales de los yanquis procedentes de los estratos sociales medios y por los grupos de la oligarquía tradicional que se plegaron al trujillismo.

¹ Knight, Melvin M., *Los americanos en Santo Domingo*, Edit. Listin Diario, Santo Domingo, 1939, p. 131.

Ya para 1924 nuestras importaciones procedentes de Estados Unidos representaban 67.7 por ciento del total, fluctuando entre los años 1924-1939 entre 50 y 68 por ciento. Además, estas importaciones se concentraban en los renglones claves (maquinarias y aparatos, productos químicos y farmacéuticos, hierro, automóviles, gasolina, etcétera). Las exportaciones dominicanas al mercado americano sólo alcanzaban 30.7 por ciento en 1924, variando entre 17 y 33 por ciento durante el periodo 1924-1939.² Como se ve, hasta 1939 las exportaciones a Estados Unidos sólo alcanzaban una tercera parte del total. La segunda guerra mundial determinó la orientación definitiva de nuestras materias primas hacia el mercado norteamericano. Esta situación contribuyó en gran medida a la consolidación económica de Trujillo y al debilitamiento de los grupos que mantenían lazos económicos con los países de Europa (oligarquía tradicional). La orientación del comercio exterior dominicano hacia Estados Unidos consolidó al trujillismo, el cual pasó a formar parte del nuevo mecanismo mundial imperialista.

Durante la década del 40 los buenos precios de las exportaciones permitieron acumular importantes recursos. Éstos fueron empleados en la instalación de industrias para las cuales existía mercado interno. Las facilidades para la instalación de estas industrias aumentaron debido a las dificultades en el comercio internacional creadas por la guerra. Además, el excedente creado en el comercio exterior contribuyó a financiar las demás actividades económicas del país.

De lo anterior se desprende que uno de los principales factores dinámicos de la economía dominicana fue el excedente producido por los buenos precios de las exportaciones.

El crecimiento industrial que se inició al calor de la segunda guerra mundial encierra una serie de características que es necesario ponderar para comprender el proceso económico dominicano. Veamos:

En primer lugar, el crecimiento industrial se operó creando un salto de la producción primaria artesanal a la producción industrial, prácticamente sin pasar por la etapa de la producción manufacturera, la cual representa históricamente un proceso intermedio. En el proceso de desarrollo capitalista de los países europeos y de Estados Unidos, la manufactura —modo de producción que se caracteriza por el uso intensivo de mano de obra por un lado,

² Comisión Arancelaria de Estados Unidos, *Comercio exterior de América Latina*, informe núm. 146; capítulo sobre la República Dominicana.

y poco capital por el otro, debido al poco desarrollo de las fuerzas productivas— permitió la incorporación a la actividad económica de la casi totalidad de la mano de obra. Éste es un paso necesario para un país como el nuestro si quiere lograr un desarrollo económico y social armónico y sostenido. La gran ocupación que crea la manufactura permite ampliar el mercado interno en tal forma que garantiza un crecimiento industrial amplio. Como nuestro país, en sentido general, no pasó por esta etapa —como casi toda América Latina— los efectos del crecimiento industrial fueron limitados.

En segundo lugar, para que se produzca un amplio crecimiento industrial, es decir, capitalista, es necesario superar el modo de producción feudal. En el caso latinoamericano, y en el nuestro en particular, lejos de producirse este proceso lógico, se injertó, dentro del marco feudal de nuestra economía, el proceso de industrialización. De la misma forma en que no puede crecer y desarrollarse el maíz y el plátano en la maleza de la selva, el crecimiento industrial amplio y sostenido no es posible en el marco de una economía que mantiene a 70 por ciento de la población al margen del mercado. Por esta razón, dicho crecimiento tiene que ser débil y deformado, y la burguesía industrial será también débil y deformada en su desarrollo. Porque ella tenga estas características no podemos negar su existencia de la misma forma que el padre no puede negar la existencia del hijo porque éste sea tullido.

En tercer lugar, la falta de un mercado interno amplio es compensada en nuestros países con subsidios y exoneraciones a la actividad industrial. Sin la protección estatal a la industria ésta no se desarrolla en el marco de nuestra economía. Por un lado, se hace necesario concederle grandes exoneraciones a la importación de materias primas debido a que la estructura agraria de tipo feudal vigente es incapaz de producirla en grandes cantidades, baratas y de buena calidad. Por otro, la exoneración del impuesto sobre la renta industrial, junto a las múltiples evasiones al fisco, representan una compensación por la falta de un mercado amplio. En realidad estos privilegios son un medio de conformar a los industriales para evitar que sientan la necesidad de modificar el *statu quo*. De esta forma la burguesía industrial se beneficia de la estructura semifeudal vigente y se va ligando a ella poco a poco, enajenando sus intereses de clase. Ello explica por qué la burguesía industrial no ha podido desarrollar una concepción política que le permita dirigir el proceso social dominicano. Este grado de ena-

jenación no se da en el pequeño industrial y en el artesano debido a que éstos, como poseen pocos recursos e influencia política, no gozan de las exoneraciones y demás privilegios de que gozan los grandes industriales.

En cuarto lugar, otra razón que frena el desarrollo de una clara conciencia de clase de la burguesía industrial es la poca integración interindustrial que crea este tipo de crecimiento. Como existen muchas facilidades para importar materias primas y maquinarias se reduce considerablemente la demanda interna de una industria a otra, es decir, existe un bajo grado de complementación entre una industria y las demás. La ligazón de nuestras industrias es generalmente mayor con el exterior que con las demás; asimismo, la ligazón política de la burguesía industrial con el exterior es mayor que con los otros grupos internos.

En quinto lugar, la burguesía industrial creció al amparo de la protección estatal y no, como en los países típicamente capitalistas, en base a la competencia en el mercado. Este proceso da como resultado una clase industrial fogueada en la lucha del mercado, capaz de renovar métodos del trabajo, técnicas productivas, de emprender empresas riesgosas, de comprender las características del mercado y de sobreponerse a circunstancias adversas. El tipo de crecimiento industrial con una alta protección estatal y un pequeño mercado impide que nuestro industrial se forme una verdadera conciencia capitalista, privando en él una visión mercantilista. Como el profesor Bosch mide a la burguesía industrial dominicana por el modelo europeo llega a afirmar que ésta no existe. Pero sí existe, aunque su proceso de formación haya sido anormal y limitado, distinto al europeo o al norteamericano.

En sexto lugar, el bajo nivel de los salarios industriales es otra forma de compensar la estrechez del mercado interno. Pero, aunque parezca paradójico, los bajos salarios reducen aún más el tamaño relativo del mercado frenando el propio desarrollo industrial y el de toda la economía.

En resumen, este tipo de crecimiento industrial dentro del marco feudal de nuestras economías —modelo de crecimiento típico de las economías subdesarrolladas— se acomoda a los intereses internos y externos que quieren mantener el *statu quo*. Lleva en sí las contradicciones que determinarán un crecimiento limitado, dependiente y deformado de nuestra economía.

Veamos ahora concretamente cómo se manifiestan estas contradicciones. El crecimiento del producto industrial fue, en el periodo

1950-1958, superior al de la demanda final, lo cual permitió que su participación pasara de 14,8 por ciento a 16,0 por ciento del producto total. Sin embargo, la composición interna no experimentó importantes variaciones. Las industrias más típicamente productoras de bienes de consumo no duraderos generaban 92 por ciento del mismo (sólo la industria azucarera aporta más de 40 por ciento del producto total), mientras las productoras de bienes intermedios aportaban sólo 7 por ciento. Es importante señalar que durante este periodo la tasa de crecimiento del producto industrial fue mayor que la de las importaciones (7.7 y 7.3 por ciento, respectivamente).

Debido a que la estructura agrícola no se modificó, el comportamiento de la producción agropecuaria representó un freno importante en la expansión económica. "La producción agropecuaria por habitante mejoró apenas ligeramente en el periodo 1950-1958."³ Se considera que aumentó la productividad de los principales bienes de exportación (azúcar, café, tabaco); sin embargo, la de los bienes de consumo nacional disminuyó en términos generales (plátanos, yuca, habichuela, guandules, maíz, maní, batata, etcétera).⁴ La ganadería también experimentó un estancamiento de su productividad.

Es indudable que la gran concentración de la propiedad de la tierra es el principal factor que determina la baja producción agropecuaria. Esta situación contribuye en forma importante a la concentración del ingreso si se tiene en cuenta que a ella se dedica 70 por ciento de la población total del país.

El grupo de grandes propietarios que tiene el control de una gran proporción de la tierra, deja sin explotar una parte importante de sus propiedades. Las rentas de la tierra obtenidas por este grupo son tan grandes, que la eficiencia en su uso es un factor más que secundario, especialmente si se considera que no existe siquiera un impuesto proporcional al valor de la tierra.⁵

La explotación minera no tuvo gran importancia en la composición del producto. La construcción, sin embargo, fue una actividad dinámica en el lapso 1950-1958. En este corto tiempo el aporte de las construcciones casi se triplicó.

³ Oficina Nacional de Planificación, *Plataforma para el desarrollo económico y social de la República Dominicana*, p. 20.

⁴ *Ibid.*, cap. II.

⁵ *Ibid.*, p. 20.

Los bajos salarios de los trabajadores de la ciudad y la economía de subsistencia de los campesinos determinaban una alta concentración del ingreso en manos de una minoría, lo cual le permitía mantener una alta tasa de inversión. Entre 1950 y 1958 la inversión representó, en promedio, 17 por ciento, correspondiéndole al consumo 83 por ciento del ingreso nacional. El constreñimiento del consumo, fundamentalmente el consumo popular, fue una de las características principales del modelo económico tradicional. Sin embargo, la inversión no se orientó hacia el amplio desarrollo de los sectores productivos. Cerca de 60 por ciento de las mismas fueron destinadas a construcciones tanto públicas como particulares. Éste fue el periodo de las construcciones de grandes edificios, lujosas residencias, amplias avenidas y carreteras de primera clase. La parte de la inversión destinada a la adquisición de maquinaria agrícola fluctuó entre 3 y 5 por ciento, lo cual demuestra el congelamiento de los métodos de producción agrícola. La importación de equipos para la industria, la minería y la energía representó entre 20 y 25 por ciento de la inversión bruta interna; en términos absolutos la inversión representó en este renglón aproximadamente 22 millones anuales. Esta baja participación de la inversión industrial, minera y de energía en el total indica el limitado desarrollo de los mismos en el periodo. Finalmente, la proporción de la inversión en transporte y comunicaciones con relación al total fue de 12 por ciento. En conclusión, la inversión en construcciones fue superior a la realizada en todos los sectores productivos juntos. De esta forma se limitó considerablemente el impacto que esa alta tasa de inversión podría producir en nuestra economía.

El valor de las importaciones de bienes y servicios se duplicó entre 1950 y 1958 (de 75.8 a 160.6 millones). Este rápido crecimiento se debió, en primer lugar, a la demanda industrial de maquinaria, materias primas y combustibles la cual aumentó cuatro veces; en segundo lugar, al aumento de las importaciones de alimentos y productos farmacéuticos y demás bienes de consumo debido a la rigidez de la producción interna de estos bienes; en tercer lugar, a la cuadruplicación de las importaciones de bienes de consumo duraderos (carros, equipos eléctricos, etcétera); y en cuarto lugar, al incremento del uso de materiales de construcción importados. Como se ve, la estructura de las importaciones estaba comprometida con la industria, de tal forma, que cualquier variación afectaba considerablemente la actividad productiva interna.

La mayoría de estas importaciones provenían de un solo mercado; el mercado norteamericano. Si se reducían las importaciones de materias primas, combustibles o maquinarias, podría paralizarse la actividad industrial; por otra parte, las importaciones de artículos de lujo satisfacían la vanidad del grupo dominante y las importaciones de alimentos cubrían el déficit por la deficiencia de la estructura agraria. En estas condiciones la estructura de las importaciones resultaba un tanto rígida.

Las exportaciones, sin embargo, no crecieron tan aceleradamente (de 97.0 en 1950 a 147.8 millones en 1958). El valor de las exportaciones continuó dependiendo en aproximadamente 45 por ciento del azúcar y sus derivados, en 18 por ciento del cacao, en 22 por ciento del café, en 4 por ciento del tabaco y el resto distribuido en varios productos... También las exportaciones estaban y están destinadas principalmente a Estados Unidos, lo cual las hacía y las hace sumamente vulnerables.

Los buenos precios del azúcar de la década del 40 duraron hasta los primeros años de la década del 50; a partir de entonces se experimentó una baja. Para los años 56 y 57 el precio del cacao y sus derivados bajó significativamente. Lo mismo ocurrió con el café a partir del 58; sin embargo, el precio del tabaco en general tendió al alza.

Si comparamos el valor de las exportaciones con el de las importaciones vemos que aunque hubo un saldo favorable entre los años 50 y 56, a partir del 54, con motivo de la construcción de la feria, las importaciones crecieron rápidamente llegando a ser superiores en los años 1957-1958. De esta forma desapareció el excedente del comercio exterior que había sido un factor estimulante en el modelo.

Finalmente los déficit entre los ingresos corrientes y los gastos del gobierno se acentuaron en los últimos años del periodo. Así desapareció otra fuente de financiamiento de la economía.

En síntesis, el modelo económico tradicional operó hasta 1961, bajo las siguientes condiciones:

- a] Excedentes del comercio exterior.
- b] Gran concentración y centralización del ingreso nacional, lo cual permitió una alta tasa de inversión.
- c] Mercado interno limitado debido al mantenimiento de una estructura agraria feudal, que impidió un amplio crecimiento.

to industrial y mantuvo estática la estructura de las exportaciones.

d] Saldo favorable entre el nivel del ingreso y el gasto público.

Se nos plantea, como condición para comprender la problemática económico-social dominicana, analizar las causas que determinaron la caída del régimen trujillista.

Hasta donde conocemos, sólo la Plataforma ha dado una explicación al respecto. Sin embargo, dicha explicación no resulta satisfactoria. La Plataforma señala:

En el año 1959 se producen una serie de acontecimientos extraeconómicos que crean dificultades al régimen gobernante, lo cual da lugar a un clima intenso de desconfianza. Los principales acontecimientos en este sentido son los siguientes: *a)* los hechos políticos que se producen en el país a partir de junio de 1959; *b)* el atentado contra la vida del presidente de Venezuela, el cual provoca una acción internacional contra el gobierno, y el consecuente peligro de un conflicto con Venezuela a raíz de este hecho; *c)* la política exterior de Estados Unidos y el clima general de repudio hacia los gobiernos de fuerza latinoamericana, y *d)* finalmente las sanciones que la OEA impuso en agosto de 1960 al régimen dominicano.

A renglón seguido, la Plataforma anota: "Todos estos hechos, en cierto modo novedosos en la vida del país, sacudieron la estructura de un régimen político que parecía incommovible y terminaría por debilitar las bases económicas y sociales de sustentación del gobierno."⁶

De esta explicación se coligen dos cosas: 1) que las contradicciones del modo económico no habían aún madurado y que por tanto no conducían a la desaparición del régimen, y 2) que no existe un trasfondo económico en los acontecimientos políticos, es decir, extraeconómicos que, según la Plataforma, dieron al traste con el régimen. En este aspecto la Plataforma se torna descriptiva y abandona su actitud de análisis. Hasta entonces se había dado una explicación económica al modelo; sin embargo, al llegar a esta parte, se trata de explicar la caída del régimen por los acontecimientos políticos. De esta forma los redactores de la Plataforma entran en contradicción con su propio método de análisis; por esta

⁶ *Plataforma . . .*, p. 23.

razón velan las debilidades del modelo y por tanto no pueden comprender el posterior desarrollo del modelo económico tradicional.

¿Cuáles eran las contradicciones principales del modelo de crecimiento durante el periodo de 1916-1961?

En primer lugar, el alto grado de concentración del ingreso agudizó las contradicciones entre el grupo minoritario y la enorme mayoría del pueblo trabajador al cual le correspondía una ínfima parte del pastel. Aunque esta contradicción se venía agudizando desde hace años (disminuyendo un poco durante los años de la feria), la lucha contra el régimen no pudo tomar forma política orgánica sino después que la victoria de la Revolución cubana le mostró al pueblo cómo derrocar a un dictador, y después que se materializara la invasión de 1959. Como se ve "los hechos políticos que se producen en el país a partir de 1959" fueron la viva expresión de la situación económica desesperante de las masas dominicanas. El propio "libro verde", reconoce que "la redistribución regresiva de ingresos que se operó, determinó un paulatino empeoramiento de las condiciones de vida del grueso de la población".⁷ ¿Cómo se explica la lucha del pueblo por el derrocamiento de Trujillo si no es porque comprendía que el régimen no era capaz de satisfacer sus necesidades vitales?

En segundo lugar, la incapacidad de Trujillo para transformar la estructura agraria y librar al campesinado de la tradicional economía de conuco para ampliar el mercado interno y levantar sobre él un sólido desarrollo industrial, limitó considerablemente las posibilidades de expansión del modelo. Mientras, por un lado, se producía cierta diversificación industrial, por otro se mantenían intactas las estructuras agrarias. Los efectos de esta contradicción se transmitían a la balanza de pagos, agregando otra contradicción al modelo; una demanda progresiva de importaciones para mantener operando el aparato productivo, mientras se producía una disminución relativa del valor de las exportaciones.

En tercer lugar, Trujillo y su grupo económico se fue constituyendo, en el transcurso de la era, en un obstáculo a los intereses norteamericanos en el país. En 1947 saldó la deuda externa y creó un sistema monetario propio. Durante el periodo de la guerra, y después, fue creando un complejo industrial sin la participación directa de los norteamericanos. Le compró a éstos la Puerto Rico Sugar Company; la Corporación Dominicana de Electricidad, in-

⁷ Oficina Nacional de Planificación, *Bases para el desarrollo nacional*, p. 18.

tentó adquirir la Compañía Dominicana de Teléfonos, quiso comprar el Central Romona haciendo presiones de todo tipo, y, al no lograrlo, creó el Central Río Haina para hacerle competencia. Además, Trujillo competía con otros intereses norteamericanos en las siguientes ramas económicas; *a*] la bancaria, a través del Banco de Reservas (el cual le compró al First en 1941), y del Banco Agrícola; *b*] transporte aéreo, por medio de la CDA; *c*] transporte marítimo, con la Flota Mercante Dominicana; *d*] seguros, usando la compañía de seguros "San Rafael", etcétera. Por otra parte, no olvidemos que los buenos precios de las exportaciones y la contracción del consumo popular permitieron a Trujillo darse el lujo de no tomar préstamos extranjeros, y que además contuvo durante muchos años el crecimiento de las importaciones. En esta situación es evidente que los intereses norteamericanos veían en Trujillo y su forma de gobierno un fuerte obstáculo a su expansión económica en el país. Esta situación explica el porqué del "nacionalismo" de Trujillo, la hostilidad de las relaciones entre éste y Estados Unidos, las sanciones de la OEA y la "socialización" de última hora del "jefe". Queda claro entonces que estos acontecimientos políticos eran la expresión de contradicciones económicas profundas.

Y en cuarto lugar, la voracidad de Trujillo puso en peligro la parte del pastel que le correspondía a la oligarquía tradicional, razón por la cual ésta tuvo que lanzarse al derrocamiento del régimen.

Aunque los acontecimientos políticos a que hace referencia la Plataforma eran hijos de la agudización de las contradicciones del modelo, es evidente que éstos, a su vez, contribuyeran a agudizar sus contradicciones internas. Por ejemplo, los acontecimientos políticos contribuyeron a aumentar el gasto militar con lo cual se distraían recursos invertibles, y se restaba capacidad al régimen para atender problemas sociales, etcétera. También determinaron una estrepitosa fuga de capitales, que aceleró aún más las contradicciones. En general, los acontecimientos políticos debilitaron más rápidamente las bases del régimen acentuando la depresión económica de los años 1959-1961, y acelerando así el cambio.

La agudización de las contradicciones propias del modelo dieron como resultado la caída del régimen político levantado sobre él, pero no significó la sustitución del mismo porque éste todavía tenía reservas; el endeudamiento externo y una mayor expropiación campesina.

II. PROCESO DE DESCOMPOSICIÓN DEL MODELO TRADICIONAL: 1962-1968

En realidad, el proceso de descomposición del modelo tradicional se había iniciado en el periodo 1959-1961, pero es a partir del 62 cuando toma forma definitiva dicho proceso. En esta parte del trabajo analizaremos primeramente el proceso en su conjunto y luego sus etapas.

A. *El proceso en su conjunto*

Debido a que el modelo tenía como reservas el endeudamiento externo y una mayor explotación campesina, la caída de Trujillo no significó la sustitución del modelo, y por tanto sus contradicciones permanecieron vigentes. ¿Cómo se desarrollaron esas contradicciones a partir de entonces?

1. *El gran incremento de la demanda interna.* A la caída del régimen trujillista los obreros y empleados públicos y privados lograron un sustancial aumento de sus salarios, participación en los beneficios de las empresas, y otros beneficios sociales. Además estos sectores se liberaron de otras cargas a que los había sometido el régimen (contribución al Partido Dominicano, impuestos al consumo popular, a la cédula, etcétera). Masas de desempleados lograron ocupación y grupos de campesinos ocuparon tierras y otras propiedades de la familia Trujillo. Estos beneficios representaron una cierta redistribución del ingreso, con lo cual aumentó su capacidad de compra. Como consecuencia la estructura de la demanda final experimentó importantes cambios. Como estos cambios en la estructura de la demanda no fueron acompañados con cambios en la estructura de la oferta, es decir, del aparato productivo, se creó en el modelo otra contradicción. Esta contradicción plantea dos salidas: o ajustar nuevamente la estructura de la demanda al viejo aparato productivo, o modificar éste para aprovechar el dinamismo de aquélla. La primera salida conduce inevitablemente al mantenimiento del *statu quo*, mientras la segunda, por el contrario, conduce al desarrollo económico y social. Esta contradicción desempeñará un papel importante en el comportamiento de nuestra economía.

2. *El problema de la estructura productiva.* Veamos ahora cómo se comportan los sectores productivos ante el incremento de la demanda global y cuál es su efecto en la economía.

a] *En la agricultura y ganadería.* La redistribución del ingreso

en beneficio de los sectores populares trajo como consecuencia un aumento en la demanda de artículos de primera necesidad (alimentos, calzado, vestidos, viviendas, etcétera). De esta forma la demanda de arroz, carne, habichuelas, papas y demás alimentos de la dieta diaria del dominicano común experimenta un formidable incremento. Debido a que, como hemos señalado anteriormente, la estructura productiva no sufrió alteración de importancia a la caída de la tiranía, especialmente en lo que se refiere a la distribución de la tierra, la agricultura no estaba capacitada para satisfacer la nueva demanda interna de alimentos. Entre 1961 y 1962 la demanda final aumentó en 23 por ciento; sin embargo, la producción agrícola decreció en 1963 (0.4 por ciento) y en 1964 sólo creció a 4.6 por ciento).

El primer efecto que produjo en nuestra economía esta situación fue la disminución de las exportaciones de varios productos agrícolas no tradicionales (arroz, maíz, carne y otros), con el consiguiente efecto negativo en la balanza internacional de pagos. "En 1960 se exportaban 3 842 8 toneladas de carne de vacuno, en tanto que en 1964 las necesidades internas de este producto forzaron la importación de 48.8 toneladas."⁸ Lo mismo ha ocurrido con los derivados de la carne. Mientras en los años 50 fuimos exportadores de maíz, a partir de 1962 nos convertimos en importadores.

El segundo efecto ha sido una disminución sostenida (excepto en 1964) del volumen físico de la producción agrícola, es decir, la cantidad de productos agrícolas fue en 1967 menor en 4.5 por ciento que en 1962, lo cual significa que al cabo de cinco años producíamos menos productos agrícolas que en 1962. ¿Qué significa esto? Significa que, si la demanda ha aumentado en forma importante y la producción disminuido, los precios de dichos productos han aumentado. En efecto, en los últimos años los precios de los alimentos han ido aumentando progresivamente. En el año 1968 ("año de la producción") ha habido déficit importantes en la producción de los principales componentes de la dieta dominicana (arroz, habichuelas, carne, aceite, papas, plátanos, ajos, cebollas, etcétera), con la consiguiente especulación que se traduce en una disminución del poder de compra de los sectores populares, y en un aumento de la importación de dichos bienes.

Es evidente que la actual estructura agrícola dominicana ha sido incapaz de satisfacer el incremento de la demanda de bienes alimenticios a partir de 1961. La posesión de la tierra por parte de

⁸ Ministerio de Agricultura, *El estado actual de la agricultura*, p. 4.

una minoría de latifundistas, y su consiguiente poder político le permite controlar la oferta de los bienes alimenticios logrando con ello un doble efecto: a) mantener el *statu quo*, y b) captar, a través de la elevación de los precios, una parte importante de los ingresos logrados por los sectores populares. De esta forma las conquistas logradas por éstos se van desvaneciendo en el marco de las actuales estructuras. Los propios documentos oficiales hacen hincapié en las deficiencias de la mala distribución de la tierra.

La defectuosa estructura agrícola no es solamente en términos generales. Ella abarca fundamentalmente las tierras irrigadas donde el estado ha invertido grandes sumas de capital social básico en canales, carreteras y demás inversiones públicas que sólo benefician a una minoría de propietarios de tierras ausentistas que las explotan generalmente bajo la forma de aparcería, cobrando rentas por el uso de las tierras a base de 50% sobre la producción bruta. Así, gran parte de la mala distribución de los ingresos en el sector agropecuario tiene su origen en la concentración de las tierras irrigadas.⁹

El control del mercado agrícola por parte de una minoría de latifundistas e intermediarios les permite fijar altos precios a los productos. Para ello cuentan con la complacencia de los distintos gobiernos. Éstos se hacen de la "vista gorda" dejando que el precio lo fijen "el libre juego de la oferta y la demanda". ¿Qué sucedería si los señores latifundistas no pudieran fijar los precios y por el contrario éstos fueran fijados atendiendo al interés nacional? Evidentemente estos señores tendrían, para mantener su actual nivel de ingresos, o que aumentar la explotación del campesino, o aumentar la productividad agrícola mejorando la técnica productiva. La primera no es muy viable ya que al campesino se le paga el mínimo para que subsista; la segunda, implicaría cambios en la forma de cultivo que irían transformando progresivamente las relaciones de producción agrícola y toda la estructura económica del país.

Con esto queremos señalar que mientras el gran productor determine el precio de su producto no sentirá ningún incentivo para mejorar sus cultivos y para ampliar la producción. Por el contrario, tratará por todos los medios de mantener el *statu quo* del cual se beneficia ampliamente. Esta situación es la que determina que

⁹ *Plataforma . . .*, p. 124.

la productividad agrícola haya disminuido en los últimos años,¹⁰ que exista un enorme déficit en el empleo de maquinarias y equipos agrícolas de fertilizantes, yerbicidas e insecticidas,¹¹ que en la gran mayoría de los cultivos agrícolas la selección del suelo, de las semillas, del sistema de irrigación sean inadecuados.¹²

En lo referente a la producción ganadera, el crecimiento ha sido mayor que en la agricultura debido en parte a que se ha orientado a la exportación. Sin embargo, la productividad, la tasa de procreación, de natalidad, no han mejorado significativamente. De todas formas el precio de la carne y sus derivados ha tendido a aumentar.

b] *En la industria.* El dinamismo de la demanda global repercutió también en la estructura de la demanda de bienes industriales. Se incrementó la demanda de todos los renglones de la industria, principalmente de aquellas que son de consumo indispensable (alimentos industriales, bebidas y tabacos, textiles, calzados, etcétera). ¿Cómo se comportó el sector industrial frente a este incremento?

A partir de 1962 y hasta 1967, la demanda global creció a una tasa promedio de 3.0 por ciento anual; sin embargo, el producto industrial sólo creció a 2.0 por ciento. Esto indica que fue perdiendo importancia relativa en la composición del ingreso nacional, es decir, que no ha sido un factor dinámico en el modelo. Todo lo contrario ocurrió precisamente con las importaciones. Mientras la industria creció a 2.0 por ciento las importaciones lo hacían a 5.5 por ciento. De esta forma las importaciones han ido desempeñando cada año un papel más estratégico en nuestro aparato productivo, o lo que es lo mismo, le han ido robando las posibilidades de desarrollo a la industria nacional.

¿Por qué el sector industrial no pudo aprovechar el incremento de la demanda para aumentar su influencia en la economía?, la razón principal es la siguiente:

Para expandir rápidamente la producción industrial se requería de financiamiento para adquirir nuevos equipos, realizar ampliaciones, comprar materias primas, pagar salarios y, en general, producir algunas adaptaciones industriales. Este financiamiento no

¹⁰ *Plataforma...*, p. 114.

¹¹ Secretaría de Estado de Agricultura, *Estudio sobre los requerimientos de tractores, equipos agrícolas, fertilizantes, insecticidas y yerbicidas en la agricultura.*

¹² Ver: Banco Central, *Situación del café en la República Dominicana*; Jorge Soria V., *Informe técnico sobre las medidas que deben tomarse para aumentar la producción de cacao en la República Dominicana*; Secretaría de Agricultura, Programa Nacional de Arroz; Emilio G. Silva, *Estudio sobre las habichuelas.*

podía proceder de los recursos del Estado, ya que Trujillo y sus socios habían sacado en los últimos años todos los recursos posibles previendo la caída del régimen. Dichos recursos tenían entonces que provenir del exterior, más concretamente, de Estados Unidos. Es obvio que a los norteamericanos les resultaba mejor financiar las importaciones dominicanas (las cuales vendrían de Estados Unidos, en barcos americanos, etcétera), que alentar un desarrollo industrial dirigido por el Estado dominicano. También le convenía al nuevo grupo oligárquico en el poder, porque a través de las importaciones se les presentaba la oportunidad de lograr un rápido enriquecimiento, mientras que si alentaban un desarrollo industrial tendrían que modificar sustancialmente la estructura agraria del país, lo cual chocaba violentamente con sus intereses.

3. *Los déficit del gobierno.* Los ingresos del gobierno dominicano han sido inferiores a sus gastos durante el periodo 1962-1967. Es bueno señalar que todos los años ha habido déficit.

Los impuestos directos (a la renta y a la propiedad) han representado, a partir de 1963, 16 por ciento de los ingresos anuales (sin embargo, en 1966 bajó a 13.3 por ciento). Su participación en el monto de los ingresos del Estado es muy baja,¹³ lo cual indica que las clases propietarias contribuyen en muy poca medida al financiamiento de los gastos del Estado. Debemos recordar que la OEA ha recomendado varias ocasiones diversos impuestos a la propiedad a fin de aumentar los ingresos del gobierno, y las clases poderosas del país se han opuesto a los mismos. (El actual sindicato propuso un impuesto irrisorio de $\frac{3}{4}$ de 1 por ciento sobre los bienes inmobiliarios y fue rechazado.) De esta forma el Estado tiene cerrado uno de sus más importantes medios de financiamiento.

Por el contrario, la participación de los impuestos indirectos (al consumo, a las importaciones, a las exportaciones) fue durante este periodo de 5.6 por ciento llegando en 1964 a 61.1 por ciento. Las demás fuentes de ingresos del Estado han evolucionado en forma poco significativa. En general, los ingresos del gobierno se han mantenido al mismo nivel en los últimos años, de 174.9 millones en 1962 a 178.9 en 1967. Los egresos, sin embargo, han ido aumentando desde 184.7 millones en 1962 a 201.5 en 1967 (en 1964 subieron a 214.1).

¹³ Comparado con su participación en Perú, Colombia, México, Estados Unidos, la cual pasa de 40 por ciento, mientras los impuestos indirectos participan en menos de 45 por ciento. Ver OEA, *América en cifras*, 1965.

El rápido proceso de urbanización registrado en las principales ciudades del país ha demandado más viviendas, servicios de agua, luz y energía, de calles, hospitales, escuelas etcétera, lo cual significa mayores inversiones públicas en estos renglones. Esta situación se agudiza por el crecimiento extensivo de nuestras ciudades.

Para cubrir los déficit, el gobierno ha tenido que recurrir a préstamos de Estados Unidos. La gran mayoría de estos préstamos se emplean en actividades improductivas. Este endeudamiento externo gravita en forma importante sobre la balanza de pagos.

4. *Los préstamos extranjeros.* Al 31 de diciembre de 1967 el monto de la deuda externa ascendía a 22.2 millones; de ella se habían amortizado 33.6 millones quedando un saldo de 188.6¹⁴ De un monto de 14.2 en 1962 ascendió a 222.2 en 1967, es decir, que en cinco años la deuda externa ha aumentado quince veces. ¡Quince veces en cinco años! La deuda extranjera y las importaciones han sido las variables del modelo que más han crecido en los últimos años. Del total de préstamos hasta 1966, 21.4 por ciento, correspondía a los sectores productivos, el resto, es decir, 78.6 por ciento, estaba destinado a los sectores improductivos (infraestructura 41.1 por ciento, educación y vivienda 7.2 por ciento, balanza de pagos 28.7 por ciento y otros préstamos 2.6 por ciento). Obsérvese que de cada cien pesos ingresados por préstamos, 40 se gastan en infraestructura, 29 en financiar la balanza de pagos, 7 en educación y vivienda y sólo 21 en industria, agricultura y energía.

El aumento de la deuda del gobierno tiene una doble implicación. Por una parte, la presión que significa sobre la balanza de pagos dicho servicio; y, por la otra, el impacto que tendrá sobre el presupuesto de la nación, en el sentido de que parte de los ingresos tendrán que destinarse al servicio de la deuda. Esta situación se agrava si consideramos que al servicio de la deuda ya contratada tenemos «que agregar los intereses de los préstamos que se utilicen durante el periodo . . .»¹⁵

Las características de los préstamos extranjeros inciden en forma negativa en nuestra economía. En primer lugar, las condiciones de los préstamos son generalmente de las más onerosas que existen; en segundo lugar, dichos préstamos imponen una tecnología que no corresponde a nuestras necesidades; en tercer lugar, condicio-

¹⁴ Ver *Boletín mensual Banco Central*, vol. xx, núm. 10-12.

¹⁵ Banco Central, *Deuda externa de la República Dominicana*, folleto A-2, p. 16.

nan nuestras posibilidades de desarrollo a los sectores y actividades que les interesa a los prestamistas; y en cuarto lugar, los préstamos están condicionados a un apoyo sin reservas a la política exterior de Estados Unidos. Dice Eugeen R. Blank, expresidente del Banco Mundial, en relación a la ayuda extranjera norteamericana:

Nuestros programas de ayuda al extranjero son beneficiosas para las empresas privadas americanas: *a)* la ayuda al extranjero proporciona un mercado sustancial e inmediato para las mercancías americanas y para los servicios; *b)* la ayuda en el extranjero estimula el desarrollo en ultramar de mercados nuevos para las compañías americanas; *c)* la ayuda al extranjero orienta la economía de los países beneficiados hacia un sistema de libre empresa gracias al cual las firmas americanas pueden prosperar.

Las condiciones de los préstamos tomados por el gobierno acenúan nuestro estado de dependencia de Estados Unidos.¹⁶ El propio Banco Central señala en su folleto antes citado:

Los dólares provenientes de los préstamos de la AID son puestos a disposición de las autoridades monetarias, las cuales deben utilizarlos para cubrir importaciones de determinadas mercancías procedentes de Estados Unidos. Los bienes pagados con los recursos de la AID deben ser transportados en 50% en buques de bandera norteamericana.¹⁷

Los famosos préstamos en “alimentos para la paz” no son más que una forma que utiliza el gobierno norteamericano para colocar sus excedentes agrícolas en nuestros países. Finalmente, los préstamos del Fondo Monetario Internacional (FMI) son concedidos a aquellos países que tienen problemas en su balanza de pagos a fin de evitar que tengan que imponer restricciones a las importaciones que chequen con los intereses de los grandes consorcios internacionales.

Los pagos, incluyendo intereses de la deuda extranjera, en los últimos años y para los próximos, son como siguen (no incluye

¹⁶ Ver discurso del presidente Balaguer sobre la “ayuda extranjera” del 13 de diciembre de 1968.

¹⁷ *Deuda externa de la República Dominicana*, p. 18.

los pagos que se acumularán por la firma de nuevos préstamos a partir de 1966):

6.5 millones en 1964	25.3 millones en 1968
9.6 " " 1965	36.5 " " 1969
16.7 " " 1966	13.5 " " 1970
18.1 " " 1967	10.6 " " 1971

Como se vé, los pagos por concepto de amortización de la deuda externa alcanzan niveles relativamente altos.

Indiscutiblemente que el elevado servicio de la deuda externa y su concentración en tres años gravitará considerablemente en la capacidad para importar, especialmente en los años 1968 y 1969; en este último año el servicio de la deuda representaría aproximadamente 20% de los ingresos estimados en la cuenta corriente de la balanza de pagos. Este porcentaje es el doble del registrado en el año 1966, cuando el servicio de la deuda alcanzó el nivel máximo del periodo 1962-1966.¹⁸

En general, los préstamos extranjeros sirven de sostén al aparato productivo vigente en su afán por resolver el problema de la falta de recursos. A pesar de ello, las propias características de la "ayuda extranjera" van minando la capacidad del modelo para sostenerse.

5. *La balanza de pagos.* La balanza de pagos del país refleja todos los efectos de la contradicción entre la estructura productiva y la del ingreso. La rígida estructura agraria incapaz de aumentar la producción de bienes alimenticios al ritmo de la demanda, se refleja en la balanza de pagos a través del aumento de las importaciones de alimentos y materias primas producibles en el país; asimismo, el freno en la producción industrial gravita constantemente en la magnitud y composición de las importaciones. Los continuos déficit del gobierno y su incapacidad para obtener internamente los recursos para financiar sus múltiples funciones, determinan un progresivo endeudamiento externo que cada año compromete aún más las divisas del país. Se puede afirmar que la balanza de pagos es la síntesis de las debilidades estructurales del aparato productivo del país.

a] *Las exportaciones.* La composición de las exportaciones es

¹⁸ *Deuda externa...*, p. 14.

una de las expresiones de nuestra dependencia económica de Estados Unidos, y además, de la defectuosa estructura agraria. Las exportaciones dominicanas dependen principalmente de cinco productos primarios tradicionales; azúcar, café, cacao, tabaco y bauxita. Hasta hace dos años, el plátano ocupaba un lugar importante en las exportaciones; pero éste ha dejado de serlo debido a la aparición de una plaga llamada "mal de Panamá".

El valor de las exportaciones dominicanas ha ido disminuyendo desde un nivel de 189.2 en 1962 a 161.6 millones en 1967.

EXPORTACIONES

[en millones de RD\$ de 1962]

1962	189.9	1965	140.2
1963	171.8	1966	142.5
1964	175.1	1967	161.6

En 1966 los cinco productos tradicionales de exportación generaron 91.5 por ciento de las divisas del país. Entre ellos el azúcar produjo 55.7 por ciento de dichas divisas. El hecho de que el valor de las exportaciones dependa básicamente de cinco productos hace muy vulnerable la economía del país, pues cualquier variación en el precio de uno de estos productos afecta sensiblemente la capacidad de compra. La mayoría de nuestras importaciones son compradas por Estados Unidos (cerca de 90 por ciento del azúcar, de 100 por ciento del cacao, de 80 por ciento del café y de 100 de la bauxita).

Analicemos brevemente las perspectivas de los cinco productos de exportación para tener una idea del futuro comportamiento de las exportaciones. Pero antes debemos recordar que los países subdesarrollados trataron en la II UNCTAD de lograr mejores tratos en la fijación de los precios de sus exportaciones a los países desarrollados. Los resultados de dicha conferencia fueron un fracaso reconocido incluso por su secretario general, Raúl Prebisch.

Hasta el boicot norteamericano a Cuba, las exportaciones de azúcar dominicano no pasaban de más o menos 300 mil toneladas. A partir de entonces, Estados Unidos ha ido otorgándole a la República Dominicana, una parte importante de la cuota correspondiente a Cuba y una mayor participación en la reasignación anual de los déficits de los demás países (en el año 1968 las exportaciones de azúcar a Estados Unidos pasaron las 700 mil toneladas).

Debido a este aumento y al alto precio del azúcar en el mercado norteamericano, las exportaciones del país no han disminuido más drásticamente. (El alto precio del azúcar en el mercado norteamericano es debido a los altos costos de producción del azúcar producido en Estados Unidos. Ello obliga al gobierno norteamericano a evitar que la competencia exterior lleve a la quiebra a los productores. Al gobierno de Estados Unidos le conviene mantener la producción interna del azúcar, aun subsidiada, por razones políticas y estratégicas.) La precaria situación económica ha dependido en los últimos años del aumento de la participación dominicana en la cuota azucarera de Estados Unidos. Si se produjera un acuerdo entre los gobiernos cubano y norteamericano (como desde hace algún tiempo se viene rumorando) este acuerdo precipitaría el deterioro de la situación económica dominicana. En el mejor de los casos —si no se produce dicho acuerdo— las posibilidades de que el azúcar produzca más divisas que las que produce actualmente son remotas.

En cuanto al café, tanto los precios como los volúmenes exportables están regidos por el convenio internacional del café. Desde el punto de vista del país, este convenio es poco elástico y no se da esperanzas de una mayor participación dominicana en el mercado mundial del café. De esta forma, en el mejor de los casos, el café podría seguir generando el mismo nivel de divisas que en la actualidad.

Desde el año 1957, hasta mediados de 1963, el precio mundial del café descendió sostenidamente de 65 a 33 centavos por libra, subiendo después bruscamente a 55 centavos. Desde esa fecha declinó hasta llegar al precio de 40 centavos la libra.¹⁹

El precio mundial del cacao ha registrado una tendencia descendente sostenida y ha bajado de 45 a 18 centavos la libra entre 1958 y mediados de 1962. En 1963 el precio se recuperó un tanto, pero la tendencia descendente se impuso otra vez en 1964, llegando a 9 centavos la libra en 1966. A partir de esa fecha, se ha producido gradualmente una recuperación y cabe esperar que el precio actual de 22 centavos la libra se estabilice. Actualmente, se sigue negociando un convenio internacional de este producto, que eventualmente puede llevar a ser firmado en un futuro cercano.²⁰

¹⁹ *Plataforma...*, p. 412.

²⁰ *Plataforma...*, p. 412.

Estados Unidos (comprador de 100 por ciento de nuestro cacao) se ha negado a garantizar el precio de 22 centavos la libra.

Según especialistas, las posibilidades de incrementar las exportaciones del tabaco dominicano dependen del mejoramiento de su calidad lo cual implica un sustancial cambio en los métodos de cultivo.

En relación a las posibilidades de exportación de bauxita, esto depende básicamente de las necesidades norteamericanas.

En los últimos años su demanda ha aumentado lentamente y su precio ha tenido que bajar. El precio de la bauxita dominicana es fijado por los propios exportadores debido a que la misma compañía es la que lo elabora en Estados Unidos.

Las perspectivas de las exportaciones no son prometedoras; la dependencia de cinco productos y la fijación de los precios por parte de los países imperialistas no auguran una mejoría en las exportaciones dominicanas, sobre todo si tenemos en cuenta la progresiva militarización de la economía norteamericana, la cual demanda más materias primas ligadas a la producción de guerra (minerales, petróleo, caucho, etcétera), y menos materias primas no ligadas a la producción de guerra como las nuestras.

b] *Las importaciones de bienes manufacturados.* Las importaciones de bienes y servicios han crecido a un ritmo de 5.5 por ciento anual durante el periodo de 1962-1967. Como habíamos dicho, este crecimiento es superior al industrial y al de la demanda final. En otros términos, mientras el producto industrial por habitante ha disminuido durante el periodo 1.6 por ciento anual, las importaciones de bienes y servicios también por habitante han aumentado en 1.9 por ciento anual, es decir, que cada dominicano ha consumido más productos importados y menos productos nacionales.

Analizaremos ahora las importaciones de servicios para tratarlas aparte. Las importaciones de bienes de consumo casi se han duplicado en términos absolutos en el periodo. De 56.1 millones en 1962 fue ascendiendo (excepto, naturalmente, en 1965) hasta alcanzar a 110.7 millones en 1967. En términos relativos, las importaciones de bienes de consumo representaron 63.4 por ciento del total en 1962 y fueron ascendiendo hasta alcanzar en 1967 63.4 por ciento (en 1966 fue de 67.3 por ciento). Este grandioso crecimiento de las importaciones de bienes de consumo confirma nuestra afirmación en el sentido de que las importaciones le han robado a la industria gran parte de las posibilidades de expansión creadas por aumento en la demanda popular de bienes manufactu-

rados. En consecuencia, esta alta participación de los bienes de consumo en las importaciones es producto de la política gubernamental dirigida a conservar las actuales estructuras a costa del desarrollo económico y social. Sin embargo, esta situación no garantiza el mantenimiento del *statu quo*, ya que ella misma va agudizando las contradicciones internas del sistema. En efecto, el hecho de que el país tenga que destinar 64 por ciento de las divisas para importar bienes de consumo producibles en el país, va restándole dimensión al mercado interno y acentuando aún más el estancamiento económico actual.

Además, como el valor de las exportaciones permanece más o menos estático y las importaciones (principalmente las de bienes de consumo) tienden a crecer constantemente, el país se ve precisado a endeudarse aún más produciéndose un círculo vicioso que indudablemente acabará con el sistema. Mientras el aumento de la producción interna creó nuevos mercados (por el empleo de mano de obra desocupada, mayor demanda de materias primas, etcétera, con sus efectos multiplicadores en todo el sistema económico), el aumento de las importaciones produce los mismos efectos, pero en los demás países.

Las importaciones de bienes de consumo no duraderos (alimentos, bebidas y tabacos, prendas de vestir, medicinas, enseres domésticos, etcétera) se han duplicado durante el periodo; de 44.0 millones en 1962 pasaron a 89.1 millones en 1967. Duplicarse en sólo cinco años quiere decir que crecieron cada año cerca de 20 por ciento. En 1964, por ejemplo, se importaron:

RD\$ 1.3 millones	en	carnes y conservas
4.9	"	" productos lácteos
6.4	"	" pescados y mariscos
5.8	"	" frutas enlatadas
1.1	"	" calzados
1.4	"	" prendas de vestir
1.5	"	" efectos personales
9.8	"	" productos medicinales y farmacéuticos
7.0	"	" enseres domésticos

Parecería mentira que nuestro país esté importando más de 6 millones de pesos en carnes y productos lácteos; 6.4 en productos del mar, ¡con tantas riquezas marinas sin explotar!; 5.8 en conservas de frutas, etcétera.

La producción interna de todos estos bienes podría realizarse en poco tiempo y sin grandes recursos económicos debido a que, en primer lugar, ya existen industrias instaladas que pueden producir parte de estos bienes y en caso de necesidad podrían trabajar nuevas tandas (es el caso de las industrias del calzado, de textiles de muebles, de efectos personales y de muchos enseres domésticos), y en segundo lugar, las demás plantas industriales que tendrían que instalarse emplearían en general técnicas productivas que usan mucha mano de obra (incluso con poca especialización inicial) y poco capital, es decir, con una relación capital-empleo relativamente baja.

Las importaciones de bienes de consumo duraderos (muebles y accesorios, máquinas y equipos de oficinas, vehículos de motor, relojes, neveras, etcétera) casi se duplicaron durante el periodo. De un nivel de 12.1 millones en 1962, llegaron a 21.6 millones en 1967. El gran peso de las importaciones de bienes de consumo duraderos lo representa la importación de vehículos (casi la mitad corresponde a ese renglón). Este sistema individual de transporte (carro de concho) obliga al país a mantener un nivel de importaciones de carros que cada día incide con mayor fuerza en nuestra economía. Debemos señalar que el transporte individual resulta caro en relación al transporte colectivo. Contribuye a la rápida renovación del volumen de vehículos las pésimas condiciones en que se mantienen las principales vías de comunicación del país, incluso las propias calles de Santo Domingo. Pero gravita con mayor fuerza en el peso de las importaciones el uso ostentoso de los más modernos, lujosos y novedosos automóviles por parte de los grupos privilegiados. Un carro lujoso es en nuestro país un medio de adquirir prestigio e influencia. Ello trae como consecuencia que se sigan importando las más novedosas "naves" a pesar de los altos impuestos que las gravan.

Dentro del renglón de los bienes de consumo duradero incide en forma importante la importación de aparatos y equipos de uso doméstico.

Como consecuencia del aumento relativo de las importaciones de bienes de consumo, se ha producido, una disminución relativa de las importaciones de materias primas y bienes intermedios. Si los bienes de consumo que hoy importamos se produjeran en su gran mayoría en el país, la importación de materias primas y bienes intermedios aumentarían más rápidamente.

En 1962 se importaron 49.7 millones en materias primas y bienes intermedios, alcanzando su nivel máximo en 1964 con 64.3 mi-

lones; sin embargo, a partir de 1965 ha bajado, alcanzando en 1967 sólo 38.7 millones. En términos relativos, de 38.6 por ciento del total de las importaciones pasaron a 22.1 por ciento. Muchas de las materias primas que importamos podrían producirse en el país si se transformara la estructura agraria e industrial (aceites y grasas vegetales, sustancias químicas, productos del cuero, etcétera). Dentro de los bienes intermedios importados ejercen un gran peso en la balanza de pagos la importación de combustibles y lubricantes (12.8 millones en 1964). Si logramos explotar nuestras riquezas petrolíferas podríamos reducir y quizá eliminar estas importaciones.

En general, aunque dentro de un proceso de desarrollo industrial las importaciones de materias primas y bienes intermedios ocuparían un lugar más importante, dichas importaciones serían básicamente las que el país no tiene facilidades para producir, ya porque su demanda sea pequeña o porque el país no posea los recursos naturales necesarios. En la actualidad la imposición de una técnica productiva que no se corresponde con nuestras necesidades y grado de desarrollo, determina que se tenga que importar bienes intermedios y materias primas que no se necesitarían si se emplearan técnicas productivas más acordes con nuestras necesidades.

Las importaciones de bienes de capital, después de alcanzar en 1964, 43.5 millones, fueron disminuyendo y llegan en la actualidad (1967) a un nivel de 25.3 millones; después de representar 22.6 por ciento del total de las importaciones, su importancia relativa fue bajando hasta 14.5 por ciento. Las importaciones de bienes de capital aumentarán en un proceso de desarrollo debido a que el país no puede producir por ahora muchos de los equipos que se necesitan. Sin embargo, una buena selección de las técnicas productivas a emplear y la búsqueda de mejores mercados de bienes de capital que el de Estados Unidos, contribuiría a hacer un uso racional de los recursos destinados a importar equipos y maquinarias.

c] *Los servicios.* La cuenta de servicio de la balanza de pagos es generalmente negativa para los países subdesarrollados, y especialmente para nuestro país. Dicha cuenta es el saldo entre los gastos por concepto de turismo, transporte aéreo y marítimo, seguros y por beneficios de inversiones extranjeras, y los ingresos por los mismos conceptos provenientes del resto del mundo.

Por concepto de fletes y seguros salen del país alrededor de 15 millones de dólares anuales netos. Los fletes de las importacio-

nes dominicanas se realizan en su mayoría a través de compañías navieras extranjeras, principalmente norteamericanas (recordemos que las mercancías importadas con préstamos de Estados Unidos tienen que ser transportadas en su mayoría en flotas de bandera norteamericana). Esta situación produce una sangría permanente de divisas. En relación a las salidas por seguros hay que tener en cuenta que las principales compañías de seguros que operan en el país son extranjeras, y que las naciones están reaseguradas por compañías reaseguradoras extranjeras, con lo cual su papel se reduce en el fondo a simples agencias de las extranjeras. Ello crea un flujo de divisas que se va cada año del país.

Los egresos por turismo fluctúan entre los 15 y 18 millones anuales. Durante la era de Trujillo, los gastos de turismo no eran muchos debido a la dificultad de salir del país, pero después del 30 de mayo los gastos por turismo aumentaron rápidamente de 4.2 millones en 1961 a 19.6 en 1962. A partir de entonces, los gobiernos han tenido que gravar con impuestos los pasajes al exterior, y últimamente no se entregan divisas a los viajeros como forma de reducir la presión sobre la balanza de pagos que ejercen las salidas al exterior.

Las salidas por servicio de las inversiones son las ganancias que las compañías extranjeras sacan anualmente del país. Según indica la balanza de pagos, anualmente las empresas extranjeras sacan del país por concepto de beneficios más de 22 millones de dólares. Esta suma parece ser pequeña en relación a las salidas reales de beneficios anuales. Resulta increíble que todas las empresas extranjeras en el país, entre ellas el Central Romana, la Alcoa Exploration, La Grenada Company (para ese periodo aún existía), la Compañía de Teléfonos, la Falconbrige, las compañías de seguros (Confederación del Canadá, American Life), los bancos comerciales (The Royal Bank, etcétera), sólo obtengan 22 millones de dólares al año por concepto de beneficios. Es posible que muchos beneficios salgan del país como gastos o por la vía del mercado negro.

Dentro del marco dependiente de nuestra economía, la sangría de divisas que produce la cuenta de servicios se mantendrá y aumentará progresivamente.

En general, las proyecciones de las importaciones para los próximos años, si permanece la actual estructura económica, indican que éstas seguirán aumentando, agudizando cada día más el problema de la balanza de pagos.

6. *La concentración del ingreso.* Todas las evidencias indican que los grupos en el poder han tratado de resolver la contradicción planteada entre la estructura del ingreso y la del aparato productivo, dejando intacta esta última y produciendo una redistribución regresiva del ingreso, es decir, una concentración de la riqueza. ¿Cuáles han sido los principales medios para producir esta concentración del ingreso?

En primer lugar, la política liberal de los gobiernos (excepto el de Bosch) al permitir que los señores latifundistas e intermediarios fijan altos precios a los bienes de consumo popular. De esta forma las masas populares han tenido que ir pagando más para obtener los mismos productos. Así han invalidado gran parte de los aumentos de salarios logrados hace algunos años.

En segundo lugar, la enorme proliferación de los juegos de azar en sus múltiples formas está produciendo una importante sangría a los bolsillos de infelices padres de familia que, sin la menor esperanza de resolver sus necesidades en el marco de esta situación, intentan, sin embargo, lograrlo a través de un golpe de suerte. Según las últimas informaciones, anualmente se juegan en el país cerca de 77 millones de pesos. ¡El juego de azar es el negocio más fabuloso y de mayor mercado en el país!

En tercer lugar, la congelación de los salarios a los trabajadores y la reducción de los sueldos de los empleados públicos, ha sido una de las más importantes medidas tendientes a restarle poder adquisitivo a la población trabajadora. La austeridad del gobierno se ha aplicado con rigor a los empleados de menor jerarquía, mientras se ha permitido que muchos altos funcionarios hagan uso indebido de los recursos del Estado.

En cuarto lugar, el alto costo de la vivienda, del transporte, del agua, de la electricidad, de las medicinas, de las diversiones, de los libros, etcétera, ejercen un efecto constante de concentración del ingreso.

En quinto lugar, el hecho de que los impuestos directos sólo alcanzan 15 por ciento de los ingresos del Estado, mientras los indirectos representan cerca de 55 por ciento, determina que los mismos recaigan en mayor proporción en los hombros de los que menos tienen.

En sexto lugar, el año pasado en vez de concedérseles la regalía pascual a los empleados públicos, se les concedió un préstamo que incluye un recargo por concepto de intereses de 10 por ciento sobre el monto del mismo.

En séptimo lugar, la mecanización de determinadas labores reduce los ingresos de amplias masas de trabajadores. Por ejemplo, la implantación de los barcos furgones produjo una reducción de los ingresos de los obreros portuarios en más de 50 por ciento.

En octavo lugar, el aumento progresivo de la masa de desempleados como resultado de la incapacidad del modelo para absorber la población desempleada y la que cada año se incorpora a la actividad productiva; los despidos masivos en el CEA, en el ayuntamiento del distrito, y en otras empresas estatales, agudizan esta situación.

En noveno lugar, el incremento de la política de desalojo a los campesinos y la ocupación de estas tierras por los terratenientes, crea mayores dificultades a este grupo social mayoritario.

A través de todas estas formas y muchas otras, más sutiles e indirectas, los gobiernos han logrado concentrar aún más el ingreso en manos de las clases privilegiadas.

7. La agudización de las contradicciones del modelo. La capacidad para importar está dada por la cantidad de divisas que posea el país, logradas con exportaciones o por préstamos. Ya hemos visto las pocas perspectivas de aumentar las exportaciones en forma significativa; también hemos observado que el alto monto de la deuda externa comienza a hacer sentir su peso en la balanza de pagos. Por otra parte, hemos visto las grandes dificultades existentes para reducir significativamente las importaciones, además de que una fuerte reducción incrementaría el contrabando, el cual a la larga produce los mismos efectos que la importación legal. En definitiva, ni las exportaciones pueden crecer en forma importante ni las importaciones pueden ser reducidas en forma significativa. Se plantea, pues, la agudización progresiva del déficit de la balanza de pagos. Este déficit, junto al pago de las amortizaciones e intereses de la deuda externa, al progresivo deterioro de los términos de intercambios, a la fuga de capitales y a las salidas por servicios, reduce la capacidad del país para importar y con ella las posibilidades de subsistir del modelo económico.

Las principales características del modelo económico tradicional, en su etapa de descomposición, son:

Estancamiento de la producción nacional.

Amplio crecimiento de las importaciones.

Disminución de las exportaciones.

Progresivo endeudamiento externo.

Predominio de las inversiones improductivas (multifamiliares, avenidas, etcétera).

Déficit en la balanza de pagos.

Déficit en los ingresos y gastos del gobierno.

La incapacidad del modelo para generar sus propios recursos determina que progresivamente se vayan desarrollando sus contradicciones internas, y que las grandes mayorías de trabajadores, campesinos, pequeños y medianos comerciantes e industriales se planteen la sustitución del mismo por otro que satisfaga realmente sus intereses mayoritarios.

B. *Etapas del progreso*

Hasta aquí hemos analizado el periodo en forma general. En el transcurso del mismo se registraron acontecimientos económicos que tuvieron gran trascendencia política. Es necesario analizarlos con especial interés porque son la expresión de los distintos grados de descomposición del modelo tradicional. Analizaremos tres etapas: el gobierno de Bosch o el fracaso de la burguesía nacional para darse su propio desarrollo; el gobierno de Donald Reid o el resquebrajamiento del modelo en abril de 1965; y la situación actual o la etapa final del modelo tradicional.

1. *El gobierno de Bosch.* El gobierno de Bosch intentó producir un desarrollo capitalista nacional aprovechando la nueva estructura de la demanda global. Su plataforma política estaba plasmada en gran parte en la Constitución, después de declarar que la nación se cimenta en el trabajo, limita el campo de acción del capital extranjero, plantea la necesidad de una reforma agraria profunda y prohíbe que las tierras puedan pertenecer al extranjeros. En fin, planteaba los postulados básicos de una política de desarrollo nacional independiente. En su corto periodo de gobierno, Bosch ayudó a los pequeños y medianos industriales con préstamos de la SFI y con la exoneración de equipos industriales; ayudó especialmente a la artesanía. Además, gran parte del crédito agrícola fue dirigido hacia los pequeños y medianos campesinos y al mismo tiempo trató de asegurarles precios fijos para sus productos. Por otra parte, frenó los limitados privilegios de los grupos tradicionales (ley de precio tope del azúcar, ley de plusvalía, etcétera); buscó apoyo financiero y técnico en los países de Europa occidental, dándoles evidentemente las espaldas a los grupos norteameri-

canos en un esfuerzo por librarse del dominio económico y político del gobierno de Estados Unidos.

Esta política de desarrollo nacional fue llevada a cabo sin antes transformar sustancialmente la vieja estructura productiva. En otras palabras, se intentó producir un desarrollo nacional en el marco de una economía tradicional, de una economía semifeudal. Como no existía una correspondencia entre la estructura y la superestructura, es decir, entre la vieja economía tradicional y el gobierno de Bosch, y éste no había sido capaz de transformarla, el gobierno fue derrocado a los siete meses de instalado.

Generalmente se dice que a Bosch lo derrocaron porque frenó las apetencias de los jefes militares o que frenó los intereses de los grupos tradicionales y el imperialismo. Esta explicación no es totalmente satisfactoria, porque no explica el problema general sino tan sólo una parte. El problema es más profundo de lo que parece. La causa del derrocamiento del gobierno de Bosch se debió a que no correspondía con la estructura económica existente. La experiencia más importante de esta etapa del proceso: No es posible producir un desarrollo nacional sin antes romper el modelo de crecimiento tradicional; cualquier intento dentro de este marco durará tanto como una cucaracha en un gallinero.

2. *La insurrección de abril.* El gobierno de Bosch fue sustituido por su antítesis: el triunvirato, cuya política contraria a la del gobierno anterior estaba dirigida a desarrollar las importaciones en detrimento del desarrollo industrial. En este periodo la política económica del país estuvo dirigida por un pequeño grupo de grandes importadores encabezado por Donald Reid Cabral, importador de vehículos de motor. El rápido crecimiento de las importaciones estuvo controlado por este grupo de importadores; además, en este periodo tuvo un gran auge el contrabando, que se realizaba públicamente. A pesar del gran auge de las importaciones sólo se beneficiaba a una minoría en detrimento de la mayoría de la clase importadora. Cuando, por ejemplo, se iban a aplicar medidas tendientes a restringir las importaciones, la minoría se abastecía de dichas mercancías, con lo cual se beneficiaban de la especulación posterior y arruinaban a los demás comerciantes. Dentro de las restricciones que se impusieron a la importación figuraba una que prácticamente desplazaba a los pequeños y medianos importadores: había que depositar 80 por ciento de su valor al momento de hacer el pedido.

Junto a esta situación se producía un congelamiento de los ni-

veles de salarios, por un lado, y un proceso de alza del costo de la vida, por otro. Para finales de 1964 y durante 1965 fue aumentando el desempleo debido a la paralización económica de esos meses.

Durante los años 1963-1964, la demanda total creció a un ritmo de 7.8 por ciento en promedio; sin embargo, el producto bruto interno sólo creció a 5.8 por ciento, lo cual explica el gran crecimiento de las importaciones. Éstas crecieron a un ritmo de 17.2 por ciento, mientras las exportaciones decrecieron en 5.5 por ciento. El producto industrial sólo creció 3.9 por ciento y el agrícola 2.2 por ciento. Entre los años 1962-1964 fue necesario un endeudamiento externo de 211.8 millones (en 1964 se tomaron 113.7 millones). El déficit del comercio exterior alcanzó en total 125.2 millones en 1963-1964, es decir, casi 63 millones anuales en promedio.

El comercio exterior, que anteriormente había sido una importante fuente de financiamiento del modelo, dejaba de serlo y se convertía en un dolor de cabeza.

Aunque el nivel de inversión fue el más alto de la historia, no se orientó principalmente hacia los sectores productivos. El 75 por ciento de la inversión bruta se destinó a construcciones y a equipos de transportes y comunicaciones, y sólo 25 por ciento a equipos para la industria y la agricultura. La inversión del sector público disminuye casi la mitad y aumentó la del sector privado.

A pesar de que este periodo se caracterizó por cierto auge económico, la centralización y concentración de la actividad económica fue tal que agudizó las contradicciones del sistema y creó una situación desesperante en la mayoría de la población dominicana. La insurrección de abril fue la expresión de esta situación. A pesar de ello, las condiciones materiales del campesinado, aunque no habían mejorado tampoco habían empeorado a un grado tal que le impusiera, por encima de las trabas del analfabetismo y las creencias religiosas, la necesidad de luchar activamente contra su explotación.

Como señalamos anteriormente, al desaparecer el régimen de Trujillo el proceso de expropiación del campesinado disminuyó e incluso grupos de campesinos ocuparon tierras y otras propiedades del Estado y de la familia Trujillo, con lo cual disminuyó un tanto la tensión social en el campo. Por esta razón, el campesinado tuvo una participación pasiva en los acontecimientos de abril de 1965.

La reacción popular que dio al traste con el régimen del triunvirato fue tan profunda que destruyó la maquinaria política y militar del régimen. Ello demostró que las posibilidades del modelo tradicional se han agotado y demanda su sustitución por otro que efectivamente represente los intereses populares.

Conscientes de esta situación, Estados Unidos intervino militarmente en nuestro país por segunda vez en los últimos 50 años, para contener la insurrección popular victoriosa y mantener el viejo *statu quo*. Debido a que las contradicciones en el campo no estaban suficientemente maduras, las fuerzas populares de la ciudad no pudieron contar con el campesinado como fuerza social fundamental ni con el campo como escenario principal para la resistencia al invasor. Por esta razón el movimiento no logró, en ese momento, sus objetivos. Sin embargo, las condiciones que lo crearon siguen vigentes y no podrán ser resueltas por el orden social restaurado por los yanquis.

La experiencia principal de este periodo, dado el carácter predeterminadamente agrícola de nuestra economía, es lo fundamental que resulta la participación activa del campesinado, o sea, de la mayoría, en la destrucción definitiva de las viejas estructuras.

3. *Situación actual.* El régimen político que los yanquis impusieron después de la insurrección de abril es la antítesis del gobierno nacionalista de Caamaño. Éste se apoyó en las fuerzas nacionales; aquél se apoya en las extranjeras.

En los últimos tres años se ha producido un estancamiento económico que está creando una situación económica desesperante en las distintas clases sociales populares. A partir de julio de 1966, se impuso un régimen de austeridad a los empleados públicos que ganan más de 200 pesos, y se congelaron los niveles de salarios de éstos y de los obreros y empleados privados. Esta política ha agudizado la situación de la masa trabajadora, al mismo tiempo que le ha restado dinamismo a la economía en general; por un lado, se han rebajado y congelado los salarios y, por otro, el costo de la vida ha aumentado significativamente; ya hemos señalado que durante el año 1968 los especuladores subieron el precio de los principales bienes alimenticios. Si a eso agregamos los despidos masivos ocurridos en el CEA y en el ayuntamiento del distrito, y la gran masa de desempleados que existe actualmente, nos explicamos la situación desesperante de las masas trabajadoras urbanas.

Desde que la oligarquía trujillista tomó nuevamente el poder, se ha agudizado el proceso de expropiación del campesinado domini-

cano. Los trujillistas, con amplia tradición de expropiación campesina, han iniciado desde hace tres años una campaña de desalojos masivos de campesinos, de sometimiento a su voluntad por la fuerza, y de compra a bajos precios de sus productos, en tal forma, que este importante núcleo social ha ido progresivamente abandonando su tradicional mansedumbre para lanzarse a la defensa de sus derechos y a la lucha por la tierra. En los últimos meses esta lucha se ha agudizado tanto que muchos sacerdotes católicos, comprendiendo la injusticia de que son objeto, se han pronunciado abiertamente en su favor. La lucha activa del campesinado le imprime un nuevo paso al desarrollo de las contradicciones del modelo tradicional remendado por los yanquis, ya que anteriormente la lucha campesina por la tierra no había tomado la forma que tiene en la actualidad. Esta política de expropiación campesina obedece a la necesidad que tiene la oligarquía general, y la trujillista en particular, de lograr un rápido enriquecimiento. Hasta ahora no había sido necesaria la expropiación abierta del campesinado porque el modelo permitía enriquecerse por medio del comercio exterior y porque la economía en general seguía creciendo; pero ahora, cuando esto se estanca, el enriquecimiento tiene que hacerse a costa de una mayor expropiación de los trabajadores.

Incluso el estancamiento económico que vivimos actualmente impide que el grupo oligárquico dominante pueda participar en pleno del poder político y económico, lo cual ha determinado un rompimiento político entre el presidente Balaguer y el vicepresidente Lara.

La situación desesperante por la que está pasando la clase trabajadora se refleja directamente en los comerciantes e industriales, en los choferes y en los demás grupos que viven del consumo popular.

Al mismo tiempo, el régimen ha iniciado una política encaminada a entregar nuestras riquezas mineras, las mejores tierras y las mejores oportunidades industriales a los intereses de los monopolios norteamericanos. Esta política entra en contradicción con las aspiraciones de la mayoría de los industriales, comerciantes y campesinos, y en general del pueblo dominicano, que ve cómo se entregan nuestras riquezas a los intereses extranjeros.

En la actualidad, la depauperación está tan generalizada que alcanza a la mayoría de los miembros de las fuerzas armadas y la policía nacional.

Se observa la agudización progresiva de las contradicciones in-

herentes al sistema, que esta vez alcanzan incluso a las amplias masas campesinas. Han llegado a un desarrollo tal, que cada día se hace más difícil la subsistencia del régimen de Balaguer a pesar de la ayuda norteamericana, sobre todo cuando la nación se percata de las ambiciones continuistas, lo cual significa, a los ojos del pueblo, la continuación de la actual situación por tiempo indefinido.

Es evidente que el régimen actual no es capaz de satisfacer las necesidades de pan, trabajo, educación y libertad que desean la gran mayoría del pueblo, y que a éste no le queda otra salida que la lucha abierta contra el sistema que lo oprime.

III. CONCLUSIONES

El modelo económico tradicional que ha regido nuestra actividad económica lleva implícito los gérmenes de su propia destrucción. Este modelo se apoya en una estructura semifeudal, en una economía natural. Su funcionamiento implica su complementación con el mecanismo mundial del imperialismo: le suministra bienes primarios a éste y le compra bienes manufacturados. Existe pues una unidad dialéctica entre ambos. Condena a la gran mayoría del pueblo dominicano —el campesinado— a una economía de subsistencia, la cual sólo tiene posibilidad de evadir emigrando a las ciudades para allí formar parte del ejército de desempleados o servir, impulsado por el hambre y la miseria, en los órganos de represión del régimen. Igualmente, dentro de este marco, el proletariado industrial está a expensas del crecimiento limitado, lento, de la industria; este lento crecimiento, junto al empleo de técnicas desplazadoras de la fuerza de trabajo, determina que las esperanzas de empleo de las masas urbanas se desvanezcan con el tiempo.

El modelo de crecimiento tradicional determina un desarrollo económico limitado, porque está supeditado a los intereses de los grupos tradicionales y de las fuerzas externas que controlan la economía; deformado, porque sólo se desarrollan ampliamente aquellos sectores que le interesan a los grupos dominantes; e hipertrofiado, porque los sectores improductivos (comercio y servicios en general) se expanden más rápidamente que los productivos. Con estas características se desarrollan también las clases y capas sociales existentes. El campesinado, mayoritario pero disperso y con poca relación económica entre sí, posee poca conciencia de clase;

sin embargo, pequeño en cantidad (por una parte, altamente concentrado en las industrias más modernas y grandes, y por otra relativamente disperso en las medianas y pequeñas industrias), llega a alcanzar un alto grado de conciencia política e ideológica no sin antes pasar por una larga etapa de caos y desorientación ideológica, y, en algunos casos, de enajenación política, propios del desarrollo limitado, deformado y dependiente del sector industrial. Por su parte, los grupos oligárquicos mantienen una actitud política de entrega al capital extranjero, sostén fundamental del *statu quo* del cual se benefician. Finalmente, la burguesía nacional, especialmente la industrial, no alcanza un desarrollo normal; por el contrario, se desarrolla en forma limitada, con poca cohesión interna y ligada en gran medida al orden de cosas vigente. Por esa razón su visión de la realidad es limitada y no está capacitada política ni económicamente para dirigir el proceso social dominicano de acuerdo a los intereses nacionales.

En el transcurso del tiempo, las contradicciones propias del modelo van madurando y al mismo tiempo se reducen sus posibilidades de crecimiento hasta imposibilitar su funcionamiento.

El modelo económico tradicional imperante en nuestro país tuvo un periodo de desarrollo progresivo. Era el producto de importantes excedentes del comercio exterior y de la contención de las aspiraciones populares de consumo. La situación cambió cuando se fue reduciendo el excedente y cuando las masas trabajadoras se plantearon la necesidad de lograr mejores niveles de vida. A partir de entonces empezó a operar con desequilibrios, lo cual dio inicio a su proceso de descomposición. Estos desequilibrios fueron profundizándose hasta llegar al actual estancamiento económico, que aumenta las tensiones sociales a todos los niveles, incluyendo al campesinado, y demuestra que la estructura actual es incapaz de satisfacer las necesidades vitales de la mayoría del pueblo. El modelo ha agotado todos sus recursos. Ante esta situación se plantea como necesidad histórica la sustitución del modelo tradicional por su antítesis, es decir, por un modelo de desarrollo nacional que satisfaga las necesidades de las grandes mayorías nacionales. La ley del desarrollo económico y social de nuestro país así lo determina, y ésta se impondrá aunque las botas invasoras traten de impedirlo.

FASCISMO Y SUBDESARROLLO EL CASO DE HAITÍ

Héctor Cary

Los hombres hacen su propia historia;
pero no la hacen arbitrariamente, en las
condiciones elegidas por ellos, sino en
unas condiciones directamente dadas y
heredadas del pasado

K. Marx

Por el título de mi exposición podría parecer que considero el régimen político haitiano como un caso definido de fascismo del subdesarrollo. Quisiera disipar esta impresión y dejar sentado que se trata de una ilustración de un caso tal vez incluso marginal dentro de una problemática más grande. Por consiguiente, no presento los resultados de una investigación profunda. Intento, en el mejor de los casos, despejar un campo de investigación a partir de ciertos tipos de regímenes políticos, tales como la "papadocracia", regímenes que parecen romper todas las tipologías reconocidas, pero que presentan algunas características comunes que suscitan espontáneamente su adscripción al fascismo.

Así, partiendo de una comprobación elemental, el uso corriente que se hace del término fascista puede caracterizar, en ciertos aspectos diferentes, los regímenes de países como Guatemala, Nicaragua, Brasil, Paraguay, la República Dominicana y, por último, Haití. Si es cierto que en cada uno de estos países es fácil identificar las técnicas "fascistas" o fascizantes, de organización política o incluso los elementos de la ideología fascista, ¿es legítimo aplicar globalmente el concepto del fascismo en el sentido de una correspondencia, científicamente demostrable, entre la categoría histórica y la realidad empírica?

En otros términos, ¿en qué medida existe una relación empírica entre fascismo y subdesarrollo? ¿En qué consiste dicha relación? ¿Cómo se articula? Porque, después de todo, no se puede, desde el punto de vista de la formación social global, colocar en la mis-

ma perspectiva la Alemania hitleriana, la República Dominicana balaguerista o el Haití duvalierista. Si la relación entre fascismo y subdesarrollo es posible, falta caracterizar también la especificidad de este fascismo, sin contar las implicaciones teóricas y prácticas que sería necesario despejar. Tal ha sido en lo esencial mi propósito.

En primer momento, me parece inevitable recordar la realidad histórica identificada con el fascismo. Con objeto de evitar la interferencia conceptual debida a la asociación frecuente que se hace entre fascismo y bonapartismo, establezco una separación previa entre ambos fenómenos. Se comprenderá que esta breve síntesis es indispensable para fijar un mínimo de puntos de referencia a partir de los cuales se puede abordar la hipótesis del fascismo del subdesarrollo.

I. LA REALIDAD HISTÓRICA DEL FASCISMO

A. *Un fenómeno conexo: el bonapartismo*

La tradición histórica ha formado el concepto de bonapartismo, como es sabido, a partir del estudio clásico de Marx: *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*. Analizando la coyuntura de clase que favoreció el golpe de Estado de "Napoleón el pequeño", Marx demuestra que se trataba de una constelación entre la burguesía, el proletariado y los campesinos parcelarios conservadores. Y en la medida en que descubre la base social ampliada del golpe de Estado, Marx señala también la presencia de "elementos desclasados" de la burguesía, de la nobleza, del campesinado, así como el lumpenproletariado parisino. En cuanto al propio Bonaparte, quisiera aparecer "como el bienhechor patriarcal de todas las clases de la sociedad".

La conceptualización ulterior de este fenómeno histórico corresponde a la *situación transitoria del equilibrio de clase entre el proletariado y la burguesía*. Como otras características esenciales de la forma bonapartista de Estado, se tiene en cuenta que se trata de una forma de Estado capitalista de excepción (esto es, que hace frente a una situación de crisis), y que esta forma de Estado goza de una autonomía relativa en relación con las clases dominantes. Marx habla precisamente del poder ejecutivo que se ha vuelto "independiente de la sociedad".

B. Esencia del fascismo

Los esfuerzos —todavía inagotables— de interpretación del fascismo se han llevado a cabo, en grados diversos, sobre dos dimensiones esenciales:

1] *Su condicionamiento económico*: el fascismo es un producto del capitalismo monopolista que llega a la etapa imperialista de su desarrollo y que atraviesa un periodo de crisis.

2] *Su condicionamiento sociopolítico: su base de clase*: como movimiento de masas, el fascismo se apoya sobre la pequeña burguesía, las capas medias proletarizadas, o en vías de proletarización, el lumpenproletariado y parcialmente sobre el proletariado (por la propaganda anticapitalista), y finalmente es recuperado por el gran capital.

3] *Su ideología* pretendidamente anticapitalista, nacionalista (y profundamente racial en el caso alemán), ideología que preconiza la colaboración de clases, especialmente entre la burguesía y el proletariado.

4] *Su expresión institucional*: esencialmente el Estado fascista dominado por el “Führer” o el “Duce”, el partido único, la policía política, teniendo como aparatos de ayuda complementaria las organizaciones de masas y las milicias paramilitares.

No pudiendo, por razones evidentes, pasar revista a la literatura disponible sobre el fascismo, aprovecharé la obra reciente de Nicos Poulantzas, *Fascisme et dictature*.^{*} Reproduzco sus “proposiciones generales” sobre los elementos constitutivos de la coyuntura fascista (páginas 72-90 [71-93]):

— una situación de profundización y de exacerbación aguda de las contradicciones internas entre las clases y fracciones de clase dominantes;

— una crisis de hegemonía en el seno del bloque en el poder, en el sentido de que ninguna clase o fracción de clase dominante parece capaz de imponer su “dirección” por sus propios medios de organización política;

— una reorganización de la hegemonía que comprende el establecimiento de una nueva relación de fuerzas y la afirmación hegemónica de una nueva fracción de clase en el seno del bloque en el poder: especialmente la del capital financiero, y hasta del gran capital monopolista;

— una crisis ideológica generalizada, es decir a la vez una cri-

^{*} Poulantzas Nicos, *Fascismo y dictadura*, Siglo XXI Editores, México, 1971.

sis de los otros subconjuntos ideológicos de las clases dominadas;
— una ofensiva del gran capital y del bloque en el poder;
— la aparición del Estado fascista con sus características particulares relativas al aparato de Estado propiamente dicho y a los aparatos ideológicos del Estado.

No olvidemos, en fin, que desde el punto de vista de la superestructura, el fascismo es una forma de Estado perteneciente al tipo de Estado capitalista, pero es al mismo tiempo una forma de Estado específico, es decir una forma de Estado de excepción, en tanto que corresponde a una crisis política. Existen otras formas de Estado de excepción, especialmente el bonapartismo y las diversas variantes de dictadura militar. Esto, desde el comienzo, plantea la cuestión de la *especificidad* del fascismo en relación con esas otras formas y, naturalmente, al contrario; porque esas otras formas de Estado de excepción corresponden, ellas también, a especies particulares de crisis políticas.

II. EL CASO HAITIANO

Antes de emprender el estudio del caso haitiano, se imponen algunas observaciones preliminares.

En principio, no se trata de realizar un estudio profundo del duvalierismo. Si bien no se ha dicho todo, sí lo fueron muchas cosas, unas veces en publicaciones de distintas tendencias y otras en los textos, a menudo valiosos pero dispersos, de organizaciones revolucionarias clandestinas. Unos y otros, en grados diferentes, han expuesto, descrito y disecado la fantasmagoría sangrienta que es el régimen haitiano de estos últimos catorce años.

Nuestro propósito consiste en partir de lo adquirido por estos análisis y situar el duvalierismo en una perspectiva determinada: la de su posible caracterización como "fascismo del subdesarrollo", con lo que obtenemos un objeto y un campo de análisis, limitados y precisos. Dicho objeto es el régimen sociopolítico haitiano identificado en Duvalier, y que llegó a su apogeo alrededor de 1960-1961 y 1969-1970.

De ahí surge otra observación importante. Si bien el objeto así definido está constituido históricamente, hoy se halla en plena mutación, o por lo menos, en una frase de transición. En efecto, una vez desaparecido Duvalier de la escena falta el elemento clave del régimen, es decir su instancia "carismática" suprema. Por lo mis-

mo, aparecen en el poder polos o sectores relativamente autónomos que, por la fuerza de las cosas, se enfrentarán cada vez más, puesto que se pierde la principal característica del régimen, que era el monolitismo.

Nos vemos, pues, obligados a hacer que nuestro propósito no rebase el límite de la actualidad, y en cuanto al campo de análisis, incluirá las dos dimensiones esenciales de lo social y lo político.

Y después de pasar revista a los promotores de la tesis del "fascismo criollo", podremos acometer el examen de su fundamento legítimo.

A. Economía política y condicionamiento sociopolítico Condicionamiento económico

No es mi intención trazar un cuadro económico general de Haití. Para esto, es posible remitirse a los autores anteriormente mencionados,¹ en particular Pierre-Charles y Rotberg. A los análisis de estos autores, hay que añadir, naturalmente, los informes anuales del CIAP (Comité Interamericano de la Alianza para el Progreso), de la CEPAL y de las Naciones Unidas en general. Sin contar las investigaciones especiales de organismos interamericanos, como por ejemplo el informe tripartita BID-OEA-CEPAL, que data de 1961-1962 y en el cual están consignados datos fundamentales sobre la estructura de la economía haitiana.

Se trata aquí de señalar la configuración político-económica del régimen haitiano de los últimos catorce años.² En otros términos, se quiere mostrar la correspondencia infraestructural del régimen sociopolítico calificado globalmente de fascista. Tal cometido se inscribe en la articulación de nuestra exigencia inicial, o sea que la relación estructural entre subdesarrollo y fascismo debe ser establecida y demostrada *empíricamente*.

Esta configuración político económica puede, considerarse en dos aspectos íntimamente ligados: el desarrollo del subdesarrollo y

¹ Véase especialmente: Bernard Diederich y Al Burt, *Papa Doc, The Truth about Haiti Today*, Nueva York, Mc Graw-Hill, 1969; Freres du Monde, *Haiti enchainé*, Burdeos, 1966, núm. 43-44; Leslie F. Manigat, *Haiti of the Sixties, Object of International Concern*, Washington, 1964 y *Statu quo en Haiti?*, Paris, La technique du livre, 1971; Gérard Pierre-Charles, *Haiti, radiografía de una dictadura*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1969; Gesner Roc, *Haiti Tournant après Duvalier?*, Montreal, Editions J. J. Acaau, 1968; Robert Rotberg, *Haiti, the Politics of Squalor*, Boston, Houghton Mifflin Co., 1971.

² Para un balance económico reciente del duvalierismo, véase Guy Pierre, *Bilan économique du duvaliérisme*, Nouvelle Optique, vol. 1, núm. 4, 1971, pp. 33-49.

la consolidación de la dependencia, situándose el primer aspecto entre 1958 y 1968, y el segundo de 1968 a nuestros días.

1] Desarrollo del subdesarrollo

Como punto de partida, es preciso saber que en los años 1954-1955, habían comenzado a manifestarse los signos de un retroceso económico. Pero a partir de 1956-1957, fue una verdadera situación de crisis la que se instaló en Haití, en especial la producción y el comercio exterior. Fue esencialmente una crisis de carácter estructural cuyos principales elementos son los siguientes.

- débil acumulación del capital;
- no existencia o exigüidad del mercado interior;
- orientación del comercio exterior hacia la exportación de productos manufacturados;
- incapacidad de la estructura agraria en rigor para estimular el desarrollo económico;
- dependencia semicolonial del extranjero.

Así, cuando Duvalier se adueña del poder en septiembre de 1957, hereda la crisis, no la crea. Pero en adelante, se puede afirmar que el régimen de Duvalier no pudo dominar, ni siquiera atajar la crisis. Prácticamente, de 1958 a 1968 el gobierno proclama regularmente un nuevo programa económico:

- año 1958-1959: año de la batalla económica;
- año 1959-60 : año de la salvación económica nacional;
- año 1963 : año del despegue;
- a partir de 1968: década del desarrollo económico.

Ya en mayo de 1961 un informe de las Naciones Unidas dio la señal de alarma: "...En particular, durante los últimos años, la situación del país se ha vuelto cada día más desesperada y en este momento, el estado de cosas que impera en Haití no puede durar mucho tiempo. El país ha llegado muy cerca del punto en el que los mecanismos básicos que aseguran la vida de la nación pueden romperse y la supervivencia mínima de la población encontrarse en peligro inminente".³ Como indicios de esta situación de estancamiento y deterioro, puede señalarse que entre 1960-1962, la tasa de crecimiento del PNB se mantiene al mismo nivel que en 1955, esto es a una tasa de crecimiento de la población de 2.5

³ Citado en Pierre-Charles, *L'Economie Haitienne et sa voie de développement*, Paris, Maisonneuve et Larose, 1967, p. 207.

por ciento mientras la tasa de inversiones cae del 8 por ciento del PNB en 1955 al 6 por ciento en 1961-1962. Pero fue en 1963 precisamente el año en que el gobierno anuncia la puesta en marcha, cuando se inicia la fase de desarrollo del subdesarrollo económico haitiano. A partir de esta época, Haití vuelve a entrar, como dice Pierre-Charles, en la categoría de “sociedad en retroceso”. En otros términos, se trata de un “proceso de aceleración del subdesarrollo y de deterioro de las condiciones económicas y sociales...”⁴

Según el mismo autor, esta fase de retroceso permanente se ha manifestado por los siguientes fenómenos:

a] *Disminución del producto per cápita.* A un ritmo netamente inferior a la tasa de crecimiento demográfico: de 76.3 dólares en 1960 a 73.8 en 1968. En el periodo 1960-1967, la tasa de crecimiento del producto per capita fue de —7.3 por ciento. En la misma época, los países de América Central tuvieron un aumento de 3 a 5 por ciento de su producto per cápita.

b] *Deterioro del comercio exterior.* De 41 millones de dólares en 1963, el valor de las exportaciones cae a 35.6 millones de dólares en 1968; excepto el año de 1963, la balanza comercial se mantiene negativa. Es preciso consignar igualmente aquí que, en el periodo considerado, Haití no dispone ya de reservas de divisas, tanto que, desde 1962 el gobierno solicita un préstamo anual de 1 millón de dólares con el fin de sostener la moneda nacional —la *gourde*— que desde 1919 está ligada al dólar norteamericano a la tasa fija de 5 *gourdes* por 1 dólar.

c] *Restricción de las rentas presupuestarias del Estado:* De 27.4 millones de dólares en 1962, las rentas presupuestarias del Estado han pasado a 23.7 millones en 1967.

d] *Disminución del nivel de vida de la población.*

— índice del costo de la vida: 119 en 1964 a 135.2 en 1967.

— restricción de la circulación monetaria en el campo

— baja del 20 por ciento del salario de los empleados públicos

— mantenimiento del salario mínimo de los obreros en 70 centavos por día. (Recientemente el gobierno ha decretado que sea de un dólar.)

El desarrollo del subdesarrollo ha significado “un fenómeno de

⁴ Pierre-Charles, *Interprétation des faits et perspectives du développement économique en Haïti*. Comunicación presentada en el simposio “Culture et Développement”, celebrado en la Universidad de Montreal, mayo de 1970, p. 8 (mimeografiada). Publicada bajo el título: “Haïti: Hambre o Revolución”, *Problemas del Desarrollo. Rev. Latinoamericana de Economía*, núm. 7, 1971, Instituto de Investigaciones Económicas, México.

empobrecimiento nacional sin equivalente en América Latina y el Caribe de entonces".⁵ Dos ejemplos bastarán para ilustrar esta diferencia creciente entre Haití y los países más cercanos a Haití por el subdesarrollo: mientras Bolivia, Honduras y la República Dominicana tenían un ingreso per cápita que alcanzaba respectivamente 210, 200 y 270 dólares en 1968, el de Haití oscilaba entre 65 y 70 dólares; mientras Guatemala disponía en 1965 de 1 066 médicos y la República Dominicana de 2 158, en Haití no había más de 311. Podrían señalarse otros indicios de regresión acelerada en otros sectores de la economía; pero todos concurren a demostrar que entre 1958 y 1968, Haití retrocedió.

Sin embargo, a partir de 1968, se produce un cambio. Como dice Manigat, "desde 1968, ya no se baja la pendiente, si bien todavía no se la remonta en realidad".⁶ ¿Qué ha ocurrido? ¿Acaso el régimen duvalierista había logrado dominar al menos la crisis? Vamos a encontrar la respuesta abordando el otro aspecto de la configuración económica, del régimen, es decir la intensificación de la dependencia.

2] Intensificación de la dependencia

Impónense aquí algunas advertencias preliminares. Ya que se trata de *intensificación* de la dependencia (y no de su instalación primera), es preciso señalar ante todo que, interrumpida en 1962 bajo Kennedy, la "ayuda" norteamericana al gobierno de Haití se prosiguió en forma discreta y oficiosa en 1965 y 1966, y se reanudó oficialmente bajo Nixon después de la visita de Rockefeller en 1969.

Por otra parte, no fue accidental que hasta 1966-1967 los informes del CIAP subrayaran con tanta insistencia la necesidad del gobierno haitiano de crear "un clima político adecuado" con miras a posibles inversiones en el país. Duvalier allanó el camino a partir de 1968. De dicho año datan especialmente las primeras apariencias de "liberalización" del régimen, por ejemplo con el camuflaje de los "Tontons Macoutes", la sordina puesta a las detenciones arbitrarias, la liberación de algunos presos políticos, etcétera. (Opuestamente, en el curso del año 1969, "la atmósfera" se opacó de nuevo para culminar en la represión brutal de la oposición de izquierda organizada en la clandestinidad.)

⁵ Manigat, *Statu quo...*, p. 10.

⁶ *Ibid.*, p. 12.

Si nos colocamos sobre todo en el periodo que sigue a 1968, no podríamos ignorar los numerosos actos del gobierno anteriores a esta fecha, los cuales han contribuido a consolidar la situación de dependencia. Como lo hace notar Pierre-Charles, "en el campo del fortalecimiento de la penetración imperialista, la era duvalierista iba a superar todos los precedentes".⁷ A tal respecto, basta señalar los contratos y concesiones de explotación que numerosas empresas extranjeras, sobre todo norteamericanas, han podido aprovechar de parte del gobierno desde 1957.⁸

En lo que concierne al fenómeno reciente de intensificación de la dependencia, me limitaré a subrayar lo que, en mi opinión, constituye su característica fundamental, a saber la promoción de una política llamada de asociación entre el capital extranjero, especialmente norteamericano, y participantes haitianos. Esta política afecta esencialmente el sector de industrias ligeras de transformación y orientadas a la exportación. Se puede desde ahora deducir la implicación inmediata: la renuncia a una política autónoma de industrialización, ya que esta pretendida asociación se lleva a cabo en primer lugar de acuerdo con los intereses de los inversionistas extranjeros. He aquí algunos indicios:

—*Legislación fiscal extremadamente liberal.* En su obra reciente sobre Haití, Rotberg indica con satisfacción:

Incluso en Haití, la legislación es en extremo favorable a las inversiones industriales. Los inversionistas no tienen que pagar impuestos sobre el material importado o sobre los bienes que exportan. Existe una exención completa de impuesto sobre la renta para los primeros cinco años de explotación, y solamente una eliminación gradual de la exención en el curso del segundo quinquenio.⁹

Haciendo justamente alusión a la exención fiscal completa concedida por el gobierno haitiano para la explotación de la isla de la Tortuga, unos portavoces quebequenses de la Dupont Caribbean Inc., sociedad establecida en Texas, elogiaron la creación de este "nuevo paraíso fiscal, el primero en el Caribe después del "free-port" de Frand Bahamas".¹⁰ En fin, añadiendo la nota política de servidumbre neocolonial, el nuevo cónsul de Haití en Montreal

⁷ Pierre-Charles, *Radiografía*, p. 143.

⁸ *Ibid.*, pp. 142-148.

⁹ Rotberg, *op. cit.*, p. 304.

¹⁰ *La Presse*, Montreal, 8-VI-1971.

declaraba a la prensa: "El hombre de negocios norteamericano que busque un lugar seguro para sus inversiones puede volver los ojos sin vacilar hacia esta isla, bastión latinoamericano del anticomunismo..."¹¹

— *Garantía del mercado local*, es decir prácticamente la concesión de una situación monopolista de producción y de venta. Es lo que un informe del *US Department of Commerce* llama "la protección del mercado local contra la competencia extranjera".¹² No hay que decir que, gracias a esta cláusula leonina, los inversionistas norteamericanos producen y venden lo que satisface sus necesidades de rentabilidad inmediata y que, por consiguiente, el consumidor haitiano se encuentra defraudado en cuanto a la posibilidad incluso teórica de elección más ventajosa.

Esta política económica comenzó a "dar fruto" en 1968. En efecto, de 6 tan sólo en 1967, las firmas que gozaban de la exención fiscal pasaron a 16 en 1968. De las 78 empresas nuevamente registradas entre 1966 y 1969, 70 se beneficiaron con la cláusula de exención como industrias de exportación. Para tener una idea del ritmo al que el gobierno se apresuró a conceder sus favores, baste recordar que, según una entrevista publicada en la prensa haitiana del 9 de mayo de 1970, el ministro de Comercio e Industria, señor Lebert Jean-Pierre, declaraba que entre marzo y abril de 1970 habían sido registradas 45 nuevas exenciones, o sea casi tantas como en el solo año de 1969. En fin, según el *Wall Street Journal* del 6 de julio de 1970, entre 1968 y 1970 se autorizó a un total de 90 firmas norteamericanas a cooperar en Haití bajo el régimen de la nueva legislación.

Incidencia importante de este auge repentino de las industrias de exportación: en 1969, el 38 por ciento de las exportaciones haitianas a los Estados Unidos consistían en productos manufacturados bajo los auspicios de dicha asociación industrial, es decir comprendiendo elementos importados de los Estados Unidos, transformados y acabados en Haití gracias a una mano de obra barata y pagada por pieza, y luego reexportados a los mercados del dólar.¹³

En conclusión, parece evidente que la nueva política económica no ha superado la crisis estructural, la cual se mantiene encerrada en otra dimensión: la intensificación de la dependencia.

¹¹ *Le Devoir*, Montreal, 12-VI-1971.

¹² *US Department of Commerce, Overseas Business Reports*, abril 1970, OBR-70-13, p. 5.

¹³ *Idem*. Este porcentaje era en aquella época el más elevado de América Latina.

Entonces, se plantea la cuestión: ¿“exige” ese proceso una organización “fascista” de la vida sociopolítica? En el caso afirmativo, se debería poder mostrar su articulación concreta. De lo contrario, la tesis del fascismo criollo debe circunscribirse y reducirse a su expresión superestructural, es decir institucional. Después del examen del condicionamiento sociopolítico del duvalierismo, veremos la respuesta aportada por los defensores de la tesis a la cuestión planteada.

B. *Condicionamiento sociopolítico.*

Esta parte de la exposición se apoya sobre ciertos análisis relativos al advenimiento del duvalierismo. No propongo su duplicación. Sólo extraigo los elementos esenciales para mi propósito. Así, la rúbrica: “El duvalierismo en el poder” permitirá pasar revista brevemente a sus bases de clase, a su ideología, así como a su expresión institucional. Esta evocación tiende a fijar jalones de referencia que será oportuno tener presentes en el momento de contestar a la pregunta: ¿el duvalierismo es fascismo, bonapartismo o el régimen *sui generis* bautizado ya con el nombre de ¿“papado-cracia”? Con todo, antes de llegar a esto, pasaremos por una etapa intermedia que nos familiarizará con la tesis haitiana del “fascismo criollo”.

1. El duvalierismo en el poder (1957-1971)

— *Bases de clase*

Dejemos a un lado el examen detallado de la coyuntura política que desemboca en el advenimiento del duvalierismo (es decir la campaña electoral de 1956-1957).¹⁴ Retengamos lo que, en mi opinión, constituye su característica fundamental: a saber *la crisis de hegemonía* en el seno de la pequeña burguesía. Esta crisis de hegemonía se refleja, en la época, en la fragmentación de esta clase en tres tendencias: tecnocrática (Jumelle), populista (Figolé) y “revolucionaria” —esto es, en favor de la continuación de la “revolución” de 1946 (Duvalier). Frente a esta pequeña burguesía atraída en sentidos opuestos por sus contradicciones internas, se levanta la burguesía entregada, cuyas fracciones dominantes llegan a formar bloque en torno de un portavoz único (Déjoie). Pese a un breve interludio engañoso durante la campaña electoral a partir del 25 de mayo de 1957, esta pequeña burguesía no lle-

¹⁴ Roc, *op. cit.*, pp. 70-75.

ga a superar realmente su fraccionamiento hasta la conquista de la hegemonía (es decir *la dirección política*) por el ala duvalierista en septiembre de 1957.

Instalado en el poder (1957-1971), ¿qué representa el duvalierismo? En otros términos, ¿qué *intereses de clase* articula directa e indirectamente? Hay que decir inmediatamente que ya durante la campaña electoral de 1956-1957 aparecieron otros componentes sociales del duvalierismo: una fracción apreciable de la burguesía latifundista (beneficiaria de la “revolución” de 1946), así como ciertas capas de proletariado y subproletariado urbano. Si bien hoy es cosa probada que éstas (sin tener en cuenta “promociones” individuales) continúan en la misma situación de clase dominada, la burguesía latifundista, por su parte (renovada por la adición de nuevos elementos), sigue participando como *clase-apoyo* en la hegemonía pequeñoburguesa, aunque no con exclusividad.

En efecto, desde 1968 se hace evidente que las fracciones dominantes de la burguesía entregada, en otro tiempo fuertemente sacudidas por el duvalierismo en su fase de consolidación (1960-1965), no sólo se han adaptado a la hegemonía pequeñoburguesa sino que además se aprovechan de ella plenamente y la sostienen activamente. (¡Recuérdense los “efectos benéficos”, para esta clase, de la política económica del duvalierismo!) En otros términos, la burguesía entregada funciona, ella también, como *clase-apoyo* del duvalierismo.

¿Habría materializado entonces Duvalier su gran sueño ideológico, es decir lo que él llamó “el equilibrio entre las dos clases”, o más bien “entre las élites de las dos clases”, clases que, en su terminología, eran “la clase mayoritaria negra”, llamada todavía “las buenas clases medias”, y “la clase minoritaria mulata”, es decir la burguesía? Al transmitir el poder a su hijo, en enero de 1971, Duvalier pretende, después de catorce años de hegemonía, haber creado “una nueva élite” en Haití, al igual que Vespasiano en Roma... Esta élite se supone “injertada” sobre la antigua para revigorizar la armazón de la clase dominante en quiebra.

Piedra angular del duvalierismo, Duvalier ha desaparecido hoy físicamente de la escena política. Sin embargo, en contra de toda previsión, ninguna crisis mayor (es decir implicando una alteración de las fuerzas en presencia) se ha producido aún en el seno del sistema que fundó. Yo veo en ello un indicio significativo de la estabilidad relativa de la relación de clases consolidada a partir de 1968. Por el contrario —y ésta es la respuesta a la cuestión

suscitada más arriba— sería prematuro y aventurado afirmar el carácter sedimentario, o sea *estructural*, de esta relación de clases.

2. Ideología del duvalierismo

No se trata aquí de un análisis immanente de la ideología duvalierista, sino más bien de una enumeración de sus elementos funcionales.¹⁵ Distingamos —admitiendo de lleno su interacción— entre la ideología de la conquista del poder y la ideología del poder. En el primer caso, Duvalier pretende ser el heredero y el continuador de la “revolución” de 1946. Ésta se identifica con “el estimeísmo”, la esencia del cual consiste en el objetivo perseguido por el presidente Estimé, a saber la creación de una “burguesía negra” para hacer pareja con la “burguesía mulata”. Desde la campaña electoral hasta su muerte, la práctica ideológica y política de Duvalier no se cansó, en efecto, de invocar “la herencia estimeísta”. Por otra parte, el duvalierismo pretende ser la expresión ideológica de las “buenas clases medias”. En cuanto al propio Duvalier, se autoproclamó representante por excelencia de “la clase”. La racionalización y la teorización de esta representatividad están consignadas en no pocos escritos y discursos, particularmente en su ensayo sobre las clases sociales en Haití.¹⁶ Se ha demostrado en otro lugar¹⁷ el ilusionismo de la dicotomía imaginada por Duvalier entre “la clase mayoritaria negra” y “la clase minoritaria mulata” así como el voluntarismo autoritario (fuente del “fascismo” papadocrático) implícito en la dinámica de las clases trazadas por él.

Jamás, desde 1946, tuvieron “las clases medias” una articulación ideológica tan pronunciada y multiforme como bajo el duvalierismo.

En el poder, la ofensiva ideológica del duvalierismo se aplica a afirmar un carácter referencial absoluto, por lo tanto, a combatir toda expresión ideológica competitiva, es decir virtualmente subversiva. Una sola “contra ideología” surgió bastante pronto, con la intención declarada de afrontar el duvalierismo como ideología de clase: el socialismo. Desde el aplastamiento de las primeras luchas estudiantiles, profesionales y sindicales de los años 1958-1959

¹⁵ Para un estudio crítico del aspecto místico de esta ideología, véase K. Levéque, *L'interpellation mystique dans le discours duvaliérien*, Nouvelle Optique, vol. 1, núm. 4, pp. 5-34.

¹⁶ Lorimer Denis et Dr. François Duvalier, *Le problème des classes à travers l'histoire d'Haiti*, Puerto Príncipe (Collection “Les Griots”), 2^a ed., 1958.

¹⁷ Roc, pp. 32-35.

a 1963, hasta la represión abiertamente anticomunista de los años 1968-1969, el “militantismo” antisocialista, antimarxista y anticomunista del duvalierismo sigue siendo una constante. Hoy, el duvalierismo considera naturalmente a Haití como un fuerte modelo del anticomunismo.

3. Expresión institucional

En este dominio también, numerosos trabajos recientes han puesto al día con toda amplitud las estructuras de organización política del duvalierismo. Las descripciones sugestivas de Diederich y Burt, así como los análisis meticulosos de Pierre-Charles o Rotberg, constituyen logros importantes.¹⁸ Me contentaré —siempre a título de referencia para el examen de la tesis del fascismo criollo— con adoptar los elementos esenciales. Lo que Pierre-Charles llama la “papadocracia”, o Rotberg “el Estado saqueador” (*the predatory State*), se caracteriza como sigue:

— Personalización extremada del poder: esto es, Duvalier como primera y última instancia de decisión del aparato de Estado;

— *Corrupción* generalizada, no sólo en el plano propiamente político y administrativo, sino también en el plano social. Con todo, creo conveniente agregar que el aspecto social de la corrupción aparece como una incidencia directa del proceso de acceso de la pequeña burguesía a la dirección política y de su “asociación” forzosa (¡no sólo económica!) con las fracciones dominantes de la burguesía. Por eso sería un error imaginar que esta corrupción se extiende al campesinado que, por su marginalidad objetiva, ha vivido siempre, en su conjunto (es decir, excepto sus capas semiurbanas), fuera de los “valores” morales urbanos.

— *Violencia* institucionalizada, con los *Tontons Macoutes* como cuerpo nuevo y superdeterminante en el engranaje represivo. Es importante, en efecto, no olvidar que el “macoutismo” no sólo tiene un valor estrictamente militar (por ejemplo como contrapeso del ejército regular, cuyas estructuras interpenetra); es también el *aparato ideológico* en tanto que condiciona el comportamiento de la población. En otros términos, importa poco que actualmente los *macoutes* sean menos visibles: la *conciencia* de su existencia basta para reprimir la expresión política, sin hablar siquiera de las veleidades de acción política.

¹⁸ Diederich and Burt, caps. 12, 16, 18, 20; Pierre-Charles, *Radiografía*, cap. 5; Rotberg, cap. 10.

En cuanto a la arbitrariedad legislativa y jurídica, la prisión ilegal o las ejecuciones sumarias, constituyen los corolarios obligados de la violencia institucionalizada. Hay que añadir que a ejemplo de otros regímenes análogos (República Dominicana, Guatemala, Paraguay, Brasil), la *policía política* ha surgido igualmente, bajo el duvalierismo, como aparato represivo e ideológico de primer plano. Así, por ejemplo, reorganizada con la ayuda de la CIA, ha desempeñado un papel decisivo en el descubrimiento y dismantelamiento de las organizaciones clandestinas, sobre todo con ocasión de la represión ya señalada de 1968-1969.

Ciertos defensores de la tesis del fascismo criollo consideran en primer lugar la violencia institucionalizada como la expresión suprema de este fascismo. La violencia según Pierre-Charles, estaría íntimamente vinculada a las estructuras socioeconómicas "arcaicas" y "en descomposición". Una vez más, partiendo de este postulado, es preciso, en términos de un análisis riguroso, mostrar la articulación entre estructuras y fascismo. Dicho de otro modo: *por qué y cómo* aquéllas suscitan a éste.

Al reiterar esta cuestión fundamental, llegamos a la etapa en la que ya sólo queda entrar en conocimiento de la tesis misma.

III. EL DUVALIERISMO COMO "FASCISMO CRIOLLO"

A. La variante Manigat

Leslie F. Manigat es uno de los primeros autores, si no el primero, que agregó el epíteto de "fascista" al duvalierismo. En *Haiti of the sixties* lo denomina "fascismo de subdesarrollo". Ahora bien, desde el planteamiento del problema, nos damos cuenta de que la marcha que sigue Manigat no consiste en establecer la relación —la articulación— entre fascismo y subdesarrollo; se trata más bien para él, de "resumir los rasgos del régimen de Duvalier que son característicos o que pertenecen a un tipo fascista de gobierno".¹⁹

Utilizando como encasillado implícito el genotipo germano-italiano, Manigat señala los elementos constitutivos del engendro haitiano:

- el "racismo", esto es la ideología negrista nacionalista (transmitida por la Escuela de Etnología),

¹⁹ pp. 85-90. Subrayado del autor de este estudio.

- el culto del “Führer” (Duvalier, “líder espiritual de la nación”),
- el anticomunismo,
- la violencia (la fuerza bruta) como técnica de salvaguarda del poder.

B. *La variante Roc*

En *Haití: Tournant après Duvalier*?²⁰ el autor lleva a cabo un desmarque en relación con el cuadro de referencia original. Si bien se trata de no perder de vista el contexto histórico de este último, el acento se carga sobre todo en las técnicas de organización política del fascismo liderazgo autocrático, nacionalismo patrioter, partido único, organizaciones paramilitares, etcétera. Roc llama la atención sobre el hecho de que, “separadas” de su contexto infraestructural primero, esas técnicas fueron antes y sobre todo después de 1945, adaptadas a otras estructuras sociales, igualmente en crisis, particularmente en América Latina.

Lo que constituye toda la diferencia entre el “modelo” y su adaptación es el nivel de desarrollo en el cual se inserta ésta, es decir “la situación de transición (variable según los casos) creada por efecto de penetración parcial del modo de producción capitalista”. De allí, el autor llega al concepto de “fascismo ecléctico”, que sirve a su vez de patrón para el análisis del caso haitiano desde la crisis de 1956-1957 hasta la conquista del poder por el duvalierismo en septiembre de 1957. En esta fecha, concluye, éste había reunido los elementos que iban a hacer de él “una variante del fascismo ecléctico”.

C. *La variante Pierre-Charles*

Para el autor de *Radiografía*, la papadocracia constituye “uno de los ejemplos más luminosos del fascismo en vigor en una sociedad subdesarrollada y semicolonial”. Se trata del fascismo criollo. ¿Cómo se define? ¿A qué corresponde?

El fascismo criollo —versión sui géneris del orden hitleriano— corresponde a un tipo de sociedad *feudal o semifeudal* en la cual los medios legales utilizados tradicionalmente por los sectores gobernantes se revelan insuficientes y caducos para garantizar “el orden”...

²⁰ pp. 66-69, 75-79.

El fascismo criollo es una deformación, una excrecencia monstruosa del régimen económico y político correspondiente a las sociedades precapitalistas latinoamericanas... Aparece en el curso de las etapas posteriores a la degeneración de la estructura feudal...²¹

Estos pasajes resumen de manera precisa en alto grado la interpretación que da Pierre-Charles de la causalidad y de la finalidad del fascismo criollo. *Radiografía* no articula, sin embargo, el contenido particular de este fascismo en el caso haitiano, como no sea que estaría caracterizado por la promoción generalizada de la violencia.

En un texto más reciente,²² Pierre-Charles se ha inclinado de nuevo sobre el fascismo en América Latina. Los regímenes de excepción que existen en el momento actual en un buen número de países del hemisferio representarían, "en su esencia y su manifestación, un modelo de fascismo engendrado por las condiciones de crisis por las que atraviesa América Latina en el contexto de su subdesarrollo y de su dependencia neocolonial respecto del sistema mundial capitalista..." El fenómeno se encontraría "En toda su plenitud" en los países como el Paraguay, Haití y Brasil, constituyendo estos dos últimos, casos extremos.

En relación con *Radiografía*, este texto parece marcar una nueva etapa analítica en el autor. En efecto, "este nuevo fascismo está producido por la crisis de las *estructuras capitalistas subdesarrolladas independientes*... *Está engendrado por la crisis que agita a la metrópoli imperialista y repercute en el sistema de dependencia semicolonial*, provocando la exacerbación de las contradicciones sociales, el avance del nacionalismo y de las luchas socialistas.

Pierre-Charles señala los elementos siguientes como característicos del neofascismo latinoamericano:

- hipertrofia del ejecutivo,
- degradación de la función y de la acción de los grupos de presión tradicionales,
- naturaleza y política extralegales o claramente ilegales del poder establecido,
- ejercicio extremado de la violencia,
- emergencia de cuerpos especiales de represión.

²¹ pp. 103-104. Subrayado del autor de este estudio.

²² "Le néofascisme en Amérique Latine", *Revue Africasia*, núm. 18-19, abril 1970, París.

En lo que concierne a Haití hay que tener en cuenta que “la escala fascista del duvalierismo” fue iniciada por el temor de la burguesía y de la clase media” ante “la entrada en escena de las masas fanáticas de Port-au-Prince, dirigidas por el líder populista Figiolé”.

IV EL DUVALIERISMO, ¿ES FASCISMO, BONAPARTISMO O UN RÉGIMEN SUI GENERIS?

La respuesta a esta pregunta será dada a dos tiempos: primero, por un examen crítico de la tesis del fascismo haitiano a través de las variantes ya mencionadas; después por un intento de identificación tipológica del duvalierismo, teniendo en cuenta su doble condicionamiento político económico y sociopolítico.

A. *Crítica de la tesis del fascismo haitiano*

Del paralelo entre Manigat, Roc y Pierre-Charles, emerge un primer punto común: la identificación del fascismo haitiano pasa, de una manera u otra, por la *enumeración de elementos superestructurales*, es decir de organización política, proyectándose el modelo europeo como paradigma en segundo plano. Aunque no sea idéntica en los tres autores, la enumeración se mantiene en todo caso complementaria.

Esta demostración por analogía histórica formal revela pronto su carácter precario cuando da cuenta de particularidades o de especificidades que se desvían del paradigma; así, por ejemplo, el caso del “Partido Único”.

Para complementar su enumeración, Manigat propone consignar la tentativa hecha —pero no realizada— por Duvalier de crear un “Partido o Unidad Nacional”. En mi opinión, aquí no menos que en otro lugar, la intención no podría sustituir el acto.

En Alemania sobre todo, el Partido *ha funcionado* como una rueda esencial del aparato de Estado fascista, especialmente con más de un título: correa de transmisión y de ejecución de las decisiones del “Führer”, instrumento de movilización popular y de inculcación ideológica, filtro de promoción administrativa, etcétera. En el caso haitiano, importaría no sólo comprobar la ausencia de tal partido, sino también señalar el hecho de que esta ausencia podría incluso aparecer como un rasgo *distintivo* si la hipótesis de fascismo resultara admisible.

Además, no hay en Manigat elaboración analítica sino únicamente una explicitación de los elementos señalados. Un solo testimonio parece sugerir una explicación del duvalierismo como fascismo por ser expresión de la importancia del régimen para enfrentarse a la "crisis general del sistema".²³

En cuanto a su folleto reciente (*Statu quo en Haití?*), si bien aporta elementos importantes de interpretación, se limita a la utilización nominal del concepto "fascismo de subdesarrollo". Se trata, pues, una vez más, de un postulado que aguarda ser puesto en obra.

Si Roc, por su parte, parece apartarse del formalismo analógico, reintegrando la adaptación latinoamericana en su contexto preciso, no deja de hacer por ello al cabo del proceso un balance de elementos superestructurales fascistas. Hay un punto interesante que señalar: la tentativa de inserción infraestructural de esos elementos, aunque no sea sino al señalar la diferenciación de ésta en relación con el "modelo" original. Esta tentativa no es, sin embargo, más que indicativa: se halla lejos del proceso decisivo que desplegaría la articulación entre tales estructuras socioeconómicas determinadas y su correspondencia sociopolítica llamada fascista.

La aproximación enumerativa está igualmente presente en Pierre-Charles (segunda versión). Pero hay algo más importante: en su primera versión (*Radiografía*), el autor hace del fascismo una *deformación*, una *excrecencia* de las estructuras a que lo vincula. Ahora bien, en el caso europeo, la tradición teórica considera en general el fascismo como un producto, no inevitable ciertamente, pero directo del capitalismo monopolístico e imperialista: no es un cuerpo extraño. Apenas hay necesidad de insistir que existe aquí, en Pierre-Charles, una contradicción no resuelta.

Otro punto de comparación en los tres autores: articulación ausente (Manigat), apenas señalada (Roc) o insuficiente (Pierre-Charles) entre estructuras socioeconómicas y expresión superestructural fascista. Ciertamente es que el último va efectivamente más lejos que los otros dos en el ensayo de tal articulación. No se puede negar que su fluctuación analítica constituye hasta ahora un obstáculo para el desarrollo de su estudio.

Se habrá advertido que en *Radiografía* se vincula el fascismo criollo de las sociedades feudales y semif feudales, o todavía precapitalistas, de la América Latina. Más tarde (segunda versión), su interpretación acusa un viraje (o un salto hacia adelante): el

²³ Manigat, *op. cit.*, p. 78.

neofascismo está vinculado a las estructuras capitalistas subdesarrolladas y dependientes de la América Latina. Más todavía, es la crisis de la *metrópoli imperialista* que repercute en el sistema de dependencia semicolonial. Por esto, Pierre-Charles parece seguir a los autores brasileños que proponen o postulan la unión entre capitalismo dependiente y "fascismo colonial". Más adelante veremos lo que pensamos de esto.

B. Identificación tipológica del duvalierismo

En el plano económico, el fascismo original está considerado como producto del capitalismo monopolístico llegado al estadio imperialista de su desarrollo. De ahí, la transformación correspondiente del proceso capitalista (concentración monopolística, predominio del capitalismo financiero, exportación de capitales, etcétera).

Naturalmente, no podría tratarse de la transformación monopolística de las estructuras económicas haitianas, cuya configuración capitalista específica constituye, por lo demás, el objeto de divergencias analíticas importantes.²⁴ En todo caso, siendo las estructuras económicas haitianas lo que son, ¿dónde se sitúa sobre ellas la incidencia fascista del duvalierismo? Entendiéndose incidencia fascista en el sentido de revelador de la nueva articulación monopolista-imperialista de la economía.

Sin querer hacer una transposición mecánica de un caso al otro, la cuestión parece —rigurosamente hablando— absurda, dado que el capitalismo haitiano no podría compararse con el capitalismo alemán o italiano de los años 20 y 30. Sin embargo, es indudable que un efecto monopolista-imperialista, *vinculado con el régimen actual*, se manifiesta claramente en Haití a partir de 1968, especialmente por medio de la nueva política económica llamada de asociación con el capital norteamericano. ¿Cuál es la significación real de este efecto monopolista-imperialista? ¿Podría decirse que las estructuras económicas haitianas, tales como las conocemos, han suscitado ésta NEP en sentido contrario?

Es evidente —lo hemos visto— que, *contrariamente al fascismo original*, el duvalierismo no ha superado la crisis económica haitiana, la cual sigue manifestándose en "el desarrollo". Lo que no excluye que a semejanza del *fascismo original*, haya mantenido las mismas estructuras económicas heredadas de la crisis. Porque, aquí

²⁴ Baste recordar la fluctuación entre estructuras feudales, semif feudales, precapitalistas, semicapitalistas y semicoloniales. Véase *Coumbite*, junio 1971, núm. 1, pp. 40-73.

como en otras partes, la logomaquia pretendidamente revolucionaria de la pequeña burguesía no es sino la ocultación ideológica de su tendencia inherente al mantenimiento del *statu quo*.

Si bien no superada, la crisis ha podido ser, sin embargo, momentáneamente desviada, sobre todo por el refuerzo de la dependencia. En mi opinión, esta estratagema ha llenado una doble función: ha facilitado la consolidación de la nueva relación de fuerzas entre la pequeña burguesía y la burguesía entregada (la verdadera beneficiencia de la política de asociación); ha permitido la *recuperación política* del régimen duvalierista por el centro imperialista norteamericano (primero solapadamente bajo Johnson y después resueltamente bajo Nixon).

En fin, el hecho de que se trate de una recuperación (esto es, de una articulación retrasada, no inmediata —como en Brasil por ejemplo— entre centro hegemónico y sistema dependiente), este hecho, digo, suscita una interrogación importante para la inserción del duvalierismo en la coyuntura imperialista. En otros términos, como un periodo relativamente largo (1958-1968) de doble juego, de chantajes, de tensiones, ha transcurrido antes que el sistema dependiente haitiano haya podido *forzar la mano* al centro hegemónico norteamericano, ¿dónde y cuándo se sitúa realmente el punto de impacto de la “repercusión” de la crisis metropolitana? ¿Hasta qué punto la “respuesta” del sistema dependiente haitiano bajo la forma específica del duvalierismo es pertinente? Estas preguntas, en especial la segunda, desembocan en el plano político y son, en este sentido, una llamada de atención contra toda visión estrechamente economista del problema.

El aspecto político de la coyuntura fascista significa una crisis en el seno del *bloque en el poder*, es decir, para hablar como Poulantzas “una situación de profundización y de exacerbación aguda de las contradicciones internas entre las clases y fracciones de clase dominantes”. Además, existe una crisis de hegemonía en el seno de ese bloque. El advenimiento del fascismo corresponde por una parte a la reorganización de la hegemonía (es decir la instalación de una nueva relación de clases), y por otra, a la afirmación de la hegemonía de una nueva clase: “la del capital financiero, y hasta del gran capital”.

¿Qué ha ocurrido en Haití? Primero, desde diciembre de 1956 (caída de Magloire) hasta septiembre de 1957 (toma de poder por Duvalier), no ha habido *un* bloque en el poder. Con la caída de Magloire se rompe el equilibrio bonapartista instalado desde el

derrocamiento de Estimé (1950) y personificado por Magloire desde entonces. Entre diciembre de 1956 y septiembre de 1957, cinco gobiernos provisionales reclutan temporalmente *elementos* en el seno de la burguesía y de la pequeña burguesía (gobiernos de Pierre-Louis, de Sylvain, gobierno colegiado). Si hubo una crisis de hegemonía, fue sobre todo en el exterior del poder y en el seno de la pequeña burguesía, no de la burguesía que, ya lo hemos señalado, se adhirió rápidamente en bloque, no homogéneo sino unificador.

Por tratarse de la reorganización de la hegemonía no puede, con mayor razón hablarse del dominio de un capital financiero cualquiera por el ascenso del duvalierismo al poder; a menos que se considere como tal el conjunto de los nuevos atesoradores pequeño-burgueses, cuya proliferación fue facilitada por el duvalierismo en el poder (fenómeno por lo demás recurrente en el sistema político haitiano, y por lo tanto, no exclusivo del duvalierismo).

Con todo, hubo en efecto reorganización de la hegemonía; consolidada a partir de 1968, se enuncia en la dirección política de la pequeña burguesía, apoyada por la burguesía entregada, la cual asegura la articulación económica con el centro hegemónico norteamericano. Una cuestión totalmente distinta es la de saber en qué medida este apoyo no resultará ser, a pequeño o a largo plazo, una victoria pírrica para la pequeña burguesía.

La coyuntura fascista del capitalismo comprende igualmente una transformación de la política y de la ideología política que de la ideología imperialista (lo que ciertos autores llaman la fase expansionista del fascismo). ¿Imaginase entonces una política y una ideología imperialistas del duvalierismo, no como "efectos secundarios", sino como proceso autónomo, "orgánico"? Lejos de ser un megalómano bonachón como Lescot, que amenazaba a la Alemania hitleriana con su flota aérea imaginaria, Duvalier no ha exhibido seriamente pretensiones "imperialistas", no obstante sus fantasías de líder del tercer mundo.

En su expresión ideológica funcional, el duvalierismo puede ser comparado con el fascismo (nacionalismo exacerbado, connotaciones raciales —negrismo, colaboración de clases, anticomunismo); en cambio, en ningún momento, el duvalierismo ha pretendido ni pretende ser anticapitalista. En suma, no hay que olvidar la especificidad de coyuntura del duvalierismo en la situación haitiana de crisis desde 1956.

En fin en el plano institucional o estatal los defensores de la

tesis fascista fácilmente establecen la semejanza entre el duvalierismo y el "modelo" europeo del fascismo. Es cierto que la similitud entre las técnicas de organización política utilizadas en una y otra parte es notable. Por eso nos sentimos inclinados a ver en el Estado duvalierista la duplicación del Estado fascista como forma de Estado de excepción: dominio de todas las ramas del aparato de Estado por el poder duvalierista; movilización, popular si no permanente al menos regular, papel de primer plano de la policía política, inculcación ideológica extremada, etcétera. Es esta preponderancia institucional del duvalierismo la que destacan los autores como una articulación fascista. Sin embargo, creo que esta preponderancia no se debe únicamente al poder duvalierista: tiene sus raíces en la coyuntura haitiana, donde desde 1946 se manifiesta la sobredeterminación de la estructura política e ideológica.

En efecto, de Estimé a Magloire (1946-1956), la coyuntura haitiana se caracteriza, en mi opinión, por un equilibrio precario entre la burguesía (entregada y latifundista) y la pequeña burguesía ("las clases medias") en pos de la hegemonía política. Este equilibrio ha podido de una manera o de otra, absorber o desviar los avances populistas recurrentes del proletariado y del subproletariado urbanos bajo la obediencia fignolista. Fundamentalmente, se trata de una constelación de tipo bonapartista cuya combinación interna ha variado según los movimientos de la coyuntura.

Con la "revolución" de 1946, el ala negra de la pequeña burguesía ha acumulado los suficientes agravios económicos, políticos e ideológicos para poder realizar una brecha a través de la hegemonía burguesa afirmada desde la ocupación norteamericana. Gran propietario territorial vinculado a la burguesía entregada, Estimé fue elevado al poder por ser negro. Por eso interpreta su papel como el de creador de una burguesía negra como contrapeso de la burguesía mulata.

Para Magloire, que lo derriba y sucede, se trata de establecer un "equilibrio entre las clases y los colores"; porque entre tanto, la burguesía políticamente dominante se propone restablecer y consolidar sus posiciones quebrantadas por la "revolución" de 1946. Si bien esta burguesía no puede postular aún la plena dirección política, encuentra, sin embargo, en Magloire un intérprete y un defensor complaciente de sus intereses de clase. Pero al mismo tiempo, Magloire hace concesiones a una parte de la pequeña burguesía e incluso al proletariado urbano, cuyas organizaciones sindicales (y su líder Fignolé) consiguen todavía "hacerse oír". Con

esto, Magloire sigue siendo el representante bonapartista más cal de la época.

Este bonapartismo reacondicionado y reinterpretado no fue posible sino precisamente entre 1946 y 1956, "edad de oro" del capitalismo haitiano (el 60 por ciento de las exportaciones haitianas se orientan hacia el mercado de los Estados Unidos; las primeras industrias de transformación se instalan en el curso de este periodo; los trabajos públicos emprendidos por Estimé y Magloire dan un fuerte impulso a la industria de la construcción, etcétera). Con la crisis de 1956 (cuyos primeros signos aparecen desde 1954-1955) desapareció la base material del bonapartismo. En el plano político, esto se tradujo en dos hechos significativos: por una parte, la búsqueda de una nueva hegemonía por la burguesía (declaración de candidatura de Louis Déjoie en septiembre de 1956), y por la otra, a partir de diciembre de 1956, la división ideológica de la pequeña burguesía.

Una vez agotados los recursos del bonapartismo, con lo que su renovación se revela imposible, no quedaba más que una sola salida real a la crisis política: la conquista de la hegemonía por uno y otro de los dos elementos constitutivos del equilibrio conseguido desde 1946, y ahora irremediabilmente roto. De ahí, resultó la virulencia política e ideológica constante entre 1956 y 1968. Para conquistar y afirmar esta hegemonía, era preciso recurrir a otras técnicas de organización política más rigurosas y decisivas que las del bonapartismo. La victoria del duvalierismo se explica por la conjunción eficaz de las armas ideológicas y políticas que él sólo podía utilizar en las circunstancias dadas.

El duvalierismo es, en este sentido, la utilización, al nivel de la superestructura estatal, de las formas de organización sociopolítica tomadas del fascismo con miras a establecer la dirección política de la pequeña burguesía. El duvalierismo no es, o no es ya bonapartismo; porque la relación de clases que supone éste fue alterada en 1956. El duvalierismo no es fascismo sino en la medida en que se tiene en cuenta su expresión institucional. Le falta especialmente toda la articulación político económica característica de la coyuntura fascista "clásica".

Por ello, se debe establecer una distinción entre el concepto para caracterizar un conjunto de manifestaciones superestructurales propias por lo general de un Estado fascista. En cuanto a la categoría histórica, se aplica *al fenómeno particular* en su articulación político económica y sociopolítica. El duvalierismo no acusa esta doble

articulación. Sigue siendo, como categoría histórica, un régimen sui génesis caracterizado al menos desde 1968 por una relación de clases con dirección política pequeñoburguesa y con asociación de dominio económico de la burguesía entregada. Al confundirse la categoría histórica del duvalierismo (es decir su especificidad) con la del fascismo, se corre el peligro de invertir los términos reales de la relación de fuerzas y falsear así la articulación de la lucha ideológica y política en la etapa actual de la coyuntura.

V. A MODO DE CONCLUSIÓN: ENUNCIADO METODOLÓGICO DE LA CUESTIÓN

En la medida precisamente en que se hace surgir el “fascismo” de los problemas de transformación vinculados con el subdesarrollo, está implícita la hipótesis de que la situación de subdesarrollo puede, en sí misma, engendrar un fascismo sui generis. (Sin querer entrar en la discusión conceptual sobre la situación de subdesarrollo, entendemos con esto todo contexto nacional de las regiones del “Tercer Mundo” que, por razones históricas de dependencia, no es capaz, a medio o a largo plazo, de lograr un desarrollo económico autónomo y autocentrado.)

Ahora bien, hemos admitido anteriormente que el fascismo era un producto del capitalismo monopolístico llegado al estadio imperialista. A menos que se acepte como punto de partida que el “fascismo de subdesarrollo” pueda *también* aparecer como efecto inducido del centro dominante, es preciso pues, buscar los *fundamentos de tal fascismo en la formación social* llamada de subdesarrollo. Sin pretender resolverlas, tres preguntas merecen ser suscitadas:

—¿Por qué determinada formación social produce el fascismo o algo parecido? (datos estructurales)

—¿Cómo lo produce? (datos de coyuntura)

—¿En qué consiste este fascismo sui generis? (especificidad y articulación).

Pero estas tres preguntas suponen ya resuelta otra cuestión fundamental previa: la identificación y la caracterización *suficiente* de la formación social de que se trata. Esta cuestión, como sabemos, constituye acá y allá un escollo que todavía está lejos de hallarse eliminado. Recuérdense la controversia sobre el grado de presencia o de ausencia de “feudalismo” en las estructuras socio-

económicas de América Latina. En el caso de Haití, por ejemplo, es un punto delicado que polariza, como es sabido, los análisis socioeconómicos en curso.

La identificación y caracterización de la formación social remiten, a su vez, a las preguntas siguientes:

—¿Qué tipo de relaciones de producción y de relaciones *sociales* de producción se suscita por el modo de producción dominante? En otros términos, ¿qué tipo de estructura de clase prevalece en la cuestión social? La respuesta a esta última pregunta es de un interés inmediato para descifrar la situación de crisis a la que se halla “normalmente” vinculada la coyuntura fascista.

En definitiva, el criterio decisivo que debe guiar la localización de cualquier “fascismo de subdesarrollo” sigue siendo lo que hemos llamado su condicionamiento económico, es decir, su base material. No se trata aquí de una perspectiva economista con todo lo que ésta comporta de miopía analítica. Este criterio se impone en primer lugar objetivamente, a causa de su realidad histórica en la aparición del fascismo italiano y el alemán. En segundo lugar, permite evitar o rechazar las analogías rápidas basadas sobre elementos superestructurales susceptibles —en cuestión de transposición— de adaptación o de copia. (Tal es el caso, por ejemplo, en una buena parte, de los elementos de “la ideología fascista” o de las técnicas de organización política del fascismo.) En cambio, identificar y circunscribir la base material de un “fascismo de subdesarrollo” implica investigaciones empíricas concretas y detalladas, ya que se trata cada vez de un contexto nacional particular con sus especificidades históricas propias. Sin embargo, es cosa clara que la mayoría de los análisis que se refieren al “fascismo de subdesarrollo” no satisfacen estas exigencias.

ÍNDICE

Presentación. 9

GÉNESIS DE LAS NACIONES HAITIANA Y DOMINICANA. 14

Gérard Pierre-Charles

- I. FORMACIÓN DE LA NACIONALIDAD HAITIANA. 15
- II. ESTADO-NACIÓN FEUDAL Y RECONQUISTA NEOCOLONIAL. 24
- III. DE LA HISPANIDAD A LA PERSONALIDAD NACIONAL. 28
- IV. LA EMERGENCIA DEL ESTADO-NACIÓN. 33

EL IMPACTO DE LA OCUPACIÓN NORTEAMERICANA EN HAITÍ (1915-1934) Y EN LA REPÚBLICA DOMINICANA (1916-1924), 42

Susy Castor

- I. EL MARCO HISTÓRICO DE LA INTERVENCIÓN. 43
 - A. La turbulencia política.
 - B. La crisis socioeconómica.
 - 1. El predominio del caudillismo.
 - 2. La ingerencia norteamericana.
- II. LA OCUPACIÓN Y SU IMPACTO. 52
 - A. La colocación del aparato de ocupación.
 - B. La penetración económica.
 - 1. El desarrollo de la plantación.
 - 2. El saqueo financiero.
 - C. La modernización del sistema.
El impacto de la intervención: la nueva estructura de la dependencia.
 - D. La nueva estructura de la dependencia.

MIGRACIÓN E INTERESES DE CLASES. 65

André Corten

- I. ESTIMACIONES DEL NÚMERO DE HAITIANOS EN LA REPÚBLICA DOMINICANA. 66
- II. COMPARACIÓN DEL NIVEL DE VIDA DE LOS CAMPESINOS HAITIANOS Y DOMINICANOS. 68
- III. LUGAR DE LOS TRABAJADORES HAITIANOS EN LAS RELACIONES DE LA ECONOMÍA AZUCARERA. 70
- IV. LA EMIGRACIÓN: RESPUESTA A UNA CONTRADICCIÓN DE LA ESTRUCTURA AGRARIA HAITIANA. 73
- V. INTERESES DE CLASE Y RELACIONES DOMINICO-HAITIANAS. 79

LAS ETAPAS DEL ANTIHAITIANISMO EN LA REPÚBLICA DOMINICANA: EL PAPEL DE LOS HISTORIADORES. 83

Lil Despradel

- I. EL ANTIHAITIANISMO DE LOS OBREROS Y CAMPESINOS DOMINICANOS. 86
- II. LOS ORÍGENES. LA DOMINACIÓN HAITIANA DE 1822-1843. 88
 1. Factor económico.
 2. Factor racial.
 3. Factor cultural.
- III. LA ETAPA POSTSEPARATISTA; NEGRO-HAITIANO. 92
- IV. EL MITO DEL INDIO. 94

La represión vudú.
- V. EL PAPEL DE LOS HISTORIADORES EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX. 99
- VI. LA ERA DE TRUJILLO: EL ANTIHAITIANISMO, ELEMENTO CLAVE DE LA IDEOLOGÍA RACIAL. 103
- VII. LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX. 106

DESARROLLO Y DESCOMPOSICIÓN DE LA ECONOMÍA DOMINICANA. 109

Arismendi Díaz Santana

- I. DESARROLLO DEL MODELO ECONÓMICO TRADICIONAL. 110
- II. PROCESO DE DESCOMPOSICIÓN DEL MODELO TRADICIONAL: 1962-1968. 120
 - A. El proceso en su conjunto.
 - B. Etapas del progreso.
- III. CONCLUSIONES. 142

FASCISMO Y SUBDESARROLLO.

EL CASO DE HAITÍ. 144

Héctor Cary

- I. LA REALIDAD HISTÓRICA DEL FASCISMO. 145
 - A. Un fenómeno conexo: el bonapartismo.
 - B. Esencia del fascismo.
- II. EL CASO HAITIANO. 147
 - A. Economía política y condicionamiento sociopolítico.
Condicionamiento económico.
 1. Desarrollo del subdesarrollo.
 2. Intensificación de la dependencia.
 - B. Condicionamiento sociopolítico.
 1. El duvalierismo en el poder (1957-1971).
 2. Ideología del duvalierismo.
 3. Expresión institucional.
- III. EL DUVALIERISMO COMO "FASCISMO CRIOLLO". 158
 - A. La variante Manigat.
 - B. La variante Roc.
 - C. La variante Pierre-Charles.
- IV. EL DUVALIERISMO, ¿ES FASCISMO, BONAPARTISMO O UN régimen sui-géneris? 161
 - A. Crítica de la tesis del fascismo haitiano.
 - B. Identificación tipológica del duvalierismo.
- V. A MODO DE CONCLUSIÓN: ENUNCIADO METODOLÓGICO DE LA CUESTIÓN. 168

Política y sociología en Haití y la República Dominicana, editado por la Dirección General de Publicaciones, se terminó de imprimir en los talleres de Imprenta Madero, S. A., Avena 102, México 13, D. F., el día 15 de agosto de 1974. Su composición se hizo en tipos Bodoni 12:12 y 8:8. La edición consta de 3 000 ejemplares.

Nº 1824

UNAM

FECHA DE DEVOLUCION

El lector se obliga a devolver este libro antes del vencimiento de préstamo señalado por el último sello.

--	--	--	--

HC157
.H3
C65
1971

UNAM



12703
INST. INV. SOCIALES

POLITICA Y SOCIOLOGIA EN HAITI
Y LA REPUBLICA DOMINICANA

HC157
.H3
C65
1971

2703

CASTOR

POLITICA Y
SOCIOLOGIA
EN HAITE Y
LA REPUBLICA
DOMINICANA

HC
D51
C53
E87
1971